



EL
LADRON
HONRADO

FASINE

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
Arte Historico de Revistas Argentinas
Suplemento de EDITORIAL CIUDAD

Nº II - 0.20 CTS.

EDITORIAL CLARIDAD

DIRECTOR:
ANTONIO ZAMORA

PUBLICACIONES:

LOS PENSADORES

BIBLIOTECA CIENTIFICA

LOS NUEVOS

CLASICOS DEL AMOR

BIBLIOTECA
COSMOS

LOS POETAS

EDICIONES POPULARES
LIBROS Y REVISTAS

Dirija toda la correspon-
dencia a

EDITORIAL
CLARIDAD
CASILLA DE CORREO
736
BUENOS AIRES

SUMARIO

- FASINE *El ladrón honrado* (portada)
REDACCION *Al margen de la vida que pasa* (comentarios).
PIERRE MUAIDES *"Clarté" contra Anatole France.*
LEONIDAS BARLETTA *José Arato, pintor de la miseria.*
JOSE ARATO *Tres Olcos.*
FEODOR DOSTOJEWSKI *El ladrón honrado* (novela).
MARAGALL, DEL ENCINA Y
F. JAMMES *La Navidad es la poesía.*
ELIAS CASTELNUOVO *¡Agua!*
AZORIN *El estilo.*
LOS GRANDES PENSADORES. *Marco Aurelio.*
JACINTO BENAVENTE *Ganarse la vida* (comedia).
TRISTAN DE KAREOL *Los Grandes Músicos: Bach.*
FELIX M.ª SAMANIEGO *Fábulas.*
ARCADIO AYERCHENKO *El chico travieso.*
ALBERTO GHIRALDO *La trata de blancas.*
MARK TWAIN *De la decadencia en el arte de mentir.*
D. SANCHEZ DE RIVERA *El Onanismo.*
ABEL RODRIGUEZ *El Atentado.*
TRIJUSSA *Fábulas (inéditas).*
JOSE E. RODO *Mi retablo de Navidad.*
LUCIO V. MANSILLA *Excursión a los indios Ranqueles.*
GUSTAVO RICCIO *El Año Musical.*
JUAN PEDRO CALOU *Requisitoria contra el Arte.*
GUERRA JUNQUEIRO *Lo que es la vida.*
JUAN PAPINI *Mi mujer.*
HENRI BARBUSSE *Ellos y Ellas.*
MAGIA FUMASSONI *La vida aventurera de Máximo Gorki.*
OCTAVIO MIRBEAU *El Amor.*
MULTATULI *Ornis.*
ARTURO CAPDEVILA *La pena monstruosa.*

LA NOTA ROJA, LAS OBRAS MAESTRAS DE LA PANTALLA, BIBLIOGRAFIA, PAGINAS PARA NIÑOS, ETC.,



DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 786

Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999 y 6197, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
- ARTE, CRITICA Y LITERATURA -
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD
APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MES

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención postal
AÑO . . . \$ 5.- M/N
SEMESTRE . . . 2.50
En los demás países
AÑO . . . \$ 3.- ORO
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO III

Buenos Aires, 23 de Diciembre de 1924

Núm. 102

AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

Literatura Fifi

Entre nosotros abunda el tipo del literato a la bergamota que hace literatura fifi. Es decir: escribe para las niñas... Habla en falsete y viste con una pulcritud irreproachable. Jamás pronuncia una palabra inconveniente, un término naturalista... Vamos: alguna expresión de esas que se gastan por Boedo... El no dice haba, sino vincapervinca. Tampoco dice mosquito. Dice: cinife... Es de lo más fino que se pasea por Florida. Cuando escribe en prosa, sus palabras salen de su cabeza en las mismas condiciones que su cabeza sale de la peluquería: peinadas, relamidas, con una dosis escandalosa de ungüentos entreverados. Nada de lo que él escribe llega a la imprenta sin antes haberle pasado la navaja de afeitar. Cualquiera día él va a permitir que sus elucubraciones salgan a la calle con la barba crecida. Si escribe en verso, su estilo tiene que soportar varias sesiones de masajes faciales. Propiamente hablando viene a ser un masajista del idioma. Le canta a la luna, y la luna, la pobre luna se duerme con el opio de sus cantatas.

Humilde, le canta, asimismo a las cosas pequeñas: a la piedrita, al pastito, a la ranita, al caracolito...

¿A qué se debe que una región agreste como la nuestra produzca frutos tan almidados? ¿De dónde sacamos nosotros ese refinamiento ultraparisiense? ¿Qué motivos tenemos nosotros para fabricar semejante literatura? ¿O es que nos metemos a hacer cosas que no sabemos y no comprendemos? ¿Estamos representando una farsa, la farsa del refinamiento espiritual? Nosotros somos un conglomerado rústico. Hablamos pésimamente. Nos desenvolvemos a leñadas. ¿De dónde extraemos entonces ese lenguaje pulido, elevado, ampuloso, diáfano, amerengado? ¿No debía ser nuestra literatura agreste e hirsuta como nosotros? ¿Erizada de clavos? ¿El que lea nuestras obras en el extranjero sospechará acaso que aquí hay varones que saben enlazar potros y tumbar novillos? ¿O pensará que aquí somos una punta de cajetillas gangosos y morfinómanos?

Y no es solamente el estilo. Todo es así en nuestra literatura. El fondo también es fifi...

Esto se debe, en parte, a que los niños y las niñas resolvieron dedicarse a la literatura. Es muy chic hacer versitos. Y los niños y las niñas forman cenáculos para cambiar sensaciones... motoras. Y a las niñas no les gusta que los niños estampen palabras crudas.

Y los niños por complacer a las niñas, obedecen. Y en vez de escribir yegua, ponen: la esposa del caballo.

España fusila...

No hace mucho se fusilaron en España a tres sindicalistas. Esto no es una novedad para España, aunque sea novedoso para el resto de Europa. Aquí, en América se fusila poco o nada. El fusilamiento no es chic, ya. Ni las mismas personas elegantes se ocupan de él. Ya no es un acto bárbaro sino un acto extemporáneo, estúpido. Se comprende que se fusile en un país atrasado y silvestre, agitado por pasiones violentas, bajo una temperatura de 45 ó 50 grados. Se comprende que en la China y en Mongolia y en el Brasil se le pegue vuelta a vuelta 4 tiros a un semejante. Pero en un país europeo que tiene más de 20 siglos de civilización y de Jesucristo no se comprende. No se comprende que un país católico apostólico romano, despachurre en forma tan cruel al prójimo. Sino ¿a qué santos predicamos la religión? ¿para qué fundamos escuelas, diarios, publicamos libros, nos instruimos? El hombre en estado de barbarie es más humano que el hombre en estado civilizado o español. Se parece más al hombre. En estado de civilización se parece más a cualquier otro animal. España es el país que más fusila. Es por lo único que se destaca en Europa. Para resarcirse de las pérdidas en Marruecos elimina a sus habitantes en el interior. Cobarde en casa ajena, valiente en la suya propia. Ojalá triunfe la república de Blasco Ibáñez. Quizás en esta forma gaste menos pólvora inútilmente. Porque toda la pólvora que gasta España la gasta inútilmente. Sin ningún resultado positivo. Adentro la gasta con su propia familia. Afuera, erra siempre. Los moros con ser moros tienen más puntería que los españoles. España se suicida de varias maneras. Salvo raras excepciones en la historia, España no ha hecho otra cosa que gastar pólvora en chimangos. Lo único bueno que ha hecho España es descubrirnos a nosotros.

No hay que trabajar tanto

Días pasados se reunió la cámara de senadores. Inmediatamente se levantó la sesión "por no haber asuntos que tratar". Vale decir: no había nada que hacer. Sabido es lo que cuesta conseguir quórum en dicha cámara. Cuando no falta uno, falta otro. Cuando no, faltan todos. No hay gente más haragana que los senadores, suponiendo que el trabajo que realizan sea propiamente un trabajo. Sólo son puntuales para cobrar. Cuando se trata de cobrar hay quórum indefectiblemente. A la receptoría de la nación no falta nadie antes o después del primero de cada mes.

El sueldo de un senador es inembargable y

hijo. Vaya él o no vaya a la cámara, cobra lo mismo sus 1.500 pesos. Entonces, ¿a qué diablos concurrir a las sesiones? Los haberes del Estado son cuantiosos e inagotables. Se le puede hacer sangrías de 170 millones como esa de los ferrocarriles. Entonces, ¿qué le hace al Estado, el desembolso de 1.500 pesos miserables? Luego todos los senadores son viejos caducos, enfermos, gotosos, reumáticos, que cuando no les duele una pierna, les duele un ojo o les aprieta un zapato y todas estas circunstancias reunidas conspiran diariamente contra el *quorum*.

El error, más que de ellos, proviene de aquellos ciudadanos que los eligen. A los viejos se los jubila. ¿Dónde se ha visto que se le exija tanto trabajo a las personas de edad avanzada?

Además, las sesiones de la cámara son opíacas y aburridoras. Los pobres se duermen. Bostezan. Hacen inscripciones sobre sus bancas. Leen los diarios, y cuando al fin se presenta la moción de retirarse se aprueba por mayoría.

Ellos suponen, con bastante razón, de que el trabajo de soportarse recíprocamente sus discursos es el trabajo más penoso de la tierra. Y es así que cuando termina la sesión, salen a la calle y le dicen al primero que encuentran: —¡Hoy, sí, que hemos trabajado!

Y el otro que no sabe nada, le contesta:

—No hay que trabajar tanto... Se va a enfermar... Descanse, amigo, descanse...

El gran espíritu español

Un cronista asegura que "el espíritu de las tropas españolas es excelente". Ha visto en su jira por el teatro de la guerra "3.000 hombres aglomerados en la pequeña falda de una colina, al lado del camino en un espacio en que sólo cabían 800, durmiendo en 120 ranchos minúsculos, con el barro hasta los tobillos y teniendo que soportar los hediondos olores de estiércol y de animales muertos".

Vió que "estaban tendidos en el suelo como sardinas, sin impermeables muchos, sin zapatos, careciendo hasta de material de boca, porque las lluvias habían hecho infranqueables los caminos y el aprovisionamiento era insuficiente."

Y después de haber visto todo esto el cronista asegura que el espíritu de las tropas españolas es excelente.

España ha gastado en esta empresa 2.000 millones de pesetas. Ha gastado asimismo quién sabe cuántas vidas humanas. Todos los días sufre una derrota. Pero, el espíritu de los derrotados es excelente. Todos los días le dan una paliza, pero la conciencia, la conciencia, amigo, queda intacta. España perderá todo menos el honor. España hace todo lo que hace no por interés, sino por el honor. Algún día le quitarán la camisa y España exclamará:

—Nos han robado la camisa, pero no el honor. Estamos desnudos, mas no deshonrados. Nuestro espíritu es excelente...

En efecto, España posee un gran espíritu. Mientras el pueblo agoniza bajo la zarpa de una dictadura fatua e insípida y soporta el gobierno de un rey cretino, los escritores más destacados escriben para "La Nación" sobre estos temas: Uno: "La quilijotización de Sancho".

Otro: "Falso tema de la decadencia española".

Otro: "La prodigiosa juventud de Menéndez y Pelayo".

"La Nación", apologista de un criminal

Las autoridades judiciales de Italia han solicitado el desafuero del diputado Francisco Giunta, vicepresidente primero de la Cámara, fascista activo e instigador comprobado de las agresiones perpetradas contra los diputados opositores Raimundo Sala y Cesare Forni. El diputado Giunta, con el objeto de facilitar la acción judicial, presentó la renuncia de su cargo; pero la mayoría fascista, después de un violento debate que obtuvo como consecuencia la separación de los elementos liberales adictos al fascismo, la rechazó por unanimidad.

Este hecho, que representa la afrenta mayor que pueda haber sufrido el parlamento italiano cuyos miembros, tácitamente, han encubierto al diputado delincuente, ha regocijado al diario yanqui de la calle San Martín y le ha inspirado un panegírico que entona en honor y provecho del diputado Giunta.

El diputado Boeri, elegido por la lista fascista, ante la enormidad del hecho, se ha visto en la obligación de renunciar a su banca después de haber exclamado: "Siéntome avergonzado de pertenecer a la Cámara italiana"; y el diario de las páginas gráficas que los domingos publica versitos cursis de Margarita Abella Caprile y Susana Calandrelli, quemó incienso en honor del acusado.

¡Y pensar que "La Nación" ha sentido horror ante la muerte del comandante Varela, ajusticiado por el obrero Kurt Wilkens, y le ha causado asombro el indulto de Mahatma Gandhi, peligrósimo agitador, según ella!

Ahora se dedica a hacer la apología de los criminales. Es un suplemento más que agrega a sus ediciones.

El salón libre

Se ha inaugurado un salón de pintura, libre. El aficionado entra, mira, — suponemos que mira — y se pregunta:

—¿Salón libre? ¿No son estos los mismos marrachos del Salón Nacional?

—Sí, compañero le contestaríamos — esto y aquello es una misma cosa. Después de todo, qué es lo que usted pretende? No hay otra cosa en el país. Acaso la culpa de todo esto resida en las facilidades que encuentra el artista. Con estas facilidades si es un artista de verdad se echa a perder, si no lo es, medra a costillas del arte.

Academias, becas, premios, comercio de telas, estímulo de la crítica, negligencia y tolerancia de los amigos, todo, todo, contribuye a crear un falso arte, un arte sin emoción, efímero.

En condiciones más difíciles estos falsos artistas desarrollarían otra clase de actividades, la ganadería, la agricultura... acaso el boxeo.

Pero nos estamos extendiendo en consideraciones transcendentales.

—Entonces... ¿está mal esto de hacer salones libres?

—Lo que hay que hacer es un salón libre... de fósiles.

Rabindranat Tagore, O. E. P. D.

Nosotros sabemos que Tagore es célebre en todo el mundo. Sabemos que recibió el premio Nobel. Sabemos que es un venerable anciano bengalí que usa un traje talar y una barba franciscana. Sabemos que es el poeta de los humildes y que estuvo parando en el Plaza Hotel ocupando dos piezas cuyo precio era de 100 pesos diarios. Hasta aquí sabemos. Y ya no sabemos más. Ahora ya no sabemos ni siquiera dónde se encuentra. ¿Dónde se ha metido Tagore?

Y hemos descubierto lo siguiente: que mientras se le prodigan grandes elogios públicamente, en privado se le despelleja que es un gusto. La literatura de Tagore—por lo menos aquella que se traduce y que es la única que conocemos—no merece dos opiniones. Todos están de acuerdo en que es una literatura bengalí, ñoña, romántica, pietista, de una infantilidad propia de nuestro siglo y de nuestra idiosincrasia. Es una literatura más bien para faquires y opiomanos. Es bastante desabrida. Por lo menos, esa es la opinión que nos merecen las traducciones.

Y ahora se nos ocurre preguntar, ¿cómo es que celebramos a un literato cuya magnitud no alcanzamos a comprender suponiendo que sea en efecto tan grande como nos lo pintan en el extranjero? ¿A qué diablos aplaudimos a un poeta de cuyo valor no tenemos memoria? ¿O es que tenemos fiebre de aplaudir y aplaudimos al primero que se presenta: al príncipe de Saboya, por ejemplo? ¿O es que aplaudimos "por no pasar por zonzos"?

¿Perderá tanto en la traducción Tagore al extremo de que nos formemos un juicio abiertamente opuesto al que tienen de él en su propia tierra? ¿O será que los hindúes están más atrasados que nosotros y no tienen una expresión más alta de su talento que Rabindranat Tagore?

Digamos con toda franqueza que la Literatura de Tagore se parece a la de Lagorio... Y esto no puede ser nunca un elogio. El pajarito, la palomita, los príncipes, las princesas, la luna, el ósculo coruscante, la espejuna, etc., todo eso, aquí, no entra. Eso podrán saborearlo los bengalíes que son más papanatas que nosotros.

No hay dos sin tres

El príncipe Humberto, elegantísimo modelo de la fauna monárquica, ha dejado gratísimos recuerdos en nuestra culta y aburrida sociedad. Bailes de beneficencia, distribución de premios a la virtud, veladas artísticas con cuadros plásticos y todo, asistencia fortuita — ¡y penosa! — a las representaciones wagnerianas del teatro Colón, novenarios de los Sagrados Corazones, días del niño, del hombre, de la mujer, del kilo y del gramo, centenarios de batallas homéricas de nuestra historia en las cuales luchaban épica y heroicamente doce soldados, un cabo y un capitán con patillas; todo esto, repetido anualmente sin interrupción con la única variante de los tres meses de Mar del Plata, es cosa que, por fuerza, tenía que fatigar a nuestra sociedad.

Pero este año se ha modificado el programa con la introducción de un número de fondo: la llegada de un príncipe. ¿Qué recepciones, qué

bailes, qué paseos, qué banquetes! Nuestra culta sociedad ha refrescado su entumecido aburrimiento en la sonrisa femenil del heredero de Saboya, y ha tejido tantos chismes alrededor de su visita que tiene para entretenerse durante un año entero.

Pero, se ha dicho: ¿y para el año entrante? ¿Es posible que volvamos a la monotonía de siempre? ¡No! — han clamado nuestras niñas — ¡queremos otro príncipe! Y he ahí anunciado el viaje del príncipe de Gales para 1925. A razón de un príncipe por año.

Ahora bien. El lector sabe que no hay dos sin tres. ¿Y el príncipe para 1926? Ese no lo recibirá nuestra alta sociedad sino nuestro pueblo, inculto y resignado. Y consistirá en un valioso presente que nos dejará la visita del heredero de Inglaterra: aumento del precio del pasaje en los ferrocarriles y duplicación del valor de las tarifas tranviarias...

A bañarse

Un diario de la tarde ha emprendido una campaña para implantar la moda de llevar el saco al brazo, en los días de excesivo calor.

En los días bochornosos que están por venir eso de llevar el saco al brazo no es una solución, es una molestia nueva. ¿Porqué no se habría de salir sin saco. Si el saco molesta, pues, se le deja en casa, y asunto arreglado.

No queda mal un hombre en camisa... si lleva su camisa limpia y bien oliente; si sus tirantes están en buen estado; si ha tenido la precaución de bañarse — ¡vamos! — siquiera una vez por semana.

Los empleados podrían llevar un saco de lustrina o de brin, que hacen buena figura y no son costosos. Porque la verdad es que esos que llevan el saco del pijama, con rayitas rosadas o celestes hacen un papel bien ridículo en la calle, con una prenda que es para la intimidad de sus casas.

Todo es cuestión de buen gusto y lo que debería hacer ese diario es dejar de lado estas frivolidades, — porque cada uno debe ir como vá en gana y como nos venga en gana la juzgaremos, — y empeñarse en una campaña porque la municipalidad instalara numerosísimos baños populares, que lo que le hace falta a la gente de este país, es bañarse.

Ojo con el pan dulce

La cristianidad es irrespetuosa e irreverente, todo en ella es sensualismo y no hace más que manifestarse grosera y pecaminosa.

Para las viejas religiones orientales el ayuno es la forma de purificarse, y la celebración de las grandes solemnidades religiosas consisten en celebrar actos de contricción y de penitencia con el objeto de conseguir el perdón del Padre Común.

Para la cristiandad, todo ocurre al revés. ¿Que Cristo está por morir? Se comen empanadas de vigilia. ¿Que Cristo ha muerto? Suculentos platos de bacalao. ¿Que Cristo resucita? Tortas pascualinas, huevos de chocolate y rosas de confi-

tería. ¿Qué los Reyes Magos han llegado a Belén? Roscas de Reyes. ¿Qué Cristo ha nacido, tirado sobre la paja de un establo, en medio de las bestias? Se comen peladillas, turrónes, castañas asadas y pan dulce... Pan dulce sobre todo. No hay navidad sin él.

Es que la cristiandad no piensa. Las fiestas religiosas, en todas las demás religiones, son presididas por los encargados de la liturgia, los cuales imponen el modo de celebrarlas. Entre nosotros no hay tal cosa: toda celebración la imponen los confiteros.

Pero como que éstos son producto de una sociedad corrompida y capitalista, no sólo hacen su negocio sino que atentan contra la salud de los cristianos, empleando en la elaboración de sus confituras los peores elementos. Todos los años la estadística denuncia aumento de la mortandad en tiempos de Navidad y Año Nuevo. ¡Cuidado lector! ¡Ojo con los confiteros! Grandes y chicos, todos son lo mismo. No te fíes de los aspavientos de sus aspas...

El estímulo oficial a las letras

Todos los años el gobierno nacional destina 160.000 pesos para estimular la producción científica y literaria de autores argentinos. Para ello se nombran dos jurados que deben pronunciarse uno por los libros de literatura y otro por los libros científicos. Los domines se reúnen, deliberan con gravedad y por último hacen el barro, como dicen los chicos de Almagro sud.

Esto ocurre invariablemente todos los años. El año anterior uno de los premios de letras recayó sobre el hipógrifo conocido por Calixto Oyuela, quien se embolsó veinte mil pesos por el sólo hecho de haber recortado algunos versos, y pegándolos luego en un cuaderno los presentó al jurado con una carátula en donde se leía: "Antología de Poetas Argentinos".

Ahora han ocurrido cosas más pintorescas. El jurado de ciencias, con un pudor que le honra, ha declarado desierto los tres premios por parecerle malos todos los libros presentados. Pero el jurado de letras la ha dado gorda. Ha repartido cada premio en varias partes con el objeto de que cupieran más amigos en la hornada; y ha calificado de obras literarias a libros que tratan del Código Civil, del general Manuel Belgrano y de otras cosas que tienen que ver con la literatura tanto como con la bioquímica. Pero las pocas obras que pertenecen al género literario desacreditan al jurado peor que si sólo hubiesen premiado aquellas de otro género. Son un reflejo de la cursilería, del palabrerío pseudo-metafísico y de la vanidad más grandes: obras de Hugo Wast — ¡Dios nos libre de él! —, de Arturo Capdevila y de la señora Delfina Bunge de Galvez. Del primero no hablemos. Del segundo ha dado ya todo lo que se podía esperar de él tanto en verso como en prosa, y ahora sólo podemos esperar que sea elegido concejal por el Partido Liberal Georgista. La señora de Gálvez "posseur" que hacía versitos en francés, ha presentado un libro que podría firmar Cosme Mariño, así es de tonto y desabrido. La mejor obra premiada

"El Alma de Rusia" de Alejandro Castiñeiras, no es una obra literaria sino de carácter histórico y crítica.

Ahora uno se pregunta: ¿Y los jurados? ¿Quiénes son los jurados? Cinco señores tan distantes de las letras como de la radiotelefonía; cinco caballeros sin ningún antecedente literario, cinco Pepes Tranquilos cuyos nombres denunciamos a la vergüenza pública:

Ricardo Seeber, Jorge Eduardo Coll, Clodomiro Zavala, Juan B. Terán y Emilio Ravignani.

¿Por qué el Estado se meterá a estimular el arte? ¿No sería preferible que siguiera invitando príncipes?...

Todos quieren ser ricos

El trabajo es una virtud con la cual están distanciados los nuevos financistas.

Trabajar durante el invierno es una cosa que no queda del todo mal aunque no sea más que para hacer circular la sangre por las regiones heladas del cuerpo. Pero trabajar en verano es algo que no se aviene, porque no es necesario poner en movimiento ningún miembro para que se suden gotas gordas y flacas por la frente y otros lugares reservados para ciertas y determinadas funciones no muy propicias para la estación.

Por esta y otras muchas razones no menos fundamentales, la mayoría de la gente tiene la suprema aspiración de ser millonaria. Y si no millonaria por lo menos tener parte en algún millón.

Si toda esa geste estúpida que piensa enriquecerse sin ningún esfuerzo, pensara en el trabajo fecundo y noble que cimenta la civilización y afianza la justicia de la igualdad de todos a disfrutar en el banquete de la vida, cuanto mejor sería para esta humanidad que se envilece más cada día a fuerza del empuje avaro de sus instintos perversos.

Hay que trabajar más. Pensar en producir más. En hacerse uno mismo útil para sí mismo y en ser más útil para los demás.

Para eso hay que no pensar en ser rico son ese instrumento que el avaro Estado denomina Lotería Nacional.

Por error de compaginación figuran en el sumario de este número, "El Amor" de Mirbeau, "Ellos y Ellas" de Barbusse y "Excursión a los indios Ranqueles" de Mansilla, lo que irá en el próximo juntamente con "El nido de águilas", novela de F. de Almeida; "Un pintor cubano, Antonio Gattorno", artículo con ilustraciones por Armando R. Moribona, enviado desde París para LOS PENSADORES; "Juan Pérez o los inconvenientes de un apellido vulgar", cuento de Alvaro Yunque, ilustrado por Ret Sellawaj; "Los grandes músicos: Mozart", por Tristán de Karej; "Algunos recuerdos sobre Leonidas Andreiev", por Máximo Gorki; etc.

¡AGUA!

por ELIAS CASTELNUOVO

Son las tres de la tarde. Un sol rojo y mor-
diendo reverbera sobre las piedras ennegreci-
das de la calle; cruje el ensamblado del case-
río de cine y de madera que recorta la pers-
pectiva; y todo el paisaje portuario se asfixia
bajo una temperatura enervante. El termóme-
tro marca 38 grados a la sombra.

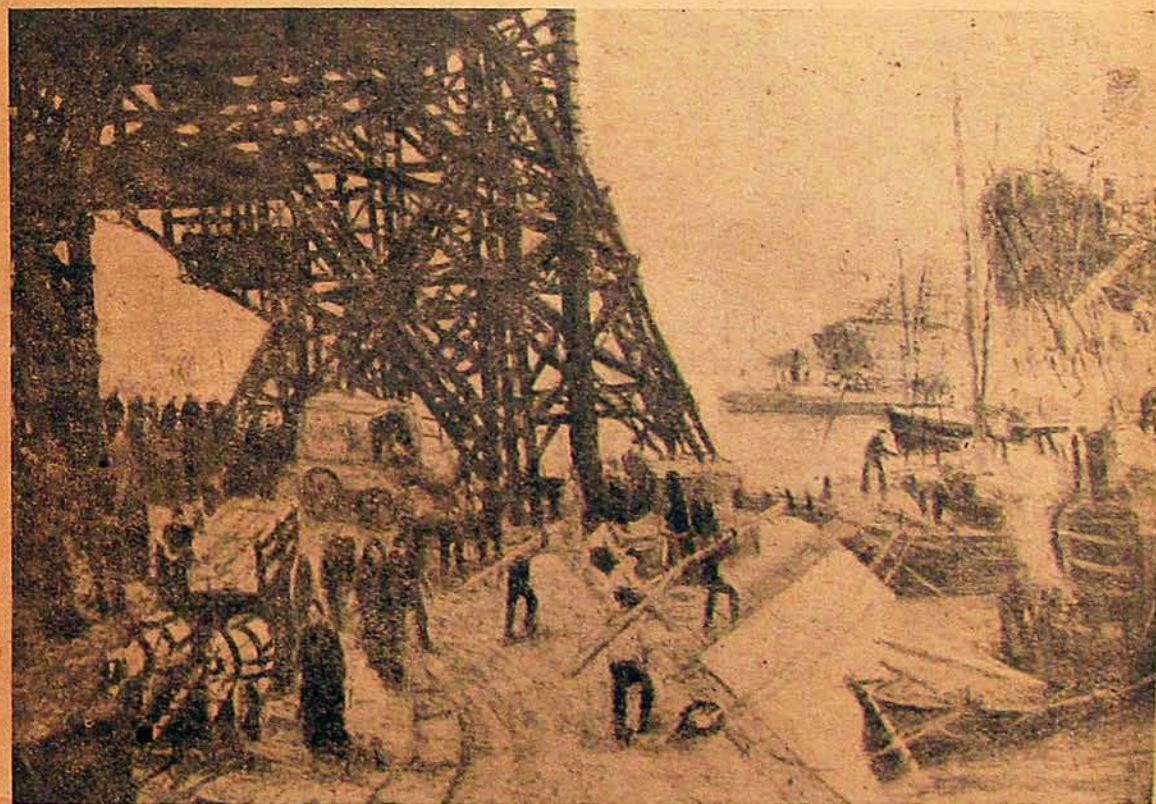
A lo largo de la ribera una empalizada de
mástiles emerge entre la bruma gaseosa que
el calor le arranca a las aguas muertas y gra-
sientas de los canales. Un empleado atraviesa
corriendo el espacio que media entre las ofi-
cinas y los buques con una carpeta de papeles
bajo el brazo.

Frente al dique, del otro lado, la actividad
es más intensa. Hay una serie de galpones

lento. Cuando el obrero que dirige el guinche
pasa del galpón a la explanada se lleva in-
mediatamente un brazo sobre los ojos para
amortiguar el golpe de la luz.

Por la explanada circulan en todas direc-
ciones multitud de zorras y guinches. Una que
otra locomotora antigua realiza maniobras sil-
bando persistentemente para despejar el trá-
fico.

El obrero que maneja los guinches suda
copiosamente, merced a que tiene a su lado,
casi adherido al cuerpo, un erisol enorme que
le acompaña siempre y del cual no puede se-
pararse durante las ocho horas de su trabajo.
El hombre está congestionado y sucio y mue-
ve sin cesar una serie de frenos y palancas



desportillados y envejecidos, en cuyo interior
las hachadoras y circulares eléctricas despe-
dazan troncos de quebracho.

En los depósitos de hulla se oye el quejido
restallante de las maquinarias; infinidad de
sierras muerden vertiginosamente la madera
dura que cae bajo la guillotina de sus dien-
tes, mientras los guinches a vapor van y vie-
nen, llevando o trayendo sin interrupción asti-
llas o rollizos. Los obreros se deslizan en la pe-
numbra de los galpones como sombras y las
vagonetas, arrastradas a mano, se abren pa-
so en la obscuridad mediante los gritos desafo-
rados del hombre que la gobierna.

El contraste de luz y sombra, aquí, es vio-

mirando alternativamente la cabria del guin-
che, la dirección y el balde, completamente ab-
sorbido por sus tareas. Si le dan una tregua,
se rasca el pecho como si tuviese una enfer-
medad virulenta y con una gorra deshila-
da trata en vano de secarse el sudor que le
baña la cabeza.

Algunos gritos destemplados se mezclan a
la algarabía que producen las maquinarias. De
cuando en cuando un remolcador corta pere-
zosamente las aguas barrosas del dique. Los
obreros de tierra dirigen una mirada fría e
inexpresiva a la embarcación para distraer
quizás su embrutecimiento moral y físico.

El cielo, limpio e inmóvil, es llamado y te-

nido de ocre resplandeciente y encogedor, parece que de un momento a otro va a incendiarse por completo en toda su inmensidad. Hay, allá arriba, una quietud profunda y sinistra.

Al margen de los diques una cadena de transportes cargan y descargan toneladas de carbón. Por la mañana, atracó un barco inglés y se le está ahora despojando de su carga con verdadero encarnizamiento. A su lado, por el río, hay dos chatas amarradas sobre las cuales se va depositando el carbón que una cuadrilla de obreros extrae de sus bodegas. La extracción se efectúa de proa y de popa simultáneamente y simultáneamente se descarga en tierra y sobre las chatas. La operación es ruda y violenta. En la primera bodega quedan todavía unos tres metros cuadrados de hulla por descargar y una cuadrilla de hombres llena afanosamente los baldes que suben y bajan los guinches y que reciben los que están en la explanada. Los cargadores yacen a más de seis metros de la cubierta del buque, sumidos en una profundidad nebulosa y envueltos perpetuamente en una nube de cisco. Si se mira desde el puente de mando hacia abajo, el cuadro es negro y dantesco. Por momentos no se distingue más que un abismo prieto; por momentos, se filtra un rayo de luz y se puede ver a una que otra criatura aislada; por momentos el sol rompe la nube de polvo y se alcanza a percibir, entonces, veladamente, una caravana de hombres impregnados de hulla, sudorosos, jadeantes, que rascan con fiebre los guijarros de una montaña de carbón. Hormiguean en el abismo como topos ciegos e irritados por la pasión genésica. Algunos llevan nada más que una lona ceñida a la cintura, otros unos pantalones cortos, otros están completamente desnudos. Aunque yacen a unos cuantos metros de la cubierta dan la sensación de hallarse a miles de kilómetros bajo la tierra. Dos baldes inmensos suben y bajan impulsados por los guinches que van desgastando el cuadrado de las bodegas. Suben llenos de carbón y bajan vacíos para ser colmados otra vez y otra vez repetir la misma maniobra. Los cables y las poleas chirrían y se lamentan desgarradoramente y las cuerdas se retuercen como seres vivos sometidos a la tortura del potro. La carrocería rueda y trepida sobre los rieles desvencijados promoviendo un escándalo continuo y abrumador. Dos hombres, al rayo del sol, vigilan desde la cubierta la subida y la bajada de los baldes. Ambos apoyan los brazos contra la borda, miran al fondo del abismo y cuando está por llegar el balde, gritan:

—¡Guarda abajo!...

Las sombras que pululan en la bodega, se apartan, enganchan otro tacho y los vigías vuelven a ordenar dirigiéndose al guinchero que maniobra en la explanada abrasada por el fuego del crisol y de la temperatura:

—¡Iza!... ¡Izana!...

Un balde sube y otro baja siempre sobre las cabezas de una cuadrilla de hombres que cargan y descargan envueltos por una atmósfera

caliginosa y respirando un aire venenoso y letal. Algunos tachos están agujereados y dejan caer en la ascensión un reguero de polvo que recogen sobre el cuerpo aquellos que yacen en el fondo de la bodega. Además, las palas removiendo el mineral, levantan una polvareda funesta que asciende en torbellino hacia la cubierta. El sol hace brillar en el aire las partículas de carbón.

La actividad de los obreros de la bodega es infatigable y feroz. Un capataz, tirado sobre la hulla, sucio y ennegrecido como todos, los apura sin piedad. Los obreros rascan y rascan continuamente, agachados, embrutecidos; la pala y los brazos parecen una sola pieza y todos juntos, una máquina con muchos engranajes que repite constantemente idénticas operaciones. Soplan y jadean con desesperación y angustia. Algunas gargantas atascadas de polvo chirrían como los guinches y algunos pulmones perforados por la tisis se desfondon escupiendo. Pero nadie habla, ni silba, ni canta: sólo se escupe ruidosamente y se tose con insistencia. De vez en vez, alguien, aniquilado por el cansancio, resuella o pega un alarido espantoso.

En todos esos rostros no queda ya el menor vestigio humano. El carbón imprime a todos una similitud metálica de negro humo patinado. Apenas se les ve los ribetes de la boca y unos puntos movidos que se supone sean los ojos. Las ventanas de la nariz están obstruidas. Aquellos que trabajan desnudos se sabe que se encuentran desnudos por la nitidez de la piel, pero la desnudez no salta a la vista. A veces, alguien no puede más y se tira un rato a descansar. Entonces, el capataz le mira con dureza incisiva y cuando pasa un minuto, le dice:

—Vamos, vamos...

Y el hombre, humillado, dobla la cerviz, toma la pala y vuelve a su tarea.

El ruido, tanto arriba como abajo es ensordecedor, alucinante. Los guinches jiran, evolucionan, cargan y descargan, noche y día, día y noche hasta limpiar las bodegas del barco. Mientras dura la operación la cuadrilla solamente tiene descansos alternados de una hora para comer y volver luego a trabajar. La operación suele durar tres o cuatro días.

El hierro de las palas entretanto vibra y se queja constantemente.

Son las cuatro de la tarde y el sol parece haber llegado a su apogeo canicular. Ahora puede decirse que abrasa y calcina. Los obreros se debaten bajo las llamaradas del astro como alimañas caídas en una caldera de agua hirviendo. De la tierra reseca y polvorienta se desprende un vaho de horno caliente y las aguas barrosas y muertas de los canales despiden un aliento gaseoso y fétido. A veces cae una gota de grasa sobre la superficie y se derrite describiendo círculos concéntricos alrededor del casco enmohecido de las chatas.

De cuando en cuando uno de los trabajadores de la bodega mira estúpida y penosamente hacia arriba, se rasca la cabeza y el pecho y grita con voz cansada y gangosa:

—¡Agua!...

El vigia, entonces, baja una lata de agua al abismo que va pasando luego de mano en mano hasta que se vacía.

Cada veinte o treinta minutos se oye la misma voz fatigada y rota que grita:

—¡Agua!...

Y cada vez que baja la lata se ve correr a los obreros, formar un grupo compacto y disputarse el agua como una recua de animales en un reducido abrevadero. Se los ve, luego, beber con precipitación, sin hacer gárgaras, sin enjuagarse la boca, de golpe, apurados, bajo el ojo endurecido del capataz que gruñe:

—Vamos, vamos...

A medida que avanza la tarde el sol redobla su furor candente; ahora descende a plomo sobre la bodega y lucha tenazmente por quebrar la nube densa de polvo negro que sirve de toldo a los cargadores. Se dijera que trata de encontrar en la penumbra las entrañas de sus víctimas para enterrarle el cuchillo de todos sus rayos. El calor comunica al cuerpo una sed insaciable y atroz, una sed que no se aplaca bebiendo latas de agua; una sed inextinguible de los tejidos y de la sangre. Todo el cuerpo experimenta sed.

Por instantes, los obreros semejan una tropa de ganado fatigada y sucia, encerrada en un *brete* que espera la hora de la matanza con los ojos inmóviles y velados ante la inminencia de la muerte. Hay en el conjunto la misma resignación trágica y vacua, el mismo apellotonamiento, la misma caída de orejas y espaldas, idéntico silencio bestial...

El tiempo transcurre y el cansancio es más visible, el ebrutecimiento más atroz. Los guinches amortiguan la marcha y los guincheros, rojos y abotagados, se arrancan las últimas gotas de sudor con la manga de la blusa.

La voz se hace más débil. Ahora repite varias veces la orden:

—¡Agua!... ¡Agua!...

Y vuelve a bajar otra lata llena y torna a subir vacía.

—¡Fuerza! — alienta el capataz, notando que la cuadrilla afloja. — ¡Fuerza que falta poco! Son las cuatro y media. ¡Fuerza!...

El rebaño, ante la perspectiva halagadora de una tregua, levanta la cabeza, se agita y araña con mayor ahínco los montones de hulla cuyos guijarros ruedan con estrépito. Esta actividad extraordinaria aumenta el polvo que ahora envuelve a la cuadrilla hasta hacerla materialmente invisible.

En medio de la tormenta infernal que se desencadena en el abismo, la voz eterna de algún condenado repite cada vez más despacio:

—¡A... gua!... ¡A... gua!...

Cuando suena el pito de las cinco el escándalo y el movimiento se detiene bruscamente. Atraviesan en todos sentidos hombres desmenados, sucios y sudorosos, con bolsas y canastos de comida, corriendo o trotando. De las entrañas del buque emergen los carboneros como fantasmas y se tiran sobre la cubierta, jadeantes y afiebrados. Un instante después, sin lavarse, sin hablar, sin quejarse, se ponen a deglutir apresuradamente.

Una hora más tarde vuelven nuevamente al suplicio hasta terminar la descarga. A los tres días o cuatro, concluida la operación, la cuadrilla se toma una semana de asueto, durante la cual se revuelca y se arrastra, así sucia y barbuda, por las cantinas pestilentes de la Boca.

De noche, no es difícil ver a uno de esos infelices tirados por las cunetas, durmiendo y roncando y gruñendo entre sueños. No era difícil oír una voz fatigada y rota de un alma profundamente dormida entre las piedras de la calle que implora soñando:

—¡Agua!... ¡Agua!...

ESTILO OSCURO, PENSAMIENTO OSCURO

Todo debe ser sacrificado a la claridad. "Otra cualquiera circunstancia o condición, como la pureza, la medida, la elevación y la delicadeza, debe ceder a la claridad." ¿No es esto bastante? Pues para los puristas lo siguiente: "Más vale ser censurado de un gramático que no ser entendido". "Es verdad que toda afectación es vituperable; pero sin temor se puede afectar ser claro". La única afectación excusable será la de la claridad. "No basta hacerse entender; es necesario aspirar a no poder dejar de ser entendido".

Sí, lo supremo es el estilo sobrio y claro. Pero, ¿cómo escribir sobrio y claro cuando no se se piensa de ese modo? El estilo no es una cosa voluntaria, y esta es la invalidación y la inutilidad —relativas— de todas las reglas. El estilo es una resultante... fisiológica. "Cuando el estilo es obscuro, hay motivos para creer que el entendimiento no es neto." Estilo obscuro, pensamiento obscuro. "Se dice claramente lo que se piensa del mismo modo, a no ser haya razones para hacerse

misterioso." ¡Admirable de exactitud y de penetración! Recomendamos la sencillez y tornamos a recomendarla. ¿Qué es la sencillez en el estilo? He aquí el gran problema. Vamos a dar una fórmula de la sencillez. La sencillez, la difícilísima sencillez, es una cuestión de método. Haced lo siguiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: *colocad una cosa después de otra*. Nada más; esto es todo. ¿No habéis observado que el defecto de un orador o de un escritor consiste en que coloca unas cosas dentro de otras, por medio de paréntesis, de apartados, de incisos y de consideraciones pasajeras e incidentales? Pues bien, lo contrario es colocar las cosas—ideas, sensaciones—*unas después de otras*. "Las cosas deben colocarse—dice Bejarano—según el orden en que se piensan, y darles la debida extensión." Mas la dificultad está... en pensar bien.

El estilo no es voluntario. El estilo es una resultante fisiológica.

AZORIN.

JOSE ARATO, PINTOR DE LA MISERIA

Por LEONIDAS BARLETTA

Es el de Arato un arte heroico. El heroísmo de ver las cosas como son, de comprenderlas, de amarlas, y dignificarlas en el arte. Un arte sin sentimentalismos literarios, de realidad escueta y dolorosa.

Los vagabundos de Arato pueden ser los santos del clasicismo. Una suerte de santos sin aureolas, sin lirios, ni aditamentos celestiales. En sus caras angulosas el hambre ha impreso su sello; sus manos sarmentosas, deformes, hinchadas, son las manos de los que en la vida se vieron obligados a empuñar con igual decisión la herramienta de trabajo o el cuchillo homicida; acaso debieron tenderse, palma al cielo, para implorar una limosna.

No hay más que ver sus caras, sus ojos, unos ojos de una inconfundible tristeza, para comprender su tragedia.

Y como estamos habituados a una pintura floja, femenina, por veces erótica, de una minoría que vive de las primeras clases sociales halagando sus gustos, es natural que nos conmueva el arte varonil de Arato.

No hay en su obra retratos de poetas lánguidos, no hay tampoco cocotas muellemente recostadas en aterciopelados divanes; en resumen: no hay frivolidad ninguna en sus cuadros.

A veces parece querer engañarnos y pinta mujeres en suaves tonos, junto a jarrones decorativos; pero su pincel es siempre el mismo y estas muchachas no tienen la finura y la blandicie que nos sirven invariablemente los Zuviría y los Peyret de la pintura.

Son las mujeres que Arato pinta, flores de miseria, de una belleza que les irá sorbiendo un trabajo inhumano. Son las que sirven para pasto de la lujuria del patrón rico, las que quiebran sus caderas en el baile del conventillo, mientras el bandoneón se ahoga en suspiros.

Son las que más tarde rondarán por la ciudad, al caer la noche y que un día — ¡oh! destino — encontraremos en una sala de maternidad, con los cabellos rapados y las manos larguiruchas y amarillentas.

Evidentemente hay en la obra de este artista una intención social. No es que él se proponga esto ni aquello, pero su corazón le dice que por el arte han de llegar los hombres a la fraternidad y que el régimen presente es una ignominia y que es una infamia seguir considerando el arte como un placer que sólo disfruta una minoría pervertida, mientras los más son vejados y explotados.

Por eso él extrae su pintura de la más viva realidad. Pero su manera no es en modo alguno la de aquellos que se limitan a copiar el modelo exactamente, ni tampoco la de aquellos que alteran la realidad con sus imaginaciones. Su procedimiento es bien distinto y acertado. Sus modelos no son solamente tipos de un exterior miserable, tienen un espíritu de miseria que se hace presente en la tela y que nos llena de una honda amargura. Los ha elegido Arato, no mirando sus andrajos, sino buceando en sus ojos, pozos de desdichas sin cuento, de infortunios y males que asoman a sus pupilas de hombres resignados.

Y tanto espíritu ha puesto Arato en sus figuras que aquellos ojos nos persiguen angustándonos, gritándonos lo que fueron sus oscuras vidas.

Pintar un hombre y sus harapos no ha de ser cosa difícil, pero entender el alma de esos hombres es cosa que entra ya en los dominios de un arte más elevado y hermoso. Por obra de este arte algún día conquistaremos el corazón de piedra de nuestros hermanos.

Pero... miremos: junto a un anciano ensimismado, yace con los ojos muy abiertos un pequeñuelo. Acaso el niño estuvo enfermo y salvó a pesar de la miseria. ¡Y cómo desfila por nuestra mente la sucesión de días aciagos que determinaron ese instante de angustia. El niño mira absorto. Es una vida que empieza...

Otro viejo — notemos que prefiere pintar ancianos — fuma su pipa en la cantina. Su cara es familiar, es triste. Brilla en sus ojos vacuos una chispita de alcohol. El belfo pronunciado da la medida de la tara degenerativa.

¿Y esta mujer que parece un buho? Está de luto. Acaso detrás de ella giman tres o cuatro chicos, secos, envejecidos por una vida de hambre y miseria imposible de describir.

Esta sucesión de miserables provocan el vértigo. Sus lacras, sus inmundicias, infectando nuestras vidas nos dan una visión pesimista del mundo.

Dice Gustavo Frenssen, en su novela *Jörn Uhl*: "Es necesario tomar una posición ante el mundo; hacer las paces o declararle la guerra".

Decididamente Arato ha optado por esto último y su pintura será como un índice acusador para esta sociedad de hombres que se disputan el privilegio del sol, del aire y hasta de la belleza.



EL PINTOR

JOSE ARATO

y algunos de sus cuadros







POR FEDOR
DOSTOJEVSKI

EL LADRON HONRADO

Una mañana, en ocasión de disponirme a salir de casa para dirigirme al despacho, Agrafeana, que ejercía a un tiempo, funciones de cocinera, lavandera y planchadora, penetró en mi cuarto, y sin advertir la extrañeza que ello me causaba, entabló conversación conmigo.

Hasta la fecha, sólo había abierto la boca para preguntarme: "¿Qué haré de cenar?". Invariablemente taciturna y retraída, no exagero al decir, que en espacio de seis años que estaba a mi servicio no le había jamás oído pronunciar más palabras que éstas.

— Señorito — me dijo. — Quisiera pedirle algo... — Y añadió resueltamente. — ¿No cree usted que podría alquilarse aquel cuarto?

— ¿Qué cuarto?

— Pues el que está contiguo a la cocina.

— ¿Y por qué?

— ¿Por qué? Pues, porque hay otros que lo hacen. La cosa es clara.

— ¿Y quién va a tomarlo?

— ¡Pues un inquilino, caramba!

— Pero, óyeme mujer, si en ese cuartucho, no cabe siquiera una cama. ¿Quién va a vivir ahí?

— No se alquila un cuarto para vivir en él, sino para dormir... Y para eso con que quepa una cama basta... El inquilino, podrá vivir sobre el alféizar de la ventana...

— ¿Qué ventana?

— ¡Vaya! ¡Cómo si usted no lo supiera...! La del vestíbulo... Allí, podrá instalarse para coser, o hacer algo... También podrá sentarse en una silla... Hay una silla, hasta una mesa; todo...

— Pero, ¿quién es ese inquilino?, ¿vamos a

ver!

— Un buen hombre. Un hombre que ha corrido mundo. Yo le haré la comida, y por eso, y por la habitación, le cobraré tres rublos al mes...

Por fin, tras muchos esfuerzos y rodeos, llegué a enterarme de que un hombre de edad avanzada, había metido en la cabeza de Agrafeana la idea de que le alquilara el cuarto adyacente a la cocina.

Y es el caso que cuando a Agrafeana se le metía algo en la mollera no había manera de disuadirla; y yo estaba plenamente convencido de que no me dejaría en paz ni sosiego hasta que obtuviese lo que de tan extraño modo solicitaba. Cuando una cosa, no se hacía o no pasaba a su gusto, se ponía malhumorada y melancólica. Y de esta suerte se pasaba un par de días o tres; período durante el cual, descuidaba la cocina, se echaba a perder la sopa, se quedaba el suelo sin fregar, y todo iba de mal en peor.

Yo había notado que aquella taciturna mujer, era incapaz de resolverse a nada, ni madurar una idea personal. Pero, si por casualidad se formaba en su magín algo que se pareciese a una idea, a una resolución, oponerse le era matarla moralmente por algún tiempo. Por este motivo y por ser yo muy amigo de mi tranquilidad, accedí a su ruego.

— Pero ese hombre tendrá algún documento o cualquier cosa que acredite su personalidad.

— No faltaba más. Lo tiene todo en regla, no me cabe duda. Es un hombre honrado, ha visto muchas cosas en su vida... Y además ha ofrecido darme tres rublos...

Al día siguiente en mi modesto piso de sol-

tero había un inquilino más. La cosa no me contrariaba. Y aun sentí cierta satisfacción. Por lo general, pasaba mis días en una soledad absoluta, casi como un recluso. Tengo pocas amistades, y salgo muy contadas veces.

Hace diez años que vivo como un asceta, y me he acostumbrado a la soledad. Pero otros diez años, tal vez quince en la misma soledad, con la misma Agrafeana y en el mismo piso de soltero, no es una perspectiva halagüeña que se diga. Habida cuenta de todo ello, la compañía de un hombre pacífico y de buenas costumbres, era algo así como un regalo del cielo.

Agrafeana no me había engañado. El inquilino era un hombre que había visto muchas cosas. Su pasaporte indicaba ser licenciado del ejército, pero aunque no fuese así, lo había adivinado, porque eso se conoce al punto.

Astafi Yvanovitch, que así se llamaba mi inquilino, era un hombre honrado, y nos entendimos con suma facilidad. Lo que más me gustaba de él, es que se explicaba muy bien, máxime cuando refería algunos de los lances en que anduvo metido. En medio de mi pobre y monótona existencia, un narrador como aquel, constituía un tesoro. Entre estas aventuras, la que más impresión me produjo, me la contó en la circunstancia siguiente:

Cierta día, me hallaba yo solo en casa, pues Astalfi y Agrafeana habían salido, cuando de pronto percibí ruido y pasos desde mi cuarto. No cabía duda que había penetrado alguien que no era de casa. Fuí a ver lo que era. En efecto, en el vestíbulo había un hombre bajo y regordete, que no llevaba abrigo a pesar del frío intenso que hacía.

—¿Qué deseas?

—Vive aquí un empleado que se llama Alexandroff?

—No le conozco. Adiós.

—Pero si el portero me ha dicho que vivía aquí — replicó el furtivo visitante a tiempo que tomaba prudentemente la retirada.

—Vete, amigo, vete...

Al día siguiente, después de comer, mientras Astalfi Yvanovitch me estaba probando un gabán que me arreglaba, alguien penetró en el vestíbulo. Abrí la puerta.

El mismo sujeto del día anterior descolgó tranquilamente del perchero mi abrigo, se lo echó bajo el brazo y salió de nuevo. Agrafeana se lo quedó mirando con la boca abierta, atontada, y sin hacer el menor ademán para impedir el hurto.

Astalfi Yvanovitch, corrió tras el ladrón, regresando al cabo de diez minutos, jadeante y con las manos vacías. El malhechor había conseguido escapar.

—Si que ha sido poca fortuna, Astafi Yva-

novitch. Menos mal que no se ha llevado su paletó, o sino, si que estábamos frescos. Nos hubiera arreglado bien el ladrón.

Astafi Yvanovitch se impresionó tanto por aquel suceso, que mirándole a él me olvidé del robo. No salía de su apoteosis... A cada momento, suspendía el trabajo y repetía una y otra vez la relación del hecho; que él estaba allí; y que a dos pasos de él, en sus mismísimas narices, habían robado el abrigo; y luego que al ladrón no fué posible darle alcance. Y volvía a su trabajo, para dejarlo en seguida. Cuando terminó la prueba bajó a contárselo al portero y lamentarse de que en aquella casa pudiesen acontecer tales cosas. Y al volver de la portería, encaróse con Agrafeana y le reprochó su negligencia. Requirió, por fin sus avíos de sastre, y antes de pegar un punto, refunfuñó: El estaba ahí y yo aquí, a dos pasos y se llevó el abrigo en mis mismísimas narices... Colijase por eso cuál era el trastorno de Astalfi Yvanovitch.

—Nos han robado, Astafi Yvanovitch — le dije por la noche, mientras nos servían el té. Era mi propósito inducirle a que nos contase otra vez el robo del abrigo, caso que por lo repetido y por el calor que en el relato ponía, iba resultando bastante cómico.

—¡Sí, es verdad, nos han robado! Y eso a mí me indigna aunque no fuese mía la prenda. Opino que no hay bicho más dañino que el ladrón. Hay otra clase de gente que os piden dinero, que se quedan debiéndolo; pero el ladrón se lleva vuestro trabajo, el sudor de vuestra frente... ¡Granujas! ¡Puah! ¡Prefiero no pensar en eso! Me saca de quicio... ¿Pero, usted no lamenta la pérdida de lo que es suyo?

—Desde luego, Astalfi Yvanovitch. Preferiría perderlo todo en un incendio a que me robasen...

—Sea como fuese hay que distinguir. Todos los ladrones no son iguales. Por ejemplo, yo recuerdo que una vez dí con un ladrón honrado.

—¿Cómo honrado...! ¿Pero un ladrón puede ser honrado?

—¡Qué duda cabe! Claro que no de un modo absoluto... Lo que yo quiero decir es que el que yo conocí, era un hombre honrado, y sin embargo, robó...

—¿Y cómo fué eso?

—Eso me sucedió hace dos años poco más o menos. Por aquel entonces, yo perdí mi colocación y estuve un año sin encontrar trabajo. En la casa donde estuve empleado últimamente, trabé relación con un desgraciado, un fracasado... Le conocí en una taberna. Era haragán y borracho. Había trabajado alguna vez no sé dónde, pero ya hacía tiempo que es-

taba ocioso; no le querían en ninguna parte. Era de lo más infeliz. Iba vestido Dios sabe cómo. Yo creo que no llevaba ni camisa. Todo lo que recogía lo gastaba en beber. Pero no era alborotador ni pendenciero. Antes al contrario, tenía un carácter bueno, cariñoso, tranquilo; era vergonzoso. Lo que ocurría es que sus compañeros conociendo su debilidad, lo convidaban a beber. En tales condiciones trabé relación con aquel hombre..., es decir, fué él quien se pegó a mí... A mí no me interesaba que fuese eso o lo otro... Me seguía como un falderillo... Iba a cualquier parte y él detrás... Y eso, que no nos habíamos visto más que una sola vez... Una noche se quedó en mi casa... Bueno, no le dije nada. Sus papeles estaban en regla. Muy bien. La noche siguiente la pasó también en mi casa. Al tercer día ya no se movió de allí; se la pasó apoyado en el alféizar de la ventana, y por la noche se quedó dormido allí. Vamos, pensaba yo, a ése no me lo saco ya de encima, voy a tener que darle de comer, de beber y cama, por añadidura. Yo era muy pobre y no podía con aquella carga.

Lo que hacía conmigo, lo había hecho ya con un empleado de oficina. Sólo que el empleado ése, hacía ya tiempo que había fallecido.

Mi hombre se llamaba Emelian Ylitch... Me puse a reflexionar... ¿Qué harás de él? ¿Echarlo a la calle? Eso no estaría bien; es un desgraciado y tan hundido que ya no puede estarlo más. Y él, tan campante. No decía nada, ni pedía nada tampoco. Se sentaba y se me quedaba mirando a los ojos como hacen los perros... ¿En qué puede convertir el alcohol a un hombre! Pero yo pensaba: "¿Cómo vas a decirle: Márchate Emelián; has ido a parar a mal sitio; no tardaré mucho en quedarme sin un mendrugo que llevar a la boca... ¿Cómo mantenerte a tí?" Pero al momento decíame: "¿Y qué va a hacer cuando le diga eso?" Y yo ya me imaginaba estar viendo la cara que pondría al oírlo; se quedaría un buen rato sentado, inmóvil, sin entender una palabra. Luego, una vez enterado de qué se trataba, se levantaría, y separándose de la ventana, tomaría su pañuelo a cuadros encarnados y roto, aquel pañuelo que me parece estar viendo aún, del que no se apartaba nunca y que le servía de envoltorio de no sé qué cosas. Después se ajustaría el abrigo, para calentarse y disimular los rotos. Porque delicado, eso sí, lo era mucho, y por fin se iría con los ojos llenos de lágrimas.

"No, no quiero que se pierda!"

Me daba mucha lástima.

"Pero, y yo, ¿cómo me las compondré?— pensaba luego. — ¡Ah! Emelián, me parece que no vas a estar mucho tiempo a mi lado."

Dentro de poco, me iré de esta casa, y no sabrás mi paradero." Y en efecto, me marché. Alejandro Filemonovitch — el pobre ha muerto. ¡Dios le tenga en su gloria! — me dijo: "Estoy muy satisfecho de tí; cuando volvamos del campo, me acordaré de tí, y volveré a tomarte a mi servicio". Yo era mayordomo de su casa... Era un buen hombre y fué una gran lástima que muriese aquel mismo año. Una vez le hubimos enterrado, tomé mis bártulos y algún dinero, y me dije: "Ahora a descansar". Y alquilé un cuartito en casa de una mujer vieja, que había sido niñera en mejores tiempos y disfrutaba de una modesta renta. ¡Ah! Emelián, lo que es ahora — iba pensando yo — si que no das conmigo". Pero ¿querrá usted creerlo? Una noche, al regresar de casa de un amigo, entro en mi habitación y no adivina usted quién estaba allí: pues Emelián. Estaba sentado sobre mi baúl, con su pañuelo de hierbas a cuadros y puesto el abrigo, esperándome. Para matar el aburrimiento de la espera, había pedido a la vieja un libro de oraciones; que estaba leyendo al revés... Ya ve usted, ¡había dado conmigo! Me cayó el alma a los pies. Ya puede usted suponerlo. "¡Bueno, no hay remedio!" — pensé.

Sentéme y me puse a reflexionar sobre aquel estado de cosas. ¿Me resultaría muy costoso, sustentar a aquel pobre diablo? "Después de todo, no necesita gran cosa... No cabe duda que conserva la costumbre de comer; bueno, pues, por la mañana le dare un pedazo de pan y para que le parezca más apetitoso, añadiré un poco de ajo. A mediodía, que coma pan y ajo, y para cenar, kuass, ajo y pan; y, si alguna vez tenemos sopas de coles..., entonces celebraremos un banquete. Yo, como poco, y ya es sabido que los borrachos tampoco comen demasiado: le bastará con aguardiente y vino." Pero, de pronto se me ocurrió que casi iba a arruinarme en bebidas... Simultáneamente se suscitó en mí un sentimiento muy distinto. Si Emelián se marchaba de aquel modo, mi vida sería muy cruel... Y resolví ayudarlo paternalmente. "Quiero evitar que acabe de perderse; lo salvaré, lo arrebataré de las garras del alcohol. Vas a ver, me dije: Empezaré por acostumbrarle al trabajo. Pero no de un modo brusco, sino paulatinamente. Primero, que trabaje a guisa de pasatiempo, y de este modo, observándole, veré cuáles son sus aptitudes y lo que es capaz de hacer." Así lo hice, y no tardé en perder toda esperanza. Al principio le aconsejé con miramientos: "Ves, Emelián, reflexiona un poco; deberías ocuparte en algo... Basta de holgazanear. Fíjate, vas harapiento, casi desnudo... Tu abrigo parece un colador

de puro agujereado... Ya es tiempo de que reacciones, ¡qué diablo!"

Emelián, sentado, me escuchaba, sin despegar los labios, y ladeando la cabeza. Era incapaz hasta de pronunciar una palabra conforme. Después que estuvo buen rato oyéndome, limitóse a lanzar un suspiro.

—Pero, ¿por qué suspiras?

—Por nada, nada; no se preocupe Astafi Yvanovitch. ¡Ah! ¿Sabe usted una cosa, Astafi Yvanovitch? Hoy he visto cómo dos mujeres se pegaban en mitad de la calle, porque la una había derribado involuntariamente el cesto de frutas que llevaba la otra.

—Bueno, ¿qué!

—Pues, entonces la otra, con toda intención ha cogido el cesto de la otra y se lo ha vaciado y luego le ha pisoteado toda la fruta que había dentro.

—Bueno, ¿qué!

—Nada más, Astafi Yvanovitch... Ni más ni menos.

—Ni más ni menos... Entonces no le veo el interés por ninguna parte... ¡Ah! Pobre Emelián, pensaba yo.

—Ah, también he visto que a un señor se le caía un billete del Banco, pasando por la acera de la calle Gorokhovaia... No: de la calle Sadovaia... Un campesino que lo vio, dijo: "¡Qué suerte he tenido!" Pero otro campesino que acertaba a pasar por allí, contestó: "No: la suerte la tengo yo, que lo he visto antes".

—¿Y qué más?

—Pues que los dos campesinos se pegaron, y un guardia se apoderó del billete y lo devolvió a su dueño... Y se llevó a los dos campesinos.

—Bueno, y ¿qué interés tiene todo eso...?

—Ah, ninguno, ninguno, Astafi Yvanovitch; había que ver cómo rió la gente.

—¡Ah! Emelián, tú has perdido el seso...! ¿Sabes lo que te digo...?

—¿Qué me dice, Astafi Yvanovitch...?

—Que trabajes, que te ocupes en algo... Te lo digo y repito por centésima vez; apídate de ti mismo.

—¿Pero en qué voy a trabajar, Astafi Yvanovitch? De veras que no sé a qué dedicarme... y además, ¿quién va a quererme?

—Y, ¿por qué te despidieron de donde trabajabas? ¿Porque bebías, verdad?

—A propósito, Astafi Yvanovitch... a Vlas, el tabernero, lo han llamado hoy a la oficina.

—¿Y para qué lo han llamado?

—¡Ah— Eso sí que no lo sé, Astafi Yvanovitch... Pero, puesto que lo han llamado por algo será.

—¡Ah! —pensaba yo.— ¿Estamos perdidos...! ¿Qué hacer de semejante hombre...?

¡Era digno de lástima, sí, pero qué ladino! Escuchábame sin oponer ningún reparo, pero acabó por hartarse de mis sermones.

Así es que, cuando estaba malhumorado, tomaba el abrigo y se iba y se pasaba todo el día de un lado para otro, hasta que por la noche volvía completamente ebrio. ¿Quién le daba de beber? ¿De dónde sacaba el dinero? Dios lo sabe... Yo, sólo sé, que la culpa no era mía...

Un día en que ocurrió esto, le dije: "No, Emelián Ylitch, basta de borracheras. Si vuelves otra vez borracho, dormirás en la escalera. Lo que es aquí no entras".

Al día siguiente, Emelián no salió a la calle, ni al otro tampoco. Pero, al que hacía tres, volvió a las andadas.

Me pasé todo el día espera que espera, y él sin comparecer. La verdad es que yo temía que le hubiese ocurrido alguna desgracia y empezaba a arrepentirme de mis amonestaciones. "¡Qué he hecho, Dios mío! —pensaba yo.— Lo he atemorizado tanto que el pobre no sé dónde habrá ido a parar. ¿Qué le habrá pasado, Dios mío!"

Y así transecurrió toda la noche. Por la mañana al levantarme, tuve la idea de abrir la puerta y... allí estaba, tumbado en el descansillo, durmiendo a pierna suelta y con todos los miembros ateridos.

—Pero, ¿qué es eso, Emelián? ¿Por Dios! ¿De dónde sales? ¿Cómo te encuentras aquí? ¿Qué te ha pasado?

—Hola, Astafi Yvanovitch, el otro día se enfadó usted conmigo y dijo que si llegaba tarde dormiría en la calle. Pues no me he atrevido a entrar... y me he acostado ahí en la escalera.

Yo estaba temblando de cólera y de compasión.

—Pero, vamos a ver, Emelián, ¿no encontrarás otro empleo que el de vigilante de la escalera?

—¿Qué otro empleo quiere usted que encuentre, Astafi Yvanovitch?

—Ven aquí, miserable (en aquel momento yo estaba furioso). ¿Por qué no aprendiste el oficio de sastre? ¿Mira cómo llevas el abrigo! ¡Un puro agujero! ¿Por qué no has cogido una aguja para coserte el abrigo! ¡Borracho, granuja!

Pues bien, tomó una aguja. Ni que decir tiene que yo no le hablaba en serio, pero él creyó lo contrario, asustóse y obedecióme. Se quitó el abrigo y se puso a enhebrar la aguja. Tenía los ojos enrojecidos por el sueño y la embriaguez, le temblaban las manos, y por más que probaba el hilo no entraba por el agujero. Pero él no cejaba en su empeño y humedecía con saliva el hilo y lo retorció

entre los dedos y guiñaba los ojos pero... nada. Por fin, desistió de su laborioso empeño, y se quedó mirándome de hito en hito.

—Pero, Vamos a ver, Emelián, ¿qué estás haciendo! ¡Tendría que darte vergüenza! ¡Vete y que Dios te ampare! Bueno, quédate, pero basta de tonterías... Y que no te vuelvas a quedar otra vez dormido en la escalera... No me afrentes más.

—¿Pero qué quiere usted que le haga, Astafi Yvanovitch? ¡Yo sé que siempre estoy borracho y no sirvo para nada! ¡Cuánto siento enojarse a usted, que es mi bienhechor...!

De repente sus exangües labios empezaron a temblar, y por sus lívidas mejillas rodaron dos lágrimas que se enredaron entre la maraña de sus barbas... y otras lágrimas siguieron brotando a raudales... ¡Pobre Emelián! ¡Parecía que me hundieran un cuchillo en mitad del corazón!

—¡No me figuré que ibas a tomártelo de este modo! Si lo sé, no te digo nada. — Y, al mismo tiempo, iba pensando: “No, pobre Emelián; no serás nunca nada; acabarás mal...” Pero, ¿para qué extenderme en más consideraciones y detalles...? Esta historia es tan insignificante... que no vale la pena de entretenerse mucho en contarla... Es decir, lo que hay es que usted no daría ni diez céntimos por oírla, y yo hubiera dado cualquier cosa para que no hubiese ocurrido nada de lo que estoy relatando.

Pues, volviendo al asunto, es de saber que yo tenía un pantalón. ¡Ah! ¡Maldito pantalón! Un pantalón nuevo, a cuadros. Era un encargo que me había hecho el propietario, pero como quiera que le quedaba estrecho, me lo dejó de cuenta. Por aquellos días, Emelián se mostraba más taciturno y raro que de costumbre, y pude observar que se pasaba un día y otro día sin beber; hasta que por fin al tercer día estaba exhausto, enfermo de veras. Me daba mucha lástima: “Vamos, amigo mío, pensaba yo, por fin has entrado por el camino del Señor; has oído la voz de la razón y has dicho: Basta” Y así estábamos, cuando un día de fiesta muy sonada fui a la iglesia y al volver a casa me encontré a mi Emelián apoyado en el marco de la ventana, borracho perdido. “¡Ah, vamos! Eso faltaba”, dije yo.

Tuve necesidad de abrir el baúl, y noté en el acto la falta del pantalón... Busqué por todas partes, lo revolví todo y... nada... el pantalón sin aparecer. Cuando, por fin, cansado de tanto buscar, hube de convencerme de que el pantalón no estaba en mi cuarto corrí al de la vieja, y la puse hecha un guiñapo. A Emelián, por más que su estado de embriaguez en período agudo constituía una prueba contra él, no le dije nada.

—No, gracias a Dios — me contestó la vieja — para nada necesito tu pantalón. ¿Te figuras que iba a ponérmelo? Precisamente el otro día me robaron a mí una falda..., es decir, no sé si me la robaron, pero el caso es que la encuentre de menos.

—¿Quién ha estado aquí hoy?

—¡Nadie! — me contestó, — Yo todo el día he estado en casa; Emelián salió, estuvo un buen rato afuera y ha vuelto... Ahí le tienes, preguntale...

—Oye, Emelián: ¿has tocado mi pantalón nuevo, ¿sabes?, aquél que hice para el propietario?

—No, Astafi Yvanovitch, no lo he tocado.

—Entonces quién me ha robado? — Y volví de nuevo a mis pesquisas. Nada. En tanto, Emelián sentado en una silla, se mecía beatíficamente. Yo me hallaba sentado así, como estoy ahora, sobre el baúl y le miré atentamente. “Ha sido él” — pensé. Y esta idea me sublevaba tanto, que se me encendió la cara. Emelián me miró entonces a su vez.

—No Astafi Yvanovitch: se equivoca usted, si piensa mal de mí. Yo no he tocado el pantalón...

—Entonces, ¿dónde puede estar...?

—Yo le aseguro a usted que no lo he visto...

—Entonces es que se ha perdido solo. ¿Verdad Emelián Ylitch?

—Podría ser, Astafi Yvanovitch...

Levantéme y me acerqué a él, luego encendí la lámpara, y me puse a trabajar.

Mientras cosía un chaleco que me habían encargado sentí que la sangre me ardía y el corazón me palpitaba con fuerza. Emelián conoció que mi cólera iba subiendo de punto. Y es que el hombre presiente el mal como el ave la proximidad de la tormenta.

—¿Sabe usted una cosa, Astafi Yvanovitch? — insinuó con voz temblorosa, insegura. — Antip Prokorovitch se ha casado con la mujer del cochero que falleció hace poco tiempo.

Yo me le quedé mirando, y en mi rostro se reflejó probablemente mi cólera, porque Emelián se levantó y aproximóse a la cama como si buscara algo. Yo lo seguía con la vista. Así estuvo un buen rato, afectando buscar algo, y murmurando entre dientes: “Pero, ¿dónde diablos habrá ido a parar?” Esperé con impaciencia el resultado de aquel simulacro. Emelián se metió bajo la cama y yo perdí los estribos.

—Pero, ¿por qué diablos se arrastra usted así de rodillas por el suelo? — le pregunté.

—Es por ver si encontraba el pantalón... Tal vez se haya caído por ahí...

—Pero, señor mío (el despecho me hizo llamarte señor): ¿por qué te molestas así tan

to por un pobre hombre como yo..., y se lastima así las rodillas...?

—Yo le aseguro a usted, Astafi Yvanovitch, que... yo... yo... nada sé. ¡Quién sabe si, buscando bien, acabaremos por encontrarlo donde menos lo pensamos!

—Oye, oye, Emelián Ylitch—le interrumpí.

—¿Qué?

—¿Habrás sido capaz de robarme como un vulgar granuja, en agradecimiento de lo que hago por ti?

—No, Astafi Yvanovitch.

Y se quedó tumbado bajo la cama. Tardó un buen rato en salir de allí; estaba blanco como una sábana; fué junto a la ventana, sentóse y me dijo:

—No, Astafi Yvanovitch. —Y así diciendo, levantóse de nuevo y se me acercó, sombrío, entristecido. —Astafi Yvanovitch: yo no he tocado el pantalón. —Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo, se le alteró la voz y comenzó a golpearse vigorosamente el pecho. Confieso que me daba miedo.

—Bueno, está bien, Emelián Ylitch. No hablemos más de eso. ¡Perdóneme usted si he cometido la ligereza de acusarle sin motivo, cargue el diablo con el pantalón! No vamos a morirnos por eso. Gracias a Dios, tenemos brazos, y no hemos de vernos en el caso de robar o pedir limosna; ganaremos el pan.

Emelián, de pie ante mí, me escuchaba atentamente. Volvió a sentarse. Cuando yo me acosté él estaba todavía en la misma postura. A la mañana siguiente le ví acostado en tierra.

Le confieso que a partir de aquel momento, le cobré cierta animosidad. En los primeros momentos llegué incluso a odiarle porque juzgué su acto como si mi propio hijo me insultase tras de haberme robado. Por espacio de dos semanas, Emelián vivió entregado en cuerpo y alma a la bebida. Salía de casa temprano por la mañana y no regresaba hasta anochecido. Durante este tiempo, no le oí pronunciar una sola palabra. Es muy probable que estuviese arrepentido de su mala acción e intentase acallar sus remordimientos a fuerza de vino. Por fin, llegó un día en que dejó de beber, acaso porque no le quedaba ya un céntimo. Entonces, volvió a ocupar su sitio junto a la ventana. Así estuvo tres días enteros, sin despegar los labios, casi sin moverse. Una de las veces, en que le dirigí la mirada, me dí cuenta de que estaba llorando; sí señor, ¡llorando! Aquello era un verdadero manantial de lágrimas; y él parecía ignorarlo. ¡Qué cosa más triste, es ver a un hombre viejo, como Emelián, llorar sin consuelo...!

—¿Qué te pasó, Emelián? —le dije. Todo su cuerpo temblaba. Desde que sospe-

chaba de él, era aquella la primera vez que le dirigía la palabra.

—Nada, Astafi Yvanovitch.

—Entonces, ¿por qué estás ahí hecho un mochucho?

La verdad es que me inspiraba mucha lástima.

—Porque sí... Quisiera trabajar, hacer algo.

—¿Qué quieres hacer?, ¡vamos!

—¡Cualquier cosa! Veré de encontrar una colocación como la que tuve. Ya le he hablado a Fedotei Yvanovitch. No está bien que siga siendo una carga para usted Astafi Yvanovitch... Así si encuentro una colocación, podré pagarle lo que le debo...

—¡Basta, Emelián, basta! ¡Eso ya pasó, déjemoslo!

—¡Yo le juro, Astafi Yvanovitch, que no le he robado el pantalón!

—¡Y yo te creo, Emelián!

—Pero yo no puedo seguir viviendo en casa de usted... ¡Dispénseme, Astafi Yvanovitch...!

—Pero, ¿quién te dice nada? Yo no te sacó de casa, puedes creerlo.

—Ya lo sé, pero es mejor que me vaya, Astafi Yvanovitch.

—Pero, ¿dónde vas a ir, Emelián Ylitch? ¡Vamos, oye...!

—No, Astafi Yvanovitch, adiós; no intente usted detenerme... —Y rompió a llorar de nuevo. —Me voy... Usted no es ya como antes...

—¿Qué no soy como antes? Eres tú el que te has vuelto un majadero. Pero, ¿qué harás solo...?

—No Astafi Yvanovitch... Yo ya sé que ahora, cuando sale usted de casa, cierra el baúl con llave... Y eso a mí me hace sufrir mucho... No, déjeme usted que me vaya; será mejor. Y perdóneme si le he ofendido en algo.

Y se fué. Le esperé un día y otro... Siempre pensando que volvería por la noche. Pero llegó el tercer día, y no volvió tampoco... Tuve miedo de que le hubiese ocurrido algo. Perdí el apetito y me sentía profundamente apenado; por las noches no podía conciliar el sueño. El cuarto día, salí en su busca; recorrí todas las tabernas, preguntando por él. "Andará por ahí borracho o se habrá quedado dormido en cualquier parte" — me decían todos... Al día siguiente reanudé mis inútiles pesquisas maldiciendo la hora en que dejé que aquel imbécil se marchara de mi casa. Pero el quinto día, a hora muy avanzada, oí rechinar la puerta, ¿y qué veo? ¡Emelián en persona que entraba en casa! Pálido, descompuesto, con el pelo enbarullado y pringo

so y flaco como un clavo.

Le quité el abrigo, sentóse en el baúl y se me quedó mirando. A mí me dió mucha alegría al verle, pero al mismo tiempo, una terrible angustia me oprimió el corazón. Quiero decir que de haberme encontrado en su caso, hubiese preferido morir de hambre antes que volver a casa. Pero Emelián había tomado el partido contrario, y yo me hice cargo de su situación de espíritu en aquellos momentos, y le consolé afectuosamente.

—Me alegro que hayas vuelto, Emelián. Pero, ¿has comido?

—Sí, he comido, Astafi Yvanovitch.

—¿De veras? De todos modos, ahí queda un poco de sopa de ayer. Es de caldo, come pan, come, nunca está de más.

Le serví lo que queda dicho y entonces comprendí por el apetito de que daba muestras que hacía tres días por lo menos que no entraba nada en su estómago. Si volvió, fué, sin duda, hostigado por el hambre. Me enternecí tanto que fuí a buscarle vino.

—Ea, Emelián Ylitch, bebamos por el santo del día. ¿Quieres beber? Te sentará bien ¡Ya verás!

Alargó el brazo con avidez. Tenía el vaso en la mano, pero se detuvo de repente. Luego, lo aproximó a los labios, el vaso se agita entre sus manos vacilantes... No bebió... Lo dejó de nuevo sobre la mesa.

—¿Cómo! ¿Qué es eso, Emelián? ¿No quieres beber?

—Es que... yo... Astafi Yvanovitch, no pienso beber más...

—¿Cómo! ¿Qué no beberás ya más, o lo dices solamente por hoy?

No contestó; le miré, había hundido la cara entre las manos.

—¿Qué! ¿No te encuentras bien Emelián?

—¡No...; me siento indispuerto!

Le ayudé a acostarse, y ví en efecto, que estaba enfermo, tenía fiebre, la cabeza le ardía. En todo el día no me separé de su lado. La noche la pasó muy agitado. Le preparé un plato compuesto de kuass, manteca y ajo y algunas migajas de pan.

—¡Toma! Come un poco... Verás como te encuentras mejor luego.

El, meneó la cabeza.

—No — me dijo hoy no probaré bocado.

Le hice un poco de té porque la vieja estaba cansada. Pero el enfermo no mejoraba.

Al tercer día fuí en busca de un médico amigo mío, llamado Kostopravof, al que conocí cuando yo trabajaba en casa de los Bosso-maguin. El médico lo observó, y dijo: "En efecto, esto va mal. Todo es inútil".

Así pasaron dos días... Emelián se iba... Yo me senté sobre el alféizar, a trabajar...

La vieja, encendió la estufa. Los tres permanecimos en silencio. Yo miraba al enfermo, con el corazón destrozado. Llegué a quererle como a un hijo... Me parecía que hacía mucho rato que me miraba como si quisiese decirme algo... Le miré a mi vez, y pude leer en sus ojos una angustia tan profunda... Cuando advirtió que yo le miraba volvió la vista a otro lado.

—¡Astafi Yvanovitch...!

—¿Qué quieres, Emelián?

—¿Cree usted que si vendiéramos mi abrigo, sacaríamos mucho?

—¡La verdad es que no tengo una idea de eso! ¡Tal vez podrían dar tres rublos de él!

—Tres rublos...! Yo le aseguro a usted, que de haber intentado venderlo no nos hubieran ofrecido un céntimo; se hubiesen figurado que se trataba de una burla. Lo de los tres rublos se lo dije para que se tranquilizase.

Después de una pausa, Emelián me llamó otra vez.

—¿Astafi Yvanovitch?

—¿Qué quieres, Emelián?

—Si muero venda usted mi abrigo. ¡Para qué han de enterrarme con él...! Es mejor que lo venda usted.

Yo tenía el corazón oprimido como usted no puede figurarse. En la faz del enfermo se marcaba la huella de la muerte. Permanecimos callados de nuevo; y así transecurrió una hora.

De vez en cuando su mirada se tropezaba con la mía, él bajaba la vista.

—¿Y si bebieses un sorbo de agua, Emelián?

—Sí, deme un poco, Astafi Yvanovitch. Dios se lo pague...

Bebió.

—Muchas gracias.

—¿Deseas algo más, Emelián?

—No, Astafi Yvanovitch. Nada... Una cosa tan sólo...

—¿Qué?

—Quería decirle...

—¿Qué?, ¡vamos a ver, Emelián...!

—Que el pantalón... es decir... Me lo lleve yo...

—Bueno. ¡Qué Dios te perdone! Pobre Emelián. Duerme y descansa...

A mí me faltaba la respiración; y sentí que las lágrimas se agolpaban a mis ojos. Volví la cabeza.

—¡Astafi Yvanovitch...!

Le miré. Emelián quería decir algo. Se esforzaba por hablar, movió los labios. Se puso muy colorado y clavó en mí la mirada... Luego, de repente fué palideciendo, hasta tornarse lívido... Echó la cabeza para atrás, dió un suspiro muy profundo y entregó el alma a Dios.

LA NAVIDAD EN LA POESÍA

NUBES DE NAVIDAD

Nubes de Navidad, hay una rara
Candidez en vosotras. No tenéis
Malicia alguna. Al cielo no hacéis mella.
Por el azul purísimo os meceís,
Al declinar el sol os encendéis,
Y en la noche mostráis más de una estrella.

Ver entre nubes fulgurar los astros
Es cosa que nos da gran alegría,
¡Sombras de Navidad, no lo fuisteis jamás!
En vosotras veo más
Que en la claridad del día.

¡Ay, noche, cómo pasas silenciosa!
¡Astro que fulges, nube que te vas!
¡En parte alguna estás, luz misteriosa!
¡Ay, portal de Belén, por todo estás!

Cuando queráis regocijarme
Venid a hablarme
De Navidad y sus cielos nublados,
Me encontraréis en pleno ensueño,
Como a los niños encantados,
Que ríen, de lo que ven
Con los párpados cerrados.

Juan Maragall

(Versión de Alfonso Maseras)

VILLANCICO

Anda acá, pastor,
"a ver el Redemptor."

Anda acá, Minguillo,
deja tu ganado,
toma el caramillo,
zurrón e cayado:
Vamos sin temor
"a ver al Redemptor".

No nos aballemos
sin llevar presente;
mas, ¿qué llevaremos?
Dilo tú, Llorente.
¿Qué será mejor
"para el Redemptor?"

Yo quiero llevarle
leche y mantequillas,
e para empañarle
algunas mantillas,
por ir con amor
"a ver al Redemptor".

Con aquel cabrito
de la cabra mocha
e una miga cocha,
que terná sabor,
"sabor al Redemptor".

No piense que vamos
su madre graciosa
sin que le ofrezcamos
más alguna cosa;
que es de gran valor
"madre del Redemptor".

En cantares nuevos
gocen sus orejas:
miel e muchos huevos
para hacer torrijas
aunque sin dolor
"parió al Redemptor".

Juan del Encina

(Siglo XVI)

DICEN QUE EN NOCHEBUENA...

Dicen que en Nochebuena charlan, a media
[noche,
asno y buey, en su establo, píos, entre la
[sombra.

Lo creo, ¿por qué no? La noche toda suena.
Las estrellas levantan un altar y son rosas.
Asno y buey se lo callan durante un año entero.
¿Quién lo sospecharía? Mas yo sé que está el

[grande
misterio en sus humildes testuces escondido,
Sus ojos y mis ojos saben muy bien hablarse.
Son de las relucientes praderías amigos,
en que linos delgados de flor celeste tiemblan
junto a las margaritas, endomingadas siempre
con sus vestidos blancos, para quien todo es

[fiesta.
Amigos de los grillos cabezotas, que dicen
una misa rezada deliciosa, moviendo
los botones de oro, que hacen de campanillas:
y cirios admirables son las flores del trébol.

Asno y buey nada dicen de tales cosas: tienen
una simplicidad muy grande; más por ello
saben que hay en el mundo verdades que no

[deben
decirse a todas horas aquí. Ni mucho menos.
Mas yo, cuando en verano, las punzantes abejas
vuelan como trocitos del sol, miro con lástima
al asnillo y me esfuerzo porque le pongan unos
como calzones cortos hechos de tela basta.

Y que el buey, que conversa también con el
[Señor,
un ramito de helechos entre los cuernos lleve,
para que le proteja la testuz dolorosa
contra el sol y el horrible calor que le da fiebre.

Francis Jammes

(Trad. de E. Diez Canedo).



En el cuento que sigue encontraréis todos los elementos con los cuales se suele componer el habitual cuento de navidades, pleno de sentimentalismo: habrá un chiquillo y su madre y un árbol de Noél, sólo que el cuento resulta muy distinto a los habituales... Su sentimentalidad ni siquiera sale a flor de piel.

Se trata de un cuento serio, un poco lúgubre y hasta cruel, como es el hada de Navidad en el Norte y como es la misma vida.

La primera conversación sobre el árbol de Noél surgió entre Volodka y su madre tres días antes de Navidad, y no surgió como os figuráis, intencionadamente, sino debido más bien a una coincidencia casi estúpida.

Untando unas rebanadas de pan con manteca, mientras tomaban el té de la tarde, probó la madre una de ellas, y dijo, frunciendo el ceño:

—Esta manteca parece verdaderamente como si la hubieran sacado de un árbol.

—A propósito, mamá, ¿me comprarás un árbol de Noél? — preguntó Volodka, sorbiendo ruidosamente el té.

—¿Qué más se te ocurre, hijo? ¡No tendrás árbol de Noél! No estamos para diversiones; gracias que vivamos. Quiera Dios que no nos falte el pan. ¿No ves que ando sin guantes?

—¡Muy bonito! — dijo Volodka. — ¡De modo que todos los niños tendrán su árbol, y solamente yo... como si no fuese persona!

—¡Prueba de hacerte con uno!

—Ya verás cómo lo hago. ¡Qué cosa más importante! ¡Pues va a resultar mucho mejor que el tuyo! ¿Dónde está mi gorra?

—¿Otra vez a la calle? ¡Pero qué criatura es ésta? ¡Se me va a hacer un chico callejero!... ¡Ay, si viviese tu padre, ya verías tú!...

Volodka no sabe todavía qué cosa le hubiera hecho su padre: su mamá no había llegado a la mitad de su frase, cuando ya él descendía por la escalera ligeramente, a caballo en la barandilla.

Una vez en la calle, Volodka adoptó aspecto extremadamente serio, que hubiera cuadrado muy bien al poseedor de un gran tesoro, y ello debido a que llevaba en el bolsillo un enorme brillante que el día anterior se había encontrado en la calle, una gran piedra que resplandecía, tamaño de una nuez.

En él había puesto todas sus esperanzas: quizá pudiera no solamente comprar un árbol de Noél, sino al propio tiempo asegurar la vida de su madre.

—Sería interesante el saber cuántos quilates pesa — pensaba Volodka, calándose la gorra hasta las mismas orejas, mientras zigzagueaba entre la muchedumbre transeunte.

Es necesario anotar que Volodka tenía en la cabeza un almacén de noticias, retazos de conocimientos, observaciones, frases y apogemas...

En ciertos aspectos de su vida resulta de una gran ignorancia; no se sabe cómo se enteró de que los brillantes se pesaban por quilates, y al mismo tiempo desconocía por completo el nombre de la provincia en que radicaba la ciudad en que vivía y qué cantidad resultaba multiplicando 32 por 18 y por qué razón no se puede encender un pitillo en la lámpara eléctrica.

Toda su filosofía práctica se hallaba reducida a estos tres refranes, que intercalaba donde podía, conforme a las circunstancias:

“Cuando el pobre se casa, la noche se le hace corta”.

“Sea lo que sea, hace falta verlo”.

“No estamos para diversiones, gracias que vivamos”.

Este último lo adquirió por contagio materno, y los otros dos... sólo el diablo lo sabe.

Al entrar en una joyería metióse Volodka la mano en el bolsillo y preguntó:

—¿Compran ustedes brillantes?

—Sí los compramos. ¿Qué se le ofrece al caballero?

—Háganme el favor de pesar esta cosilla, a ver cuántos quilates tiene.

—Esto, amigo mío, es un cristal — dijo sonriendo el joyero.

—Todos habláis lo mismo — replicó Volodka.

—Bueno, basta de conversaciones; ¡largo de aquí!...

Aquel brillante de tantos quilates fué arrojado contra el suelo sin miramiento alguno.

—¡Ay!

Y se inclinó Volodka a recoger su preciosa piedra.

—“Cuando el pobre se casa, la noche se le hace corta”. ¡Canallas, ya podían haber perdido un brillante verdadero! ¡Vaya, qué le voy a hacer! “No estamos para diversiones; gracias que vivamos”. Voy a ver si me admiten en algún teatro...

Hay que confesar que desde hacía mucho tiempo esta idea le barrenaba en sus pensamientos. Había oído decir a alguien que en ciertas ocasiones eran solicitados algunos chicos que saliesen en determinadas escenas de algunas obras; pero cómo presentarse y cómo ofrecer sus servicios, eso sí que no lo sabía.

Pero Volodka no se detenía mucho en pensar las cosas; al llegar al teatro se coló como una flecha, atrevidamente, y con propósito de darse ánimos a sí mismo, dijo en voz baja: “Sea lo que sea, hace falta verlo”.

Se acercó al acomodador e irguiendo la cabeza majestuosamente preguntó, dándose aires de importancia:

—¿Necesitan ustedes chicos para el teatro?

—¡Anda, anda, no estés en el pasillo!

Después de haber esperado a que el acomodador se distrajera, Volodka se escurrió junto al público que entraba, y metióse por una puerta detrás de la cual se oían sonos de música.

—Hágame el favor de su localidad, joven— le preguntó una acomodadora.

—Oiga — le dijo Volodka; — aquí debe haber un señor con barba negra; dígame que acaba de ocurrir en su casa un terrible accidente, una verdadera desgracia: se ha muerto su mujer. Me han enviado a buscarle. ¡Llámele usted!

—No tengo tiempo para buscar esas barbas negras; llámale tú si te hace falta.

Después de meterse la mano en los bolsillos, dio una vuelta por la sala, señaló con la mirada un palco vacío, y metiéndose en él procedió a acomodarse y a fijar en la escena su escrutadora mirada.

Sintió una palmadita en el hombro; Volodka alzó la cabeza: un oficial con una dama.

—Este palco está ocupado — observó fielmente.

—¿Por quién?

—¿Por mí! ¿Acaso no lo ven ustedes?

La dama se echó a reír. El oficial, amoscado, intentó llamar a un acomodador; pero... aquella le detuvo.

—Que se quede con nosotros, ¿verdad? Es tan chiquitín y tan grave... ¿Quieres quedarte con nosotros?

—Bueno, quédense ustedes ya... — dijo Volodka, como autorizándoles. — ¿Qué es esto, un programa? A ver, déjemelo ver...

Así permanecieron los tres hasta el final del acto.

—¿Ya es el final? — dijo Volodka tristemente, consternado, cuando vio descender el telón. — "Cuando el pobre se casa, la noche se le hace corta". ¿Ya no les hace falta este programa?

—No; puedes llevártelo como recuerdo de tan agradable encuentro.

Volodka se informó prudentemente:

—¿Cuánto han dado ustedes por él?

—Cinco rublos (1).

—Lo venderé para el segundo acto — pensó Volodka; y después de apoderarse de otro programa abandonado en el palco vecino, se dirigió valientemente a la puerta principal para proponer su género.

Cuando volvió a su casa, con hambre pero contento, en su bolsillo había, en vez de un brillante falso, dos billetes auténticos de cinco rublos.

Al día siguiente Volodka, llevando apretujado su capital en el puño, vagó largo tiempo por las calles, parando su atención en la vida de negocios de la ciudad y considerando espasmodicamente en qué cosa podía invertir su dinero.

Al encontrarse en la terraza de un café, se le ocurrió un idea: "Sea lo que sea, hace falta verlo" — exclamó, mientras entraba impertinentemente.

—¿Qué deseas, chico? — le preguntó una camarera.

—Tenga la bondad de decirme, ¿no viene por aquí una señora que lleva piel gris y bolsillo de oro?

—No...

—Entonces debe venir...; la esperaré.

Y se sentó.

—Lo principal — pensaba — es colarse; que prueben a echarme, y ya verán la que armo. Arrellenóse en el diván y esperó, lanzando miradas en todas direcciones.

Dos veladores más allá del suyo, un viejo

plegó el periódico que había estado leyendo y se dispuso a tomar su café:

—Señor — díjole Volodka en voz baja, así que se hubo acercado —, ¿cuanto ha pagado por el periódico?

—Cinco rublos.

—Véndamelo en dos; como usted lo ha leído... ya no le hará falta.

—¿Para qué lo quiere?

—Para venderlo, a ver si gano algo.

—¿Oh, amiguito; eres muy listo! Está bien, hombre... Tómalo, y aquí tienes tres rublos de vuelta... ¿Quieres un pedazo de bollo?

—Yo no soy mendigo — replicó con dignidad; — aquí se trata de ganar para el árbol de Noël, y nada más...

Al cabo de media hora ya había conseguido cinco periódicos, un poquillo arrugados, pero que aún podían pasar muy bien.

La dama de la piel gris y el bolsillo de oro seguía sin parecer. Hay ciertas razones para pensar que sólo existía en la bulliciosa imaginación de Volodka...

Después de haber leído con gran trabajo el encabezamiento, completamente indescifrable para él: "La nueva posición de Lloyd George", Volodka corrió como un loco por las calles agitando los periódicos, mientras gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Interesantes noticias! ¡"La nueva posición de Lloyd George"! ¡Precio, cinco rublos! ¡¡"La nueva posición", por cinco rublos!!

Antes de comer, y al cabo de una serie de operaciones periodísticas, se le podía ver yendo con una cajita de bombones; la expresión fija en su rostro casi no se distinguía bajo la encasquetada gorra.

En un banco estaba tomando el sol un señor desocupado, que fumaba perezosamente.

—Señor — le preguntó Volodka, — ¿podría usted decirme una cosa?

—Venga la pregunta, joven.

—¿Si media libra de caramelos, veintiséis piezas, valen cincuenta y cinco rublos, ¿cuánto vale uno?

—Es un poco difícil decirte exactamente, pero viene a salir alrededor de unos dos rublos cada pieza. ¿Por qué lo dices?

—¿De modo que resulta ventajoso el venderlos a cinco rublos? No está mal. ¿Quiere usted comprármelos?

—Te compraré dos, con la condición de que seas tú quien se los coma.

—No, no hace falta; yo no soy mendigo, sino un negociante... ¡Cómpramelos, y los regala luego a un chico conocido!

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? ¡Da lo mismo; vengan!...

La madre de Volodka regresó muy tarde del obrador. Sobre la mesa, detrás de la cual Volodka, con la cabeza apoyada sobre los brazos, dormía dulcemente, había un diminuto árbol de Noël, adornado con un par de manzanas, una velita y tres o cuatro cartoncitos; todo aquello presentaba un aspecto lamentabilísimo...

En torno al árbol estaban expuestos unos cuantos regalos: para que no cupiese duda acerca de a quién pertenecían, junto a los lápicos de colores había un papellito con una inscripción muy mal escrita:

"Para Volodka".

Y junto a un par de guantes de invierno había otra, tan mal escrita como la primera:

"Para mamá".

Profundamente dormía el chico travieso, y no se sabe sobre dónde ni en qué esteras se cernía su astuta almita de comerciante...

(1) No debe sorprender al lector el enorme precio del programa: mi Volodka vivía en Crimea en aquellos tiempos heroicos del ejército blanco de Vandey.



Jacinto Benavente

GANARSE LA VIDA

(COMEDIA)



PERSONAJES

SERAPIO.
DOROTEA, esposa.
PAQUITO, hijo.
SEBASTIAN y ESTEBAN, sobrinos.

La acción en Madrid. Epoca actual.

ACTO UNICO

Un desván lleno de trastos viejos. Un catre.

DOROTEA, SEBASTIAN y ESTEBAN

DOROTEA. — Pasad por aquí... Aquí dormiréis... Si queréis dormir los dos en el catre, allá vosotros... Pero como sois tan grandullones, estará mejor uno solo...; el otro puede dormir aquí tan ricamente. Más adelante, si os portáis bien y vuestro tío puede hacer carrera de vosotros y servís para algo en la tienda, compraremos otra cama... Aquí tenéis para lavaros... Hay que ser muy limpios... no como en el pueblo, que da asco veros a todos... Aquí tenéis vuestro pedazo de jabón, vuestra toalla... Tened cuidado de no sacudiros el agua como los perros... En el pueblo, como os laváis en el pilón, cuando os laváis... Yo apagaré la luz cuando me parezca que estáis acostados... ¿Sois muy dormilones? Sí, seréis, sí, como unos ceporros... Ya costará despabilarlos, ya... Vuestra madre no os tenía criados para duques... y mi hermano, vuestro padre, no se diga... Con aquella cabeza desbaratada... Así se vió, y así se ve vuestra madre ahora... Por supuesto, ella se tiene la culpa... Si en vez de haberle refdo las gracias a vuestro padre, que fué un gandul toda su vida, le hubiera sujetado, como toda mujer de bien debe sujetar a su marido... Pero en aquella casa, con tocar la guitarra y estar siempre de broma y desbaratar la hacienda... Para que ahora paguemos todos las consecuencias... A ver qué sería ahora de vosotros sin vuestros tíos... Hubiérais ido a parar al hospicio... De esto es de lo que debéis haceros cargo... ¡A un hospicio! ¿Vosotros sabéis lo que es un hospicio? Ya podéis estarnos agradecidos... En vuestra casa no quedaba ya nada, ¿no es eso?

SEBASTIAN. — No, señora; se lo llevó todo la Justicia...

DOROTEA. — Natural. Lo que me choca es que hayan tardado tanto en llevárselo... ¡Ay! ¡Una hacienda tan bonita como la que nos dejó mi padre en el pueblo! Pero aquella cabeza destornillada de vuestro padre dió fin con todo. Ya podéis estarle agradecidos... Ahora, vuestra madre viéndose precisada a servir... a ser una triste criada... Ella, que podía haber vivido como una reina... Y vosotros, gracias a nosotros... Aquí, al lado de vuestro

tío, podéis haceros hombres de provecho... Pero hay que espabilarse... Hoy es el primer día y no es cosa de reprenderos..., pero no déis lugar a que vuestro tío se incomode, porque el día que os ponga la mano encima os balda. Es con su hijo, y cuando se ciega, no repara... Mucho cuidado... Vuestro tío es muy bueno, pero es muy recto. Con él todo el mundo ha de andar muy derecho. Bueno..., a dormir... Vuestro tío está escribiendo a vuestra madre que habéis llegado bien, que habéis comido bien, que estáis muy bien y que ya se verá de hacer algo por vosotros: todo lo que se pueda, siempre que os portéis y seáis agradecidos... Vosotros veréis. No os digo más... Aquí viene también vuestro tío...

DICHOS, PAQUITO y SERAPIO

SERAPIO. — ¿Qué hacen estas buenas piezas? ¿Están todavía como dos palominos atontados? ¿Os ha leído vuestra tía la cartilla? Yo no os digo nada. A mi lado no quiero holgazanes... Vosotros habéis encontrado una ganga... Yo vine a Madrid el ochenta y dos. No conocía a nadie... Entré en una tienda como ésta, de comestibles finos, para barrer y hacer recados... Aprendí a bofetadas... pero a los dos años tenía mi buen sueldecito... y a los diez años me establecí por mi cuenta... Todo esto a fuerza de trabajo y de honradez... Vosotros empezáis de otro modo. Con el mimo de la familia. Esto puede ser un perjuicio...

ESTEBAN. — ¡Ay, ay!...

SERAPIO. — ¿Qué te pasa?

DOROTEA. — ¿Qué tienes?

ESTEBAN. — ¡Paquito!

DOROTEA. — ¿Qué le has hecho a tu primo?

ESTEBAN. — Que me ha echado polvos de pica-pica...

PAQUITO. — Embustero. Ha sido él a mí.

DOROTEA. — ¡Paquito, que te voy a matar!

ESTEBAN. — ¡Ay, ay!...

DOROTEA. — Y tú calla, que no será para tanto... ¡Ay! ¡La guerra que me váis a dar!... Paquito, que ya te tengo dicho que dejes en paz a tus primos.

PAQUITO. — Si son ellos... Sebastián me ha pegao esta tarde... y yo no he dicho nada.

SEBASTIAN. — No es verdad; yo no le he pegao.

PAQUITO. — Me has pegao, me has pegao.

DOROTEA. — ¡Ay, ay!... Paquito está hablando tu padre...

SERAPIO. — A ver si callamos. Está hablando vuestro tío... ¿Qué va a ser esto? Pues, hombre, el primer día... Cuando Paquito os haga algo, venís a decirme a mí... Yo soy inflexible... ¿Quién ha traído los polvos de pica, pica?... En casa no hay polvos

de pica-pica... Paquito no puede haberlos comprado...

ESTEBAN. — Sí, señor, me pidió a mí los cuartos...

SERAPIO. — ¿Y de qué tienes tú esos cuartos? A ver si el primer día me habéis metido la mano en el cajón. Hasta ahí podíamos llegar...

SEBASTIAN. — No, señor. Eran nuestras las perras.

SERAPIO. — ¡Las perras! ¡Qué lenguaje! ¿Y dónde tenéis vosotros esos perros? ¿Se dice perros...? ¿Grandes o chicos?

SEBASTIAN. — Gordos.

SERAPIO. — Se dice grandes.

SEBASTIAN. — Nos lo dió madre al despedirnos.

DOROTEA. — Siempre lo mismo... Malcriándolos... No tiene para ella y os dá a vosotros para vicios.

ESTEBAN. — Mire usted. Ahora está echando en el catre...

PAQUITO. — No es verdad. Yo no he echado nada...

DOROTEA. — ¡Paquito! Que ve mas a quitar la vida...

PAQUITO. — Que no es verdad. Acusón, embustero, animal.

ESTEBAN. — Ya te cogeré mañana...

PAQUITO. — ¡Ay, madre!

DOROTEA. — ¿Qué tienes?

PAQUITO. — Que está diciendo que me va a coger mañana... Yo no quiero que estén aquí; que se vayan a su pueblo, que son muy brutos...

DOROTEA. — Ya estoy viendo que tendrán que irse, o nos quitarán la vida entre todos... No se puede favorecer a nadie...

SERAPIO. — Aquí es preciso mucha formalidad... Ya no tenéis tres años... Yo a vuestra edad ya me ganaba la vida y no era grave para nadie... Todo me lo debo a mí mismo... Vosotros me tenéis a mí, que no es poco; por eso os estáis más obligados que nadie a mirar por mi casa... Pero por lo mismo, yo estoy más obligado a tener más rigor con vosotros que con la demás dependencia, y vosotros estáis obligados a dar ejemplo... por lo mismo que sois de la familia...

ESTEBAN. — Me está dando de tizne...

PAQUITO. — No es verdad... Es él que tiene las manos sucias...

DOROTEA. — ¡Ay, qué castigo! Ven acá, Paquito; no te muevas de mi lado, o te mato...

SERAPIO. — Llévale a acostar, que ya es hora.

PAQUITO. — Yo no quiero acostarme.

DOROTEA. — Paquito, que no empieces como todas las noches.

PAQUITO. — Pues no me acuestes tú; que me acueste la Micaela.

DOROTEA. — La Micaela está fregando.

PAQUITO. — Pues yo quiero que me acueste la Micaela...

SERAPIO. — Paquito, si no callas, te doy unos azotes...

DOROTEA. — Ya oyes a tu padre... Pero, ¿qué haces tú, condenado? ¿Te estás limpiando en la blusa nueva? ¿Tú crees que aquí no tenemos que hacer más que lavar las blusas todos los días? Todo el mes os tienen que durar limpias. ¿Habéis oído?... Todo el mes. En mi casa no se consiente a la gente que sea sucia... Y cuando salgáis para algo a la calle, ya podéis limpiaros bien el ruedo de la

puerta, que hoy habéis puesto la tienda perdida.

SERAPIO. — No les hagais más advertencias por hoy... Ya irán entrando poco a poco... Ellos verán lo que les conviene... Aquí tienen su porvenir si saben portarse... Si no se portan, ellos verán. Vaya... A acostarse... A dormir... y que no tenga yo que despertarlos... Aquí no queremos dormilones... A mí me despertaron dos veces con un jarro de agua fría por la cabeza... A la tercera vez no había que despertarme... He escrito a vuestra madre... En la primera carta no he querido decirle nada de vuestro comportamiento... Yo sé estar a la expectativa... Pero no déis lugar a que en otra carta tenga que manifestarle algo que pueda afligirla... Vosotros veréis... En vuestra situación no puede tirarse un porvenir por la ventana. Dentro de cuatro o cinco años podéis tener vuestros seis dudos al mes, que es una cosa muy decente para dos muchachos, y para que vayáis haciendo un capitalito... Con menos empecé yo, y con más trabajos... Vaya... que se gasta luz... Buenas noches.

SEBASTIAN. — Muy buenas noches, señor tío...

DOROTEA. — Buenas noches... Desnudaos pronto, que yo no tardo en dejaros sin luz.

SEBASTIAN. — Muy buenas noches, señora tía...

DOROTEA. — Da las buenas noches a tus primos...

PAQUITO. — ¡Ah!... Ahora nos comerán los ratones... Este cuarto está lleno... Veréis cómo suenan en las cajas de lata...

DOROTEA. — No hagáis caso. Paquito, que te voy a sacar la lengua...

SERAPIO. — Anda, anda. ¿Para qué queremos más contigo que tener aquí a tus primos?

DOROTEA. — ¡Ea! Buenas noches. (Salen Serapio, Dorotea y Paquito).

SEBASTIAN y ESTEBAN

ESTEBAN. — Tengo mucha hambre...

SEBASTIAN. — Yo también. Mía de lo que nos han dao en too el día...

ESTEBAN. — Pa eso decían que cuándo habríamos comido así... Pa que madre nos hubiese dejao sin comer, aunque tuviera que pedirlo...

SEBASTIAN. — ¡Anda!... ¡Nos han dejao a oscuras!...

ESTEBAN. — ¡Qué miedo! ¿Oyes los ratones?

SEBASTIAN. — Yo no. Será el primo por asustarnos, que armará ruido...

ESTEBAN. — No; son ratones... ¡Sebastián!...

SEBASTIAN. — ¿Qué quieres?

ESTEBAN. — Yo me acuesto contigo. Yo no me tiro así en el suelo... y me da mucho miedo de estar solo.

SEBASTIAN. — Te acuestas así conmigo.

ESTEBAN. — Sebastián... Mal vamos a pagarlo.

SEBASTIAN. — ¡Qué remedio tienen! Nos quedamos sin nada. ¿Qué iba a hacer madre con nosotros? Tenemos que valernos.

ESTEBAN. — En el pueblo hubiéramos podido valernos mejor. Siquiera teníamos a madre. Yo quiero ir con madre.

SEBASTIAN. — No pue ser. ¿Qué dirán los tíos?... Que han consentido tenernos en su casa y enseñarnos el comercio... Vamos a dormir... Anda...

ESTEBAN. — Me da miedo de dormirme... ¿No oyes los ratones?

SEBASTIAN. — Sí que sueñan.

ESTEBAN. — Yo quisiera que escribieras a madre...

SEBASTIAN. — Yo también quisiera escribirle... Se quedó tan desconsolada... y nos dijo que la pusieramos algo en llegando... Pero ya has oído al tío: que él escribiría... ¿Y cómo vamos a escribir?

ESTEBAN. — Por eso no. Yo me he apañado pa tener de too: tinta..., una pluma..., papel... Mía...

SEBASTIAN. — ¿Y luz?... ¿Cómo vamos a escribir a oscuras?

ESTEBAN. — También me he apañado con un cacho vela... Tienta... Y con mistos... Mira.

SEBASTIAN. — No vayan a sentir que encendemos... Escucha si andan por ahí...

ESTEBAN. — No se siente a denguno. Anda, escribe tú, que sabes más de letra...

SEBASTIAN. — ¿Y que vamos a ponerla?

ESTEBAN. — Lo que nos pasa.

SEBASTIAN. — Eso es. Pa desconsolarla más. No pué ser eso. Si le ponemos que tenemos hambre y que nos regañan por too... y que dormimos tiraos por el suelo, viene a llevarnos otra vez... ¿Y cómo se vale con nosotros?... Tan apurá como anda... No pué ser...

ESTEBAN. — Pues pon lo que quieras.

SEBASTIAN. — Tú veras..., pa darle ánimo... "Querida madre: Me alegraré que al recibir de ésta esté con la cabal salud que nosotros. Esta es para que sepa usted de cómo lleguemos a Madrid y cómo nos tienen los tios... que no puede ser mejor hasta la presente..."

ESTEBAN. — ¡Mía que poner eso!

SEBASTIAN. — Hay que ponerlo. "La tía Dorotea nos cuida mucho, y el tío Serapio lo mismo, y el primo Paco igualmente..."

ESTEBAN. — ¡Mía que poner eso!

SEBASTIAN. — ¿Qué voy a poner? "Estamos buenos y contentos y viendo de cómo nos apliquemos a lo que nos mandan. Yo creo que sí, y que usted no tendrá que pasar fatigas por nosotros, que, como digo, estamos buenos y contentos..."

ESTEBAN. — Se acaba la vela...

SEBASTIAN. — Sopla, no se queme la tibia.

ESTEBAN. — ¿No has podido poner más?

SEBASTIAN. — Si no veo.

ESTEBAN. — Echaré un misto.

SEBASTIAN. — No pué ser... Me cuesta mucho... Mañana, si podemos apañarnos, con otro cacho vela...

ESTEBAN. — Guárdala bien.

SEBASTIAN. — Vamos a dormir...

DOROTEA. — (Dentro). ¡Sebastián! ¡Chicos!

ESTEBAN. — ¡La tía!

SEBASTIAN. — Calla.

DOROTEA. — ¿Qué andáis tramando, que os oigo, habla que te habla, desde abajo?... No son horas de conversación... A dormir o llamo a vuestro tío, que está en el escritorio, y él os hará estar callados... ¡Pues hombre!... ¡Qué costumbres!... ¿Os hacéis los dormidos?... A ver si subo y os despierto yo a cachetes...

SERAPIO. — Lo estoy oyendo todo. A ver si subo y les digo yo cuántas son cinco a esos señoritos...

SEBASTIAN. — Si es que estábamos rezando, señora tía...

DOROTEA. — Para rezar no hay que dar voces. El Señor no es sordo... A ver si no tengo que subir otra vez.

SEBASTIAN. — No, señora, no. A dormir...

¿Qué tías, Esteban, qué tías? Estás llorando...

ESTEBAN. — Yo quiero irme a mi casa.

Yo quiero volver con mi madre.

SEBASTIAN. — Vamos, calla... Hay que ganarse la vida... Si no pué ser, por mucho que te pongas... Ya somos mozos. A lo primero hay que ganársela así, con trabajos... Cuando seamos hombres será otra cosa. ¿Oyes? Anda, con tanto llorar se ha quedado dormido... ¡Ay, madre! Ahora que él no me ve lloraría yo de buena gana; pero pué desperdiciarse, y si me ve a mí acobardao... Soy el más hombre, y con llorar nada se saca... ¡Ay, madre!... Niños felices que halláis en vuestra casa no sólo el pan, sino las golosinas de cada día entre caricias y besos..., acordáos alguna vez y compadecéos de estos niños sin niñez... que han de ganarse la vida como los hombres.

FIN DE LA COMEDIA

MI MUJER

Has venido de la montaña, pero eras blanca y fresca como la última nieve de marzo.

Has venido de las selvas y tus labios eran dulces y rojos como las frutillas escondidas entre las hierbas.

Has venido de las praderas y tu carne era perfumada como las flores salvajes que escogen las cabras.

Has venido de los apriscos y tu corazón temblaba bajo la camiseta como el de las ovejas bajo la lana.

Has venido de las fuentes cristalinas y de los manantiales claros y tu risa parecía una carcajada de trinos.

Has venido de los bosques llenos de nidos y tu canto alegre parecía la canción del mirlo al salir al sol.

Has venido del país de los cerros y de los nogales y tu cuerpo era derecho como un tronco y tus senos eran duros como las nueces.

Tú eres la salud y yo la enfermedad: por eso te he deseado.

Tú eras la alegría y yo la tristeza: por eso te he querido.

Tú eras la juventud y yo la vejez y ahora me apoderé de ti a la fuerza.

Tú eras la belleza y yo la fealdad y por eso te he aprisionado para siempre.

Yo soy ahora — después que han transcurrido tantos años desde que puse en ti mis ojos — más sano, más alegre, más joven, más hermoso que antes.

Tú eres ahora menos sana, menos alegre, menos joven, menos sana que antes.

Lo mejor de tu vida ha pasado a la mía; yo te he absorbido con mis besos lo que me faltaba. He nacido por segunda vez sobre tu cuerpo blanco y gallardo.

Y ahora tú estás tan encarnada en mí y yo estoy tan hecho de ti que ya no podré dejar de amarte nunca más, nunca más.

Amada mía, mi bien amada mía.

Juan Papini.

DE LA DECADENCIA EN EL ARTE DE MENTIR

Por MARK TWAIN

(MEMORIA LEIDA EN EL CÍRCULO DE HISTORIA Y ANTIGÜEDAD DE HARTFORD.)

Señores:

Declaro, ante todo, que, a mi juicio, la *costumbre* de mentir ni se encuentra en decadencia, ni ha sufrido interrupción a través de la vida. Porque la mentira considerada como Virtud y Principio, es eterna. Porque la mentira, considerada como recreo, consuelo, refugio en la adversidad, cuarta gracia, déclima musa y mejor amiga del hombre es inmortal y no puede desaparecer de la tierra en tanto que existe este Centro.

Mis lamentaciones sólo se refieren, pues, a la decadencia del mentir como *arte*. Todo hombre de inteligencia cultivada, de sentimientos exquisitos, verá, en efecto, con honda pena, el rebajamiento, la prostitución del nobilísimo arte de mentir, realizado por el feo y repugnante *embuste*.

Debo advertiros, señores, que voy a tratar con gran circunspección un asunto, delicado en extremo, desde el momento en que sois vosotros los que os dignáis oírme. Fuera ridículo que yo tratara de aconsejaros, cual lo sería el que una vetusta solterona diera consejos de lactancia a las matronas de Israel.

No tendrían mis palabras el menor dejo de crítica. Sois, casi todos, de más edad que yo y me aventajáis en ese terreno, donde, con vuestro permiso, voy a penetrar.

Si, no obstante esta franca declaración, creéis advertir la censura a través de la hojarasca retórica, tened presente que ella se encamina más bien a admiraros que a contradeciros.

Porque, os lo digo sinceramente: si la más hermosa de las Bellas Artes hubiera sido objeto en todo el mundo del mismo celo, de los mismos estímulos, de la misma práctica concienzuda y progresiva que se le dedica en este Círculo, mis quejas serían inútiles, mis lágrimas extemporáneas. No lo digo por adularos, sino por rendiros un tributo de estricta justicia. (Tenía pensado redondear el anterior párrafo, citando unos cuantos nombre y otros tantos ejemplos, en apoyo de mis asertos; pero alguien me aconsejó que me abstuviera de aludir a personalidades, y que permaneciese en el vasto campo de las generalidades).

Pocos hechos se encuentran mejor comprobados que el siguiente: hay circunstancias en las que se hace necesario mentir.

De lo que se deduce, que mentir es, cuando llega el caso, una virtud. Y no existe perfección en la virtud sin el ejercicio perseverante y cuidadoso de la misma. Ocho, señores, que la *á* que me refiero, debía ser enseñada en las escuelas públicas y en el hogar paterno, aconsejada por la prensa. ¿Qué papel hace, en efecto, un embustero ignorante, cuando se mide con un embustero instruido y artista? ¿Qué figura tan triste no haría yo si se me comparase por ejemplo, con Mr. P..., el excelente juriconsulto que todos conocéis? Se impone, pues, la necesidad del embuste ilustrado, concienzudo y hábil.

Adeptemos la mentira científica, racional, perfecta, o abstengámonos sistemáticamente del em-

buste si no nos encontramos con fuerza intelectual para cultivarlo. Porque, confesad, señores, que una mentira mal expuesta es, con frecuencia, más desagradable que la verdad.

Examinemos ahora la opinión de los filósofos. Recordad que según el antiguo proverbio "los niños y los locos dicen siempre la verdad". De lo que se deduce claramente, que los adultos y los cuerdos practican todo lo contrario. El historiador Parkman asegura que "el principio de lo verdadero puede ser exagerado a veces hasta llegar al absurdo", y añade más adelante: "es un axioma antiquísimo que no siempre es bueno decir la verdad, y los que una conciencia corrompida lleva a violar habitualmente ese principio, son tontos peligrosos". ¡Hermosas y justas palabras que nadie se atreverá a desvirtuar!

Cierto es, que nadie podría vivir con un hombre tan insensato que dijese la verdad a todo trance. Mas, por fortuna para el bienestar social, ese hombre extraordinario, ese *super-hombre*, no existe. Una persona invariablemente verídica es, digámoslo sin rodeos, un ser imposible e insopportable.

Hay gentes que con la mayor buena fe creen no mentir jamás. Pero, tales individuos viven a su vez en un perpetuo engaño. Su ignorancia de este hecho es una de las mayores vergüenzas de nuestra pretendida civilización.

Bí, señores; todo el mundo miente. A diario, a cualquier hora, despierto, dormido, en los sueños, en la vigilia, en el placer y en el dolor. Cuando la lengua descansa inmóvil, observad que las manos, los pies, los ojos, la actitud, en fin, intentan perpetrar el engaño con deliberado propósito.

Fijémonos en un hecho corriente de la vida, entre millares de millares de hechos análogos.

Encontráis en la calle a un conocido. Desde luego os saluda con el cortés "¿Cómo está usted?" Pues, bien; al 99 por 100 de los que hagan tal pregunta, le tiene sin cuidado que os halléis bueno o moribundo. Mienten, pues, demostrando un interés que están lejos de sentir. Cuando contestáis: "perfectamente, muchas gracias" mentís atestigüando un agradecimiento que no existe en vuestro corazón. Y si os replican: "¡Vaya, vaya! me alegro infinito de ver a usted tan famoso", estad convencidos de que el embuste sigue su curso, hasta adquirir las proporciones de un insulto, si aquel amigo, es por ejemplo, médico, boticario o empresario de pompas fúnebres.

Otro ejemplo vulgar. Estáis en casa y os disponéis a almorzar, o sencillamente, os encontráis trabajando. Llega un adorable importuno...

— "¡Celebro en el alma!..." — exclamáis, yendo al encuentro del visitante, la sonrisa en los labios, la expresión del contento en el rostro, mientras por dentro maldecís del que viene a perturbar vuestra vida. Decidle "amigo mío, con su aparición me fastidia usted completamente; momento más inoportuno que el actual no podrá usted haber elegido". Esto, sobre ser una grosería, fuera motivo para originaros un disgusto muy serio; además, ¿qué beneficio podría reportaros en ese momento decir la verdad?

El mentir cortés, es, por tanto, señores, un arte encantador y admirable, que debe practicar toda persona bien educada.

La perfecta urbanidad no es sino un soberbio edificio levantado, desde los cimientos hasta la cúpula, con una inagotable provisión de caritativas e inocentes mentiras, recubiertas por el oropel de la palabra.

Apénase, pues, el crecimiento progresivo de la verdad brutal. Hagamos todo lo posible para desarraigarnos de nuestras costumbres. Una verdad molesta, vale mucho menos que un embuste ofensivo. Ni uno ni otro deberían ser nunca pronunciados. El hombre que profiere una verdad mortificante, aunque le mueva a ello la salvación de su vida, podría reflexionar que una existencia cual la suya no vale la pena de ser economizada. El hombre que miente por hacer un servicio a un pobre diablo, es de aquellos de quienes dicen los ángeles en el Cielo: "Gloria a los héroes", y al que yo saludo con estas palabras: ¡Londo sea el magnánimo embustero!

Una mentira perjudicial es cosa poco recomendable; una verdad nociva, menos recomendable aún. El hecho ha sido consagrado por la ley sobre la difamación.

Resumiendo: la mentira es universal, y además, necesaria.

Todo el mundo miente. Todo el mundo debe

mentir. Lo cuerdo es, en consecuencia, acostumbrarse desde la infancia a mentir con sabiduría y con oportunidad; a mentir con fines laudables y no con objeto dañino; a mentir por el bien de los demás y no por el nuestro; a mentir sanamente, caritativamente, humanamente, y no por crueldad, por malevolencia o por malicia; a mentir con suavidad y con ingenio y no con grosería y con torpeza; a mentir con atrevimiento, con franqueza, con la frente alta, con el gesto autoritario, y no con timidez, con tortuosidades de pensamiento y de palabra, con el ademán inseguro, como si tuviéramos vergüenza del papel que desempeñamos; papel que no puede ser más noble.

Libertémonos, señores, para siempre de la terrible y enojosa verdad que va invadiendo poco a poco nuestro país. Obrando de esa suerte seremos grandes, buenos, moralmente bellos, dignos, en una palabra, de habitar este mundo maravilloso donde la misma naturaleza miente, excepto cuando promete un tiempo execrable.

Para terminar mi discurso quisiera llevar a cabo un ligero examen de cuáles embustes son preferibles en el comercio ordinario de los hombres, y cuáles, por el contrario, deben ser rigurosamente evitados. No lo hago, sin embargo, considerando que esta misión ardua y espinosa, incumbe por entero al honorable Centro que ha escuchado mis palabras con benevolencia infinita. He dicho.

LA PENA MONSTRUOSA

Comparo el crimen del asesino con el asesinato del juez.

Aquél es el que mata, ennegrecido, esclavizado por una pasión. ¡Quién sabe cuál racha de la vida le arrebató la pobre llama que era su abrigo! ¡Quién sabe cuánta amargura de desengaño, cuánto frustrado afán, cuánta inútil fatiga, fueron después cargándole pesadamente las horas! ¡Quién sabe por cuántas veredas quiso caminar, habiendo de renunciar a su intento porque no sonó la voz que le dijera: ¡Sigue, que vas bien!... Su crimen ulterior ya no fué más que consecuencia prevista de fatalidad.

Este otro es el que mata con un silogismo. Moja una pluma y firma. Esa firma es la muerte. Ni pasión, ni locura, ni ceguera, sino cosa fría, dura, rígida. He aquí una tradición, he aquí un derecho teológico: se firma y se mata.

Y luego, la ausencia de todo riesgo. Siquiera el asesino expone un poco su corazón. Una bala se puede contestar con otra; un puñal se detiene con otro puñal.

En el caso del crimen legal no es así. La impunidad lo caracteriza; es como dice Becerra, "la guerra de la nación contra un ciudadano solo".

Y luego, el crimen a hora fija. En el caso del asesino, algo queda para las estrellas. Puede una casualidad evitar la tragedia. Tal hombre debe estar en tal sitio a tal instante; pero este cálculo a menudo falla, y el delito se frustra. Si ese hombre se queda allí, si todas las circunstancias concurren a su mal, cabe decir que en él había una

cierta predestinación. Y esto, que solivia el alma del criminal, entra ya en otras cuentas del destino.

En el caso de los jueces no es así. Se fija una hora. Cuando la sombra del tiempo pasa por tal punto, la sombra de la muerte pasará por tal alma. A una hora fija se oye el ruido de grillos que avanza hacia un sepulcro; por una galería carcelaria se ve una sombra tambaleante que más que andar se arrastra. Esta sombra se sienta en un banquillo de suplicio: le vendan los ojos...

Esta sombra tuvo una infancia haraposa, una ignorancia desvalida, una adolescencia árida, frío, hambre, enfermedad y ultraje. Pidió, no le dieron; se puso a oír, no le hablaron; se puso a esperar, no llegó nada. Desesperó por fin. Al frente, por eso, hay ahora ocho años de máuser que apuntan... Un momento, señores, sobre esta tumba que se está por abrir, voy a decir una verdad que yo me sé: Toda sangre mancha, y más que ninguna otra, la sangre del criminal.

Y luego, la crueldad inútil, la terrible tortura moral. Cuando el asesino se apresta a matar, oculta su designio; la ley lo proclama. Hay en esto una diferencia enorme.

Yo no conozco nada más siniestro, satanismo más negro, que este de tomar a un hombre y mostrarle en un reloj la hora cabal de su muerte. Satanismo de ley bárbara, en que viene siempre a complicarse un sacerdote de Cristo, que ha de enseñarle al reo el amor de los hombres—¡sangrienta farsa!—y el perdón de los pecados!...

Arturo Capdevila

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido,
Estaba ya postrado
Un viejo León del tiempo consumido;
Tanto más infeliz y lastimoso,
Cuanto había vivido más dichoso.
Los que cuando valiente,
Humildes le rendían vasallaje,
Al verlo decadente,
Acuden a tratarle con ultraje;
Que como la experiencia nos enseña
De árbol caído todos hacen leña.
Cebados a porfía,
Le sitiaban sangrientos y feroces:
El Lobo le mordía:
Tirábale el Caballo fuertes coces:
Luego le daba el Toro una cornada;
Después el Jabalí su dentellada.
Sufrió constantemente
Estos insultos; pero reparando
Que hasta el Asno insolente
Iba a ultrajarle, falleció clamando:
Esto es doble morir: no hay sufrimiento,
Porque muero injuriado de un Jumento.

*Si en su mudable vida
Al hombre la Fortuna ha derribado
Con misera caída
Desde donde lo había ella encumbrado;
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si aun de los viles llega a ser juguete?*

EL VIEJO Y LA MUERTE

Entre montes por áspero camino,
Trozando con una y otra peña,
Iba un Viejo cargado con su leña
Maldiciendo su misero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con cólera porfía
Una, dos y tres veces a la muerte.

Armada de guadaña en esqueleto
La Parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,

Trémulo la decía, y balbuciente:
Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero... — Acaba: qué quieres desdichado? —
Que me cargues la leña solamente.

*Tenga paciencia quien se cree infelice,
Que aun en la situación más lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El Viejo de la leña nos lo dice.*

EL ENFERMO Y EL MEDICO

Un miserable enfermo se moría,
Y el Médico importuno le decía:
Usted se muere, yo se lo confieso

FABULAS DE

Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco, y le aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano,
Si se hubiese acudido más temprano
Con el benigno clister detergente.
El triste enfermo, que lo estaba oyendo
Volvió la espalda al Médico diciendo:
Señor Galeno, su consejo alabo:
Al asno muerto la cebada al rabo.

*Todo varón prudente
Aconseja en el tiempo conveniente;
Que es hacer de la ciencia vano alarde,
Dar el consejo cuando llega tarde.*

EL PASTOR Y EL FILOSOFO

De los confusos pueblos apartado
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza,
Existir ni envidioso, ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida;
Ni la extremada misera pobreza
Fue del dichoso anciano conocida.
Empleando en su labor gustosamente
Envejeció: sus canas, su experiencia
Y su virtud le hicieron finalmente
Respetable varón, hombre de ciencia.

Voló su grande fama por el mundo;
Y llevado de nueva tan extraña,
Acercóse un Filósofo profundo
A la humilde cabaña,
Y preguntó al Pastor: Dime, ¿en qué escuela
Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste
Largas noches leyendo a la candela?
A Grecia y Roma sabías observaste?
Sócrates refinó tu entendimiento?
La ciencia de Platón has tú medido?
O pesaste de Tulio el gran talento?
¿O tal vez como Ulises has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?

Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano)
Discurrí por incógnitos países.
Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisonjero
Se instruye en el doblez y en la patraña:
Con la ciencia se engaña,
¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
Lo poco que yo sé, me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un odio firme al vicio me ha inspirado;

SAMANIEGO

EL LEON, EL LOBO Y LA ZORRA

Ejemplos de virtud da a mis acciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el día de mañana:
Mi mastín el hermoso,
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante,
Es el mejor modelo,
Y si acierto a copiarle, me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina a sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aun volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.

Sabía naturaleza, mi maestra,
Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamás hablo a las gentes
Con aire grave, tono jactancioso;
Pues saben los prudentes,
Que lejos de ser sabio el que así hable,
Será un buho solemne despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado:
El hablador molesto e importuno
Es digno de desprecio.
Quien escuche a la Urraca, será un necio.

A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ajeno daño,
Y usurpan a los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Unanse con los lobos en la caza,
Con milanos y alcones,
Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carnívoros ladrones.
Mas qué dije? Los hombres tan malvados
Ni aun merecen tener estos aliados.
No hay daño ni animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último en el libro interminable
De la naturaleza yo medito:
En todo lo creado es admirable:
Del ente más sencillo y pequeño
Una contemplación profunda alcanza
Los más preciosos frutos de enseñanza.

Tu virtud acredita, buen anciano,
(El Filósofo exclama)
Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores:
En preceptos mejores
Nos da naturaleza su doctrina.

Así quien sus verdades examina
Con la meditación y la experiencia,
Llegará a conocer virtud y ciencia.

Trémulo y achacoso
A fuerza de años un León estaba:
Hizo venir los médicos ansioso,
Por ver si alguno de ellos le curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban a millones.
Todos conocen incurable el daño:
Ninguno al rey propone el desengaño;
Cada cual sus remedios le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un Lobo cortesano
Con tono adulator y fin torcido
Dijo a su soberano:
He notado, señor, que no ha asistido
La Zorra como médico al congreso;
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictamen en tan grave asunto.
Quiso su Majestad que luego al punto
Por la posta viniese:
Llega, sube a palacio; y como viese
Al Lobo su enemigo, ya instruido
De que él era el autor de su venida,
Que ella excusaba cautelosamente,
Inclinándose al rey profundamente,
Dijo: Quizá, señor, no habrá faltado
Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenía hecho;
Y para más provecho,
En mi viaje traté gentes de ciencia
Sobre vuestra dolencia.
Conviene pues los grandes profesores
En que no tenéis vicio en los humores,
En que sólo los años han dejado
El calor natural algo apagado;
Pero este se recobra y vivifica,
Sin fastidio, sin drogas de botica,
Con un remedio simple, liso y llano,
Que vuestra Majestad tiene en la mano.
A un Lobo vivo arránquenle el pellejo,
Haced que os lo apliquen al instante;
Y por más que estéis débil, flaco, viejo,
Os sentiréis robusto y rozagante,
Con apetito tal, que sin esfuerzo,
El mismo Lobo os servirá de almuerzo.
Convino el rey; y entre el furor y el hierro
Murió el infeliz Lobo como un perro.

Así viven y mueren cada día
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulación rabiosa ciegos,
Al degüello se tiran a porfía.
Tomen esta lección muy oportuna:
Lleguen a la privanza, en hora buena;
Mas labren su fortuna
Sin cimentarla en la desgracia ajena.

JOSE MARIA SAMANIEGO

LOS GRANDES MUSICOS

SU VIDA Y SUS OBRAS

Por obra de una fatalidad histórica cuyo génesis escapa a la razón, los genios que produce la humanidad son siempre anunciados por talentos de más escaso vuelo, quienes preparan el material con que debe trabajar el genio. La obra de éste parece ser una gran síntesis del movimiento artístico anterior: un Miguel Angel, un Esquilo, un Leonardo, un Bach, no toman sus obras de la nada ni crean cerrando los ojos ante las obras ya producidas, sino resumen magistralmente todo lo que se ha producido antes, lo funden en un mágico crisol, y crean lo nuevo que debe servirles de pauta a venideras generaciones.

Generalmente los precursores del genio no deben buscarse en el árbol genealógico, pero ocurre a veces que dentro de la familia se encuentran aquellos que preparaban el camino al grande que había de llegar. Hay algunos casos, no muchos: Esquilo, en cuya familia se cuentan hasta ocho poetas trágicos; las dinastías de los Vernet y los Breughel, pintores franceses y flamencos; y el caso más notable: el caso Bach.

La familia Bach produjo músicos por espacio de dos siglos; se inició en el siglo XVI con Veit Bach, molinero que se supone nacido en Wechmar alrededor del año 1550, y terminó en el siglo XVIII con Godofredo Enrique, último vástago del más grande de todos ellos: Juan Sebastián. Grandes trabajos ha costado el restablecimiento de la genealogía de los Bach, y si bien los investigadores se valen algunas veces de la hipótesis, otras emplean datos categóricos que revelan las aptitudes ingénitas de estos músicos, medularmente músicos. Por ejemplo, dice Spitta, uno de los más celosos investigadores del árbol genealógico de esta familia, refiriéndose al primer retoño: "A Veit Bach, el molinero, le gustaba mucho servirse de una pequeña cítara (instrumento perteneciente a la familia de los laúdes y guitarras) y la llevaba al molino para tocar mientras se movía la muela". Este dato es precioso para el que quiera explicarse el genio musical del autor de "La Pasión según San Mateo". Todos ellos lo llevaban en la sangre, y en cada uno se manifestaba el anhelo de hallar nuevas formas musicales. Hubo uno de sus antecesores, Juan Cristóbal, autor del hermosísimo motete *Ich lasse dich nicht*, el cual



Juan Sebastian Bach

se atribuyó infinidad de veces a Juan Sebastián, debido a la pureza de sus formas y a su complejidad polifónica tratada con absoluta maestría.

Juan Sebastián Bach, nació en Eisenach, dulce y riente población alemana, el 21 de marzo de 1685. Su mismo padre, Juan Ambrosio, músico de la corte, lo inició en los misterios de Euterpe siendo aún muy niño, pero esta enseñanza fué suspendida en 1695, a los diez años de edad, por haber muerto su progenitor. Un año antes había perdido a su madre; y el huérfano fué recogido en casa de su hermano mayor, Juan Cristóbal, entonces organista de Ohrdruf.

Su pasión por la música iba en aumento a medida que se internaba en los

secretos del arte; conoció composiciones de los maestros italianos y franceses, y en particular de Antonino Vivaldi, clavecinista genial cuyas obras influyeron poderosamente sobre él. Con el objeto de ayudar a su hermano cuya situación económica era bastante precaria, partió a Lüneburgo, donde por su bella voz fué admitido como corista en el internado del Liceo de esa ciudad. Allí profundizó sus estudios y conoció a Jorge Böhm, organista y compositor inspirado, cuyos consejos fueron muy saludables. En 1703, terminados sus estudios clásicos, entró como violinista en la orquesta del príncipe de Weimar. En el mismo año consiguió la plaza de organista de Arnstadt, que le resultó sumamente provechosa no sólo por que mejoró su situación económica, sino porque tuvo ocasión de estudiar a los más grandes compositores antiguos y de su tiempo, profundizarse en el estudio de la composición, y conseguir el absoluto dominio de la técnica del teclado, llegando fácilmente a la más difícil virtuosidad.

Posteriormente fué nombrado organista del Duque de Sajonia-Weimar, en cuyo puesto consiguió la admiración del Duque, el cual expresó sus deseos de que llegase a conseguir la más absoluta perfección en el arte de organista. En esta ciudad compuso sus mejores piezas para órgano. En 1714 sin perder su puesto de organista, fué nombrado *Concertmeister* o sea subdirector de orquesta.

Su arte de clavecinista adquiere importancia

durante este tiempo. En Weimar conoce Bach, posesionado ya de todos los secretos de la técnica del órgano, el arte del clavecín francés y se familiariza con las obras para orquesta. Estudió profundamente los *Concerti grossi* de Antonino Vivaldi, cuya técnica aprovechó para sus conciertos uno de los cuales, el *Brandemburgués*, nos lo hiciera oír este año el maestro Ansermet, al frente de las orquesta de cuerdas de la A. P. O. De esta época datan sus famosas cantatas para voces y orquesta.

En 1717 renunció a su puesto de Weimar y pasó a Cöthen como músico de corte. Había sido víctima de una injusticia: muerto el *Kapellmeister* de Weimar no le fué ofrecida la vacante a él, que la merecía, sino a un hijo suyo, lo cual le contrarió y optó por marcharse. En Cöthen vivió seis años tranquilo tocando el clavecín ante el príncipe Leopoldo, acompañándole cuando cantaba y dirigiendo una orquesta de cámara de pocos instrumentistas. Con éste viajó por el interior de Alemania y en uno de sus viajes, en tanto improvisaba en el órgano las variaciones sobre un coral, mereció el franco elogio del célebre organista Adam Reiken, viejo hurafío que no malgastaba los elogios. Habiendo quedado vacante el puesto de organista en la iglesia de Santiago, en Hamburgo, Bach la solicitó y le fué negada, acordándose a un organista mediocre que había dado 4.000 marcos por su nombramiento.

En 1723, separado del príncipe Leopoldo por haberse unido éste con una mujer carente de todo sentido musical, solicitó el importante puesto de *Thomascantor* o maestro de escuela de Santo Tomás, institución fundada en el siglo XIII por los Agustinos de Santo Tomás, que cuando la Reforma perdió todo carácter monástico y pasó a ser propiedad del municipio de Leipzig. La vacante había sido producida con motivo de la muerte del insigne Juan Kuhnau, cuyas admirables sonatas para clavecín despertaban la admiración del solicitante. Luchó mucho consigo mismo antes de atreverse a dar ese paso, pareciéndole que era indigno de suceder a tan grande maestro. Luego se decidió, y el 31 de mayo de 1723 fué admitido con toda solemnidad. El trabajo no era muy pesado: una lección de canto por día, menos los jueves; los sábados por la tarde ensayo de la cantata que debía ejecutarse al día siguiente, y el domingo dirigía los coros.

El título de *Thomascantor* de que gozaba en Santo Tomás era inferior en jerarquía al que ostentaba en la corte de Cöthen; la independencia mucho menor, pues aquí hallábase subordinado, como profesor, al Rector y al Consejo Municipal; y como maestro de coros, al Comisario de la Iglesia; y la remuneración, si bien elevada, no compensaba el trabajo a realizar. ¿Por qué ocupó, entonces, esta plaza? Por una razón que sólo los creadores de obras de belleza pueden comprender. Tenía cuarenta años, sus hijos eran ya mayores, la vida casi monástica de la Escuela era apacible, y consagrado a la enseñanza le quedaban varias horas por día para entregarse a la composición, única alegría que el *Thomascantor* podía permitirse. En plena madurez, su arte adquiere seguridad y compone sus obras definitivas.

Sin embargo se equivocó. No disfrutaba en

Leipzig la tranquilidad que se imaginó en un principio. Su temperamento fogoso, su imaginación vivaz, sus dotes de compositor no podían conciliarse con sus tareas educacionales, y por esto perdió la autoridad ante sus discípulos y ante los otros maestros, viéndose obligado a sufrir toda suerte de vejaciones y afrentas. Decíase que era un mal profesor y no se le daba importancia alguna a sus fugas, cantatas, oratorios y suites.

Durante su vejez se acentuó la miopía que le acompañaba desde la infancia. El trabajo nocturno, copiando música a la luz de débiles lámparas, lo agravó considerablemente y llegó un momento en que perdió por completo la vista. Un día la recuperó, pero a la semana un ataque de apoplejía puso término a esa vejez dolorosa, en medio de la indiferencia general. Fué el 28 de julio de 1750. El Concejo Municipal de Leipzig no hizo su elogio fúnebre: declaró únicamente que había sido un mal profesor.

Esta fué la vida del padre de la música moderna. Como puede verse, el amor no ocupó gran espacio en su vida; se casó dos veces, tuvo siete hijos, pero su felicidad la encontraba sólo componiendo o improvisando frente al teclado. No habiendo sentido grandes pasiones, en su obra falta el *pathos* de los románticos; pero la serenidad, el equilibrio y la pureza de su música hacen de él el primero entre los clásicos.

Como ocurre con todos los genios, Bach no tuvo ambiente entre sus contemporáneos. Si bien es verdad que la mayoría de su producción se conoció después de su muerte, hay que reconocer la injusticia de sus comentaristas durante casi un siglo. Su producción fué considerada como cosa de virtuoso, y se sostuvo que carecía de gracia y de claridad; se le negó también toda fuerza de inspiración y se dijo que su música no salía de su inteligencia sino de sus dedos. "Juzga por sus dedos", decía J. A. Scheibe en 1737.

Con la obra musical de Juan Sebastián Bach ocurre lo mismo que en España ocurrió con el Quijote. Un siglo después de Cervantes, en tiempos de Luzán y de la rigidez clasicista, se afirmaba que ese libro mal escrito, lleno de palabrotas indecentes y de escenas de subido color apenas si podía servir para otra cosa que para uso de eruditos. Producido el movimiento romántico se descubre en el Quijote una profunda vida interior y un material eterno de verdad y de belleza, y la magnífica epopeya del ingenioso hidalgo pasa de mano en mano y habla de cosas actuales y eternas al corazón de todos los hombres. Así con la música de Bach. Hubo necesidad de que se desbordaran las pasiones del romanticismo para que se restaurara su música clara, serena y diáfana. Fué Mendelssohn el que en 1829, cien años después de escrita, impuso "La Pasión según San Mateo", su obra maestra, y por reflejo salieron a luz todas sus demás obras. Stradal, Busoni, Hans de Bülow y otros eminentes musicólogos, transcribieron sus partituras para órgano y clavecín, adaptándolas al piano moderno y vulgarizándose en seguida.

La música de Bach, como el Quijote, no es cosa de eruditos. Si bien es cierto que en su obra falta la violencia del arte de los románticos existe, en cambio, en su mayor grado de pureza, el elemento

clásico que siempre llena el espíritu de helénica serenidad. Como dijo Azorín del Quijote, que ha sido escrito por la posteridad, igual podemos decir de la música del organista de Santo Tomás. Nosotros, hombres contemporáneos, sabemos sentirla e interpretarla a la par de su autor.

El advenimiento de Juan Sebastián Bach es el hecho más importante que registra la historia de la música. El creó la polifonía moderna y las asociaciones de sonidos que se perciben simultáneamente, presentadas con absoluta claridad, no como un juego de ingenio sino como una necesidad de manifestación de la idea melódica expuesta.

Bach tiene un gran mérito particular que no todos tienen: fué el maestro de sí mismo. Toda la evolución de su sistema armónico ha sido fruto de incesantes observaciones y de serenas experiencias. No tuvo maestro. Estudió a sus predecesores, copió y estudió amorosamente obras de Palestrina, Frescobaldi, Telemann, Lotti, Grigny y otros; y declaró que los copiaba y aprendía de ellos; no tuvo pudor de confesar que sólo buceando en los demás uno se encuentra a sí mismo. Dudó de su propio valer y se acercó a sus colegas siempre humilde como un discípulo. ¡Qué bello ejemplo para tanto mediocre que llena el mundo con palabras huecas de auto-deificación!

Tampoco desdénaba Bach las ideas ajenas, cuando le parecían felices, para tratarlas a su modo. Corales de la Edad Media, temas de fugas, y temas melódicos franceses e italianos alcanzaron con él la armonización ideal que en vano trataron de aplicarles durante varios siglos los músicos de sus países de origen. En esto se pareció a Shakespeare que inmortalizó argumentos dramáticos tratados antes por otros autores.

Introdujo innovaciones en la composición y escribió numerosas obras de carácter pedagógico: preludios, invenciones a dos y tres voces y el famoso "Clavecin bien temperado". Esta obra es una verdadera obra maestra y consta de preludios y fugas escritas en todos los tonos y semitonos. Sus suites, toccatas y fantasías son maravillosas. Y sus sonatas, tanto las compuestas para clave como para violín denotan un marcado progreso

sobre la producción de Corelli, una de las fuentes inspiradoras del maestro.

El arte polifónico bachiano rechaza el acorde — base de la armonía — y emplea sólo el intervalo que le imprime una inconfundible característica. Hay, por ejemplo, dos temas diferentes que se ejecutan a un mismo tiempo; cada uno de éstos tiene su significación melódica particular que reunidos adquieren un nuevo valor sustantivo. Hay como un diálogo entre las dos voces, y el tema de una voz pasa a ser tratado por la otra y viceversa, unido todo por una constante y riquísima red de hilos melódicos que los tiene aferrados. Debido a esto que el público acostumbrado a la melodía homófona de la ópera italiana no pueda comprender en seguida a Bach; pero basta con dividir la atención tratando de descubrir cada una de las voces, para que después se le pueda escuchar sin tener ninguna preocupación.

Bach no es popular pero debiera serlo. No existe ninguna razón que lo aleje del gran público. Bach no fué jamás un refinado, un exquisito, sino un temperamento sano y robusto que exponía sus ideas con claridad. ¿Por qué, entonces, este distanciamiento? La culpa es de los maestros de música, ignorantes y faltos de probidad artística, que le dan un relativo valor didáctico y hacen que se le tome como a Moscheles o a Czerny, y obteniendo como resultado que el alumno sienta verdadero horror por el glorioso maestro. Bach, para el estudiante de piano, es un antipático compositor de fugas sin pizca de inspiración... ¿Qué no será, entonces, para el profano!

No olvidemos que el público necesita, como los niños, ser orientado por personas mayores y de experiencia. El no tiene la culpa... Tratemos de acercarlo organizando conciertos populares en los que se ejecute música de Bach y se la comente antes con una sucinta disertación aclaratoria, haciéndole entender cuáles son las características particulares de ese arte tan resistido. Con toda seguridad, obtendremos buenos frutos. El arte cuando es puro y verdadero, no tarda en entrarles hasta a los hombres menos dotados.

TRISTAN DE KAREÖL.

LA RAZA DE CAIN MALDITOS Y LAZARO

Contiene el próximo libro de
ELAS CASTELNUOVO

Ilustrado con agua-fuertes por
GUILLERMO FACIO HEBEQUER

que la EDITORIAL CLARIDAD pondrá en venta
hoy en todas las librerías y kioscos
de la República

LA COPULA

(NOVELA DE AMOR)

POR SALVADOR RUEDA

Esta obra se ha publicado
en el cuarto volumen de

CLASICOS DEL AMOR

A 30 centavos el ejemplar se vende en todos los kioscos y puestos de periódicos

MI RETABLO DE NAVIDAD

Por JOSE ENRIQUE RODÓ

I

EL NIÑO DIOS

De toda la pintoresca variedad del Nacimiento vistoso, — con el divino Infante, la Madre doncella, el esposo plácido, las mansas bestias del pesebre, — no venía a mí más dulce embeleso ni sugestión más tenaz, que los que traía en sí esta idea inefable: "Dios, en aquel día, era niño..." Niño en el cielo, niño de verdad, como lo representaba la figura. Mientras yo contemplaba el inocente simulacro, un celeste niño gobernaba el mundo, oía las plegarias de los hombres, distribuía entre ellos mercedes y castigos... ¿Cuándo la idea del Dios humanado, del Dios hecho hombre por extremo de amor, pudo mover en corazón de hombre tan dulce derretimiento de gratitud, mezclado a la altivez de tamaña semejanza, como en el corazón de un niño la idea del Dios hecho niño?...

Hoy, que convierto en materia de análisis los poemas de mi candor, — el hombre es el crítico, el niño es el poeta, — se me ocurre pensar cuán apetecible sería que Dios fuese niño una vez al año. En la "política de Dios" hay, sin duda, inexcrutables razones, arcanos planos, propósitos altísimos, a los que se debe su intervención en las cosas del mundo se reserve y oculte con frecuencia, y que su justicia, mirada desde este valle obscuro, parezca morosa e inactivo su amor. El día del Dios-niño, toda esa prudencia de Dios desaparecería. Al Dios sabio y político sucedería el Dios sencillo y candoroso, cuya omnipotencia obraría de inmediato, en cabal ejecución de su bondad. En ese día de gloria no habría inmerecido dolor que no tuviese su consuelo, ni puro ensueño que no se realizase, ni milagro reparador que se pidiera en vano, ni iniquidad que persistiera, ni guerra que durara. A ese día remitiríamos todos la Esperanza, y el mayor mal tendría un plazo tan breve que lo sobrellevaríamos sin pena. ¡Oh, cuán bella cosa sería que Dios fuese niño una vez al año, y que éste fuera el bien que anunciásemos las campanas de Navidad!...

Pero no... Ahora toman otro sesgo mis filosofías del recuerdo del niño-Dios. Antes que lamentarse de por qué Dios no sea niño de veras durante un día del año, acaso es preferible pensar que Dios es niño siempre, que es niño *todavía*. Cabe pensar así y ser grave filósofo. El Dios en formación, el Dios *in fieri* en el virtual desenvolvimiento del mundo o en la conciencia ascendente de la humanidad, es pensamiento que ha estado en cabezas de sabios. ¿Y hemos de considerarla la peor, ni la más desoladora, de las soluciones del Enigma?... ¡Niño-Dios de mi retablo de Navidad! Tú puedes ser un símbolo en que todos nos reconciliemos. Tal vez el Dios de la verdad es como tú. Si a veces parece que está lejos o que no se cura de su obra, es porque es niño y débil. Ya tendrá la plenitud de la conciencia, y de la sabiduría, y del poder, y entonces se patentizará a los ojos del mundo por la presentánea sanción de la justicia y la triunfal eficiencia del

amor. Entre tanto, duerme en la cuna. Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia, no hagamos ruido de vanidad, ni de feria, ni de orgía. Respetemos el sueño de Dios-niño que duerme y que mañana será grande. ¡Mezamos todos en recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios!

II

EL ASNO

Asno del pesebre donde el Señor vino al mundo: yo te quería y te admiraba. Tú eras, en aquel espectáculo, el personaje que me hacía pensar. Iniciación preciosa que te debo. Tú, abanicando con los atributos de tu sabiduría, diste aliento a la primera chispa de libre examen que voló de mi espíritu. Tú fuiste mi Mefistófeles ¡oh Asno! Por amor a tí, por caridad y compasión con que me inundabas el alma, me hiciste concebir los primeros asomos de duda sobre el orden y arreglo de las cosas del mundo, y aún sospecho que, por este camino, me llevaste, con inocencia de los dos, a los alrededores y arrabales de la herejía.

Verás cómo. Yo, prendado de la gracia inocente y dulce que hay en tí, y que no suelen percibir los hombres, porque se han habituado a mirarte con la torcida intención de la ironía, me interesaba por tu suerte. Viéndote allí, junto a la cuna de Dios, me figuraba que te era debido algún género de gloria. Entonces preguntaba cuál fué tu destino ultra-telúrico, y me decían que para los asnos no hay eternidad. Para los asnos no hay en el mundo sino trabajo, burla y castigo, y después del mundo, la nada... La Nueva Ley no modificó en esto las cosas. El sacrificio del Hijo de Dios no alcanzó a tí. El esclavo viejo de Pompeya que debió de trazar, bajo tu imagen dibujada en la pared, la inscripción de amarga ironía: — *Trabaja, buen asnillo como yo trabajé, y aprovéchete a tí tal como a mí me aproveché*, — dijo la desventura del asno pagano y del cristiano. De poco te valió estar presente en el nacimiento del Señor, ni más tarde llevarlo sobre tus lomos, en la entrada a Jerusalén, entre palmas y vitores. Ni mejoró tu suerte en la tierra, ni, lo que es peor, se te franqueó el camino del cielo. A mí, este privilegio de la promesa de otra vida para el alma del hombre, con exclusión de la candorosa alma animal, capaz de inmerecido dolor y remunerable y capaz también de una bondad que yo no había aprendido todavía a discernir de la bondad humana, porque aún no había estudiado libros de filosofía, se me antojaba un tanto injusto y me dejaba un poco triste. ¡Cómo! El perro fiel y abnegado que muere junto a la tumba del amo acaso torpe y brutal; el león hecho pedazos en la arena infame; el caballo que conduce al héroe y participa del ímpetu heroico; el pájaro que nos alegra la mañana; el buey que nos labra el surco; la oveja que nos cede el vellón, ¿no recogerán siquiera las migajas del puro festín de gloria a que nos invita el amor de Dios después de la muerte!...

— De esta manera me acechaba la pravedad herética tras el retablo de Navidad.

Quedábamos en que para ti no hubo Noche Buena, Asno amigo; pero siglos después estuve a dos dedos de la redención. Un paso más y te ganas los fueros de la inmortalidad, con el suplemento de alguna tregua y alivio en tu condición terrena. Fué cuando, en humilde pueblo de la Umbria, apareció aquel hombre vago, y tal vez loco, que se llamó Francisco de Asís. ¡Venturoso momento! La piedad de este hombre se extendía, como los rayos del sol, sobre todo lo creado. Sentía, presa de exaltadas ternuras, su fraternidad con las aves del cielo, con las bestias del campo y hasta con las fieras del bosque. Hablaba amorosamente del Hermano Lobo, del Hermano Cordero y de la Hermana Alondra. Era como el corazón de Cristo rebosando de su amor por nosotros y derramándose sobre la naturaleza. Era un Sakiamuni menos triste y austero, más iluminado de esperanza. Parecía venido a predicar un Testamento Novísimo, ante el cual el nuevo pasase a viejo. ¡Yo creo, y Dios me perdone, que a él también le acechaba la herejía!... Pero se detuvo, o no lo comprendieron del todo, y la naturaleza siguió sin Noche Buena. Tú, Asno hermano, perdiste con ello tu redención, y acaso no perdimos menos los hombres.

¡Ah, si el dulce vago de Asís se hubiera atrevido!...

SUEÑO DE NOCHE BUENA

En Noche Buena era el soñar despierto, girando la mariposa interior en torno a la imagen de luz pura, que ya aparecía, infantil, en el regazo de la Madre; ya a márgenes del lago o sobre el monte, con subidas guedejas de león manso; ya trágica y sublime, entre los brazos de la Cruz. Mi imaginación era invencionera; la fe le daba alas. Cuentos, leyendas, ficciones de color de rosa nacían de aquel soñar. Una recuerdo. No sabía reproducirla con su tono, con el metal de voz de la fantasía balbuciente. Será una idea de niño dicho con acento de hombre; será un verso de poeta que ha pasado por manos de traductor.

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor de esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso, a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo ilumina, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escualido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el ímpetu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se abalanza a la presa... ya es suya..., cuando Él, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad la palabra:

—Soy yo, — le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de blancas y fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, los flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotará. Y todo mi afán de poeta consistía, en que se entendiese que no fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo espantado, loco, al reconocer a quien iba a des- trozar con sus dientes: virtud en que arrepentimiento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se aunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello, mientras declinaba la curva del salto, que tuvo por arranque la intención de hacer daño... Agregaba mi cuento que, el Señor, mirando a las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama a un animal doméstico. Entonces, de bajo el manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada noble y dulce, de la casta de aquellos que en las sendas del Monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

Algunas veces asocio a mi ficción candorosa la idea de esas súbitas conversaciones de la voluntad, que, por la avasalladora virtud de una emoción instantánea, remueven y rehacen para siempre la endurecida obra de la naturaleza o la costumbre: Pablo de Tharsos herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, o el Duque de Gandía frente a la inanimada belleza de la Emperatriz Isabel.



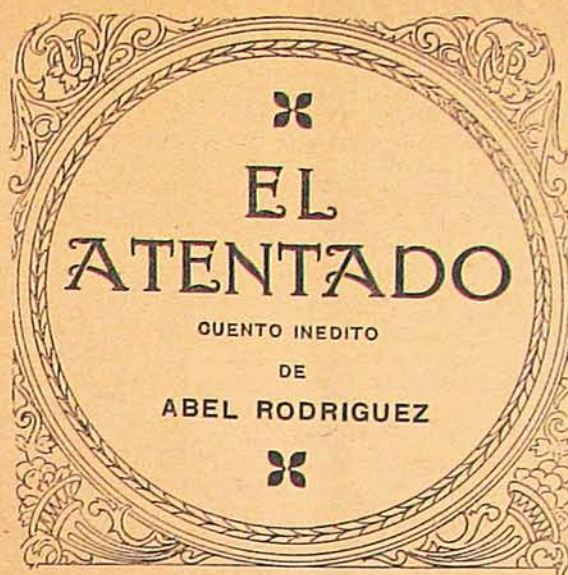
Una espesa niebla oprimía la ciudad, cuyos edificios pugnaban por diseñarse a través de unas hilachas grises y errantes. Las torres geométricas y el esqueleto de algunos andamios, vistos por entre aquel enorme cristal empañado tenía vagas formas de endriagos amenazadores. El sol, como una mancha deformada y turbia, parecía rodar sin tregua en un laberinto de puntos rojos y negros.

Yo, ascendía a pasos ligeros por la avenida que se empinaba en línea oblicua, haciéndome encorvar penosamente. El madrugón me había hecho daño. Naufragando en la niebla sentía que una angustia lenta se apoderaba de mi espíritu y sólo el placer de abrazar a mi amigo Leandro calmaba mi fatiga interior.

Faltándome mucho aún para llegar al sitio donde me había propuesto, un largo silbato anunció la entrada del vapor. Me dí a correr en plena arteria central hasta llegar a las altas verjas que separan el puerto de la ciudad. En ese punto aminó la marcha y escudriñé ansioso el interior de los carruajes en busca de mi amigo. Luego, proseguí por la avenida costanera que bordea la margen del mar. Aquí, la niebla era más espesa; desde la superficie del agua se desprendían verdaderos fardos grises que caían sobre los hombres y las cosas. Las embarcaciones sujetas al muelle se insinuaban vagamente y el agudo sonido de los silbatos parecían apuñalar la atmósfera para abrirse paso. Varios hombres que iban y venían con cuévanos repletos de arena presentaban el aspecto exótico de un cromo siberiano. Los ruidos del trabajo encerrados en aquella densa cortina, repercutían amortiguados como si salieran del fondo de un subterráneo y hasta los gritos roneos de los obreros que alzaban pesados rieles tenían una entonación quejumbrosa y sórdida.

A Leandro se le ocurrió alquilar un carro para transportar su escaso equipaje. Antes de hacerlo había aceptado el ofrecimiento de dos o tres carruajes, que luego rechazó decidiéndose al fin, por ese enorme vehículo que se balanceaba pesadamente. La preferencia originó un descomunal altercado entre los aurigas y nosotros que casi termina violentamente. Y así hizo mi amigo su entrada triunfal en la ciudad. El espectáculo no podía ser más bello. Diríase que la mañana se desnudaba; la niebla había sido desgarrada y hecha girones, que flotaba perezosamente elevándose a ras de los muros. Las techumbres de zinc emergían como abanicos luminosos que obligaban a cerrar los párpados y el sol triunfante y espléndido dividía el mar con una faja ancha de oro.

El carro tomó por una calle céntrica. Leandro, con su traza de poeta misérrimo, sentado en el



baúl y observando a los transeúntes con sus grandes pupilas absortas, en las que se advertía un no sé qué de ridículamente infantil, se prestaba al comentario risueño de los que nos miraban pasar. Para mayor desdicha, en el recodo de una plaza, precisamente donde la vida urbana es más intensa, recordó que con la incidencia que habíamos tenido en el puerto, olvidamos saludarnos y se vino hacia mí, con los brazos abiertos, exclamando:

—¡Qué tal, Hermano!

Un poco avergonzado correspondí al cariñoso afecto. Algunas personas detuvieron el paso para contemplarnos y hasta el carrero dió vuelta y nos miró asombrado.

Libre ya de todo trastorno, por fin nos hallamos instalados en mi albergue. Dos amigos que se aprecian, se sienten felices luego de haber almorzado bien y de haber escanciado mucho vino. Se recuestan sobre las sillas y persiguen con la mirada... el humo del cigarrillo. Hay, en ellos, la intención de decirse muchas cosas, pero generalmente, se termina por callar; en ese instante la penosa laboriosidad del estómago haría decir trivialidades de hombres satisfechos. Por lo menos yo, me hallaba así; ahora, frente a Leandro y ni por curiosidad le inquirí sobre sus progresos pictóricos. Por otra parte, él, poco locuaz, se entretenía mirando volar las moscas que rotaban y rotaban dentro de un haz de rayos luminosos.

El sueño vencía mis párpados. No pude más y me arrojé sobre mi camastro.

—¿Y que tal por allá? ¿Qué hacen los muchachos?—interrogué.

Y Leandro con la mayor lentitud empezó a narrarme todo lo que había sucedido desde que yo faltara. Al poco rato oía el murmullo de su conversación a través de la vaguedad del sueño. De pronto, me sobresaltó una fuerte sacudida.

—Eh, desgraciado. Hace una hora que te estoy hablando.

—Ah... sí, sí... ¿Y?

—Que Carlos...

—Bueno, sí... Déjalo para esta noche. Y dándome vuelta de cara a la pared, me quedé dormido.

Aquel triángulo de sombra, cuyo vértice quebraban las olas del mar era nuestro placer. Por allí seguíamos con las carretillas repletas de cieno mientras la brisa nos helaba el sudor, reconfortándonos. Era preciso atravesar cincuenta metros chapoteando entre el barro para llegar a ese oasis, y durante ese trecho, los rayos del sol se volcaban quemantes sobre nuestras espaldas desnudas. Eramos muchos hombres jóvenes y fuertes que nos empeñábamos en desagotar el lago podrido y cu-

bierto de una capa rugosa que marcaba con círculos verduzcos nuestras pantorrillas.

Este trabajo nos embrutecía. A la hora de hallarnos en la faena nos desconocíamos los unos a los otros y andábamos penosamente encorvados y llenos de manchas pardas. Nadie hubiese sospechado juventud arrogante y decidida en nosotros que hundíamos los pies en la charca y teníamos el rostro desfigurado por salpicaduras de lodo. Yo no distinguía a Leandro de los demás trabajadores; observaba la caravana sucia ascender por la loma, tomar el trozo de sombra, seguir hasta la playa arenosa y, por fin, penetrar en el agua, donde se vaciaba la carga, para luego regresar apesadumbrados. Era aquello un andar de bestias vencidas; un vaivén de hombres deformados, marchando jadeantes y hoscos; alineamiento repulsivo que daba la sensación de un friso monstruoso y de pesadilla.

Con el propósito de hacer más fácil las tareas, el capataz que nos vigilaba repartía el trabajo, y mientras unos obreros extraían el cieno con las palas, el resto conducía la carga pestilente a la mar. Había veces que un hombre llenaba demasiado mi carretilla. Entonces le advertía:

—¡Basta, compañero!

—Ah, ¿sos vos?—respondía Leandro, sonriéndome, y tras algunas palabras continuábamos en la mugrienta tarea con más ahínco.

En las breves treguas contemplábamos fugazmente el paisaje que nos rodeaba. A la derecha los sauces alineados, en una dulce languidez, volcaban las espesas ramas sobre las aguas del arroyo y los claros que ofrecían eran verdaderas grutas gráficas de sombra. De frente, tras de las rocas enhiestas se erguían los álamos resplandecientes y vigorosos; a la izquierda, el mar nos traía un rumor sordo y continuo y, desde el cielo clarísimo, el sol hundía sus puñales de oro en el bosque y en el barro, que se endurecía haciendo más penosa nuestra marcha embrutecedora.

Cuando la tarde palidecía poniendo una nota doliente en todo el paisaje y el crespo ramaje de los sauces tomaba un matiz anaranjado, y el mar resplandecía como un astro, nosotros apilábamos las herramientas de la labor, y así sucios, malolientes, andrajosos, empujados por el hambre, tornábamos al hogar, y durante el camino nos cruzábamos con mujeres lánguidas y bellas que paseaban por la ribera, pero seguíamos de largo, avergonzados, gachas las cabezas, como chachales perseguidos, sin sentir siquiera en nuestros corazones la ardorosa inquietud de los veinte años.

El trabajo ensanchaba nuestros músculos y llenaba de odio nuestros espíritus. Acostumbrados a los lánguidos ocios de las contemplaciones, esa transición brusca había ensombrecido nuestra vida, que ahora se nos antojaba un callejón sin salida. Desarmados ante las necesidades, aceptábamos cualquier cosa, con tal de ahuyentar el fantasma del hambre; el miedo nos embrutecía y nos acorralaba. Hombres más valientes y con más entereza no hubieran sacrificado lo mejor de sí para caer tan hondo.

Nuestras madres, tan buenas y tan inconscientes habrían quedado mudas de espanto si nos hubiesen visto a mí y a Leandro hundidos en el barro, hiedos y sucios, entre blasfemias y gruesas pa-

labras, empujando una carretilla abastecida de lodo. Y pensando en esto recordaba, no sin cierto rubor, cuando me torturaba el cerebro para aconsejarme una cuarteta, donde hacía desfilar los obreros robustos y magníficos, aureolados de sol y con una plácida sonrisa en los labios...

Sin embargo a Leandro aún le quedaban fuerzas suficientes para exteriorizar sus inquietudes. Había iniciado un retrato mío; algo confuso y en sombras, cuyas líneas atormentadas acentuaban el dibujo en una forma agresiva e insolente. Era esa en mi amigo, una faz desconocida de su manera, pues, generalmente, pintaba asuntos triviales, donde la técnica sin complicaciones se desplazaba fácilmente. Yo le "posaba" desalentado; aquello no me gustaba y hasta llegó a repugnarme, toda vez que me parecía un símbolo de nuestra vida.

Por la noche, frente al caballete, alumbrado por una débil lamparilla eléctrica Leandro iniciaba la tarea. Cansado y bestializado más que nada por el trabajo abrumador del día, trataba de complacer a mi amigo, conservando la obligada línea de la "pose", pero al poco rato el sueño me vencía y bostezaba y estiraba los brazos y las piernas entumecidas. Entonces Leandro, me solicitaba un parecer sobre la marcha de la obra, y yo con la mejor intención observaba el cuadro, mas todo él me causaba una vaga repugnancia; el fondo sórdido y obscuro, las líneas duras, acentuadas; mis ojos turbios, la sonrisa marchita que se insinuaba en mis labios; todo, todo me producía el efecto de que pintaba con barro, y esta obsesión llegó a torturarme tanto que debía realizar enormes esfuerzos para no tomar los tubos rojos y amarillos y volcarlos sobre la paleta sin brillo y acibillada de pinceladas opacas.

Mis recelos no desanimaban a Leandro. Por el contrario, trabajaba cada noche con mayor ahínco, pero la obra no progresaba; era defectuosa y los retoques abultaban esos defectos, y luego, el color pardo que dominaba toda la tela se acentuaba más y más haciéndola repulsiva.

Cuando le advertía a Leandro que era tarde y había necesidad de dormir para levantarse temprano, él con un gesto de desaliento, sin limpiar los pinceles los arrojaba contra un rincón y empezaba a desnudarse, mientras me hablaba de la próxima apertura del salón, del dinero que ganaríamos con ese cuadro. Su fantasía no tenía límites. Primero abandonaríamos ese trabajo puerco que tanto mal nos hacía, y luego, alquilaríamos una habitación clara, limpia y bonita, para llenarla de muebles sutiles, sobre los cuales habría búcaros de cristal cargados de flores. Y yo lo sentía, revolviéndome en mi camastro, y una gran angustia nacía desde las fibras más hondas de mi ser, subiendo y subiendo hasta destrozarme la garganta.

¿Cómo nació aquello? Jamás lo pude comprender. Al regresar del trabajo alguien me dio la noticia. Leandro se había comprometido a cometer un atentado. El hecho era inexplicable, absurdo y me produjo una dolorosa sorpresa. ¿Podrían haberlo influenciado esos dos o tres revolucionarios falsos, estúpidos y cobardes que nos visitaban? ¿Qué fondo de locura o de imbecilidad existía en mi amigo que yo desconocía?

Me propuse evitar tamaña barbaridad. Hablaría a Leandro; si era preciso usaría de la violencia; emplearía todos los medios antes que mi amigo llegase a esos extremos.

Por la noche conseguí abordarle. Le interrogué sobre el asunto.

—¿Es cierto, Leandro?

—Sí, será mañana a la noche,—me repuso con la mayor naturalidad.

—Pero, ¿porqué? ¿Quién te ha inducido a ello?

—Me extraña que los hechos—me contestó con una sonrisa en la que se adivinaba un oculto reproche—no te hayan explicado demasiado... Antes de llegar aquí, he vivido demasiado bien, muy cómodamente y, como es natural, el odio pasaba sin rozarme siquiera... Ahora la necesidad me obligó a aceptar una condición que repugna a mi espíritu y deforma mi cuerpo. Sí... ya sé lo que dirás... que los hombres de genio han sufrido demasiado... ¡Pamplinas! Yo te he sentido sollozar a altas horas de la noche... He visto durante días y días tus libros y tus papeles cubiertos de polvo y, lo que es peor, he observado cómo agachabas la cabeza ante el bruto que nos explota y nos manda...

De sobra comprenderás que yo sabía que mi cuadro no tenía ningún valor, pero deseaba sacudir tu espíritu, tornar a verte como eras antes; lleno de juveniles entusiasmos y lleno de sueños buenos; de ahí mi empeñamiento en seguir con esa tela, pero mi desvelo fué inútil... tú permaneces en el mismo estado, y ahí está arrinconada la obra, repugnante y hostil como nuestra vida. Y pensé que allá en la charca mugrienta se desangraba una juventud espléndida, que iría envejeciendo, empujada por los gritos de un bruto, a quien debo suprimir.

Por más argumentos que expuse para que Leandro no llevase a efectos su proyecto, todo resultó en vano. Hubo momentos que nuestra discusión fué tan violenta que estuvimos a punto de pegarnos, y lo único que obtuve de él, fué la promesa de que me dejaría acompañarle, hasta el lugar señalado para cometer el atentado.

Leandro debía recibir el trágico envoltorio de manos de un hombre bastante raro; un tipo agalagado y puntiagudo, cuya fisonomía dejaba traslucir no sé qué de cobarde y taimado. Se decía anarquista y para mantener la integridad de sus ideales usaba adjetivos ásperos y sucios. Detestaba el arte y manifestaba una repugnancia profunda hacia las mujeres; sin embargo su deseo de gustar de los placeres fuertes traicionaban su aversión, adivinándosele entonces, un fondo de innoble sensualismo que lo hacía detestable. Con frecuencia se le veía en los suburbios donde la vida del hampa tomaba relieves brutales; en semejante ambiente sentía una honda voluptuosidad, sobre todo cuando una circunstancia fortuita le obligaba a rozarse con los aspectos de desvergüenzas que surgían en esos callejones siniestros.

No recuerdo quién ni con qué motivo me lo presentó. A las primeras palabras nació tanto en mí como en él una mutua y rencorosa antipatía, y creció tanto esa hostilidad que ese día por poco nos insultamos y pegamos. Después me encontré con

él en diversas ocasiones y ni le miré siquiera.

En busca de ese hombre nos metimos por una calle sombría, en la cual de trecho en trecho había pequeños cafés que proyectaban en la acera una débil mancha de luz. En el interior de uno de estos negocios un tipo alto y robusto danzaba y danzaba. Era la suya una alegría violenta y atrevida; jamás vi hombre alguno mostrar con tanta arrogancia las líneas tensas de su cuerpo. El torso se doblaba como una fina hoja de acero, y luego se erguía temblando; con los ojos fulgurantes y la boca entreabierta, sostenido en la punta de los pies, curvando los brazos sobre el rostro, ebrio por la voluptuosidad del ritmo, volcaba la cabeza hacia atrás, y en ese supremo ofrecimiento, el pecho jadeante se hinchaba como si fuese a estallar. Entonces epilógaba el baile con un alarido salvaje y vigoroso, sentándose, luego, sonriente, satisfecho de su salud, de su fuerza y de su alegría.

Proseguimos andando. En una esquina dimos con el hombre que buscábamos; al notar que Leandro venía acompañado se arrimó a la pared y llevó la mano a la cintura; no pude menos que sonreírme ante semejante gesto teatral. Después, mientras tendía la mano a Leandro, me observaba de soslayo. Mi amigo aclaró:

—Un compañero.

—Sí, ya lo conozco... Un intelectual... —Repuso con un tono desabrido, como si quisiese evitar la molestia de decir: ¡Un imbécil!

—¿A qué viene? —Interrogó por mí.

—El me acompañará. —Explicó Leandro.

Se encogió de hombros con desprecio y nos invitó a seguirle. Regresábamos por la misma calle. En la puerta de un café, una multitud de curiosos que pugnaba por mirar al interior, nos detuvo. Conseguí abrirme paso, y vi que en el medio de la sala del negocio, el bailarín que habíamos visto poco antes, yacía tendido en el suelo, y ahora sus músculos no vibraban, ni había resplandores en sus pupilas ni su orgullosa sonrisa aureoleaba su rostro. Su cuerpo poseía una rigidez pétrea y tenía la frente pálida manchada de sangre. Momentos antes, algún desgraciado, sintiéndose pequeño y ruín ante la figura triunfal del danzante, y en el minuto preciso que éste volcaba la cabeza para lanzar el grito vigoroso y heroico con que coronaba el baile, el proyectil le hirió en plena frente, haciéndole brotar un alarido horrible, de angustia y de muerte, y su cuerpo tenso y armonioso, vaciló un instante intentando, sin duda, recoger vanamente los últimos ritmos de la danza y cayó contra el suelo.

Al retirarnos del café, yo sentía que una sensación de horror lastimaba mi espíritu y un tropel de alaridos rotaba y rotaba en mi cerebro. También Leandro se hallaba impresionado por la tragedia. En cuanto a nuestro siniestro acompañante nada manifestaba y andábamos los tres, en silencio, por los callejones sombríos.

De pronto, nos detuvimos en una esquina. El anarquista sacó de entre sus ropas un bulto y desembrazándolo de papeles se lo entregó a Leandro. Percibí que se trataba de un pequeño rodillo de cemento armado con una larga mecha blanca adherida a uno de sus extremos. La voz del hombre

tomó una entonación dramática. Nos dijo:

—Bueno. ¡Es necesario obrar! Tú ya sabes la casa y conoces qué es preciso hacer.—Y sacando una piedra del bolsillo la lanzó contra un foco eléctrico, cuyo vidrio cayó al suelo hecho añicos. El ruido nos sobresaltó a los tres y nos arrimamos unos contra otros, sumidos en la oscuridad, ansiosos escuchamos unos pasos que se alejaban. Ahora la noche me parecía más bella y los astros temblorosos tenían una luz más pura. En ese instante una canción plañidera se elevó en la noche: era una música evocadora y tiernísima, como una canción de cuna, que llegaba a mí débilmente, arrullándome. Una tristeza desoladora arañaba mi corazón y recuerdos dulces y lejanos me colmaban de piedad. Quizás por ello deseé evitar la salvajada que estaba a punto de cometer mi amigo, y me interpuse entre él y su acompañante, gritándole áspidamente:

—¡Vos no harás eso!

—Pero el hombre, que, sin duda, espiaba mis menores movimientos, me puso el caño de un revólver en el pecho, sonriendo cínicamente.

—¡Conque esas tenemos! Si... Ya los conozco a ustedes... ¡Sentimentalistas imbéciles! ¡Váyase o lo mato!

Sin deponer mi actitud miré a Leandro, y este también me repuso con dureza inusitada en él:

—Sí, andate y no te metas.

Me sentí sin valor y repuse decidiéndome:

—He resuelto acompañar a Leandro y lo haré hasta el último momento. Vamos.

—Si... —contestó el hombre— Me gusta que entre en razón. Vayan, yo vigilaré desde aquí. Y mucho cuidado, porque usted será el primero en caer—continuó, amenazador.

—¡Hace usted muy bien el papel de auxiliar!—Le repliqué despreciativamente, y nos metimos por una especie de cortada donde la oscuridad había formado una verdadera barrera negra. Tras de nosotros la canción se elevaba más clara y más dulce y su música trémula llenaba la noche como una caricia amplia y anestesiadora.

Frente a una ventana de hierro Leandro colocó el paquete y sacando una cerilla encendió la mecha. Un ramillete de estrellas vívidas se volcó en las sombras. Corrimos y doblamos la esquina. Allí amortiguamos la marcha. A cada paso creíamos vernos sacudidos por la explosión. Yo, horrorizado y convulso marchaba tapándome los oídos, pero sentía los latidos de mi corazón y el martilleo de las sienes. Nos detuvimos:

—¿Y?... —interrogué con ansias.

—Nada.—Repuso Leandro, desalentado.

—Entonces será dentro de un momento.

—No... Hemos andado una cuadra... Ya es imposible. Debía estallar al minuto... Eso ha fracasado; volveré a ver.

Me notaba sin fuerzas. La emoción había sido tan aguda que no sentía cómo las lágrimas mojaban mi rostro y, sin valor para disuadirlo, dejé ir a Leandro sólo.

Al cruzar una plaza un estampido sordo y lejano retumbó en el silencio de la noche. Era "aquello", lo que mi cobardía no pudo impedir y me senté sobre un banco a sollozar como un niño...

Las horas pasaban lentamente. Desde la soledad de mi pieza recogía todos los ecos de la ciudad,

y cuanto el trac... trac... de una pasos se dejaban oír, yo seguía el ruido con ansiedad indecible, tratando de adivinar si eran los de Leandro. A veces el sonido se apagaba bruscamente y otra vez continuaba lejos, más lejos... Ahora era el rodar de un carruaje que los truncaba de pronto; entonces de un salto me erguía todo y quedaba a la expectativa, esperando sentir el característico chirriar de la cerradura. Pero nada... El silencio, ese profundo silencio de las ciudades dormidas, respondía como una burla a mi horrenda desesperación.

Luego era el miedo; un miedo ridículo, infantil, estúpido que me dominaba completamente. A cada instante me parecía que un tropel de hombres se detenía frente a la puerta de la calle y que, después de hablar misteriosamente con el dueño de la casa, llegaban hasta mí bohardilla... Me detenían... El proceso... La cárcel... No, no puede ser, no puede ser, me decía... En último caso ¿qué tenía que ver, si se hubiese producido "aquello"?... Sin embargo... Fui, estuve en el sitio. ¿Qué le importaría a la justicia los "motivos"? Y mi pulso afiebrado, martilleaba insistentemente las venas, haciendo brotar de mi garganta verdaderos rugidos que sofocaba entre las colchas del lecho.

Lleno de cobardía y de espanto esperaba con verdadero frenesí que el alba ahuyentara las tinieblas de mi pieza, para salir a la calle. Quería saber, conocer que había sucedido y, a medida que transcurrían los minutos sentía más inquietud y hasta una rabia sorda por esa mañana que tardaba tanto en llegar.

Cuando adquirí el primer periódico me enteré de lo ocurrido. A grandes títulos se anunciaba el atentado, por motivos del cual, se hallaba en agonía un hombre que, según parece, la fatalidad lo llevó por ese lugar en el preciso momento que estallaba el explosivo. Este hombre era Leandro. En cuanto a los moradores de la casa no recibieron más daño que un sobresalto, pues, la bomba apenas había quitado el revoque de las paredes.

Eso era todo. Con el periódico en las manos quedé sin saber qué pasaba en torno mío. Una sensación confusa oscurecía mi espíritu. No podía explicarme nada, y el hecho me parecía tan trágicamente estúpido que se aislaba de mí, como si hubiese sucedido en una época remotísima.

Leandro, a consecuencia de las heridas que recibiera falleció ese mismo día y recién a la noche pude verle en la morgue del hospital. Estaba tendido sobre una mesa de mármol, completamente desnudo y tenía el rostro cubierto por un grueso vendaje. En su pecho había aún manchas de barro y huellas de sangre.

Contemplando a mi amigo muerto, sin querer, lo asocié con la trágica figura del bailarín y sentí la misma sensación de horror y de angustia que había experimentado la noche anterior.

Al salir de la fría sala del anfiteatro, ligeros escalofríos hacían temblar mi cuerpo a intermitencias. Ya en pleno centro de la ciudad empecé a huir de la luz cruda que lanzaban los focos eléctricos y me avergonzaba de verme frente a las vitrinas resplandecientes; iba buscando los lugares más solitarios. Mi cobardía y mi angustia me empujaban a las tinieblas, como a un hombre inútil que hubiese perdido el sentido de la vida...

TEATROS Y CONCIERTOS

EL AÑO MUSICAL

La publicación inicial de esta sección destinada al comentario de las actividades musicales que se desarrollan entre nosotros, coincide con la clausura de las temporadas. Se presta, entonces, para hacer el balance del año artístico, si bien es cierto que nuestra presentación como cronistas de conciertos deberíamos hacerla enunciando los propósitos que nos guiarán en la labor que pensamos llevar a cabo. Haremos brevemente una cosa y la otra.

No es posible ocuparse de un tema como este sin recordar el notable acontecimiento artístico que ha tenido lugar con la visita del maestro Ernesto Ansermet quien, al frente de la orquesta sinfónica de la Asociación del Profesorado Orquestal, ha revelado al público de Buenos Aires las más felices realizaciones de la música moderna. Obras desconocidas para nosotros de Debussy, Ravel, Stravinsky, Liadoff, fray San Sebastián y otros, han merecido la sanción de nuestro público melómano, condenado desde hace algunos años al consabido repertorio clásico. También el maestro Ansermet nos ha hecho oír excelentes y personales versiones de obras clásicas, especialmente de sinfonías de Beethoven, vertidas con amplio y justo espíritu moderno. El maestro argentino Drangosch, que le sucedió al frente de la orquesta, ha realizado también una labor encomiable, sobre todo por la exhumación de la bella sinfonía "Desde el nuevo mundo", del compositor checo Antón Dvorak.

La A. P. O. organizó también un concurso de poemas sinfónicos, recayendo el premio en el trabajo titulado "Dans le jardin des morts", del compositor argentino Juan José Castro, residente en París. A nuestro juicio, y a pesar de ser el trabajo premiado una bella demostración de conocimientos orquestales y contrapuntísticos, preferimos el poema sinfónico "El Ombú", del maestro Constantino Gaito, aún cuando sus estilizaciones de melodías nacionales no nos satisficieran del todo.

La Asociación Sinfónica organizó dos conciertos en el Colón, dirigidos por los maestros Cooper y Belleza. El primero, dirigido por el primero de los nombrados, tuvo algún interés para el aficionado inteligente, no así el segundo que fué lamentable.

El Quinteto Hispania y el Trio Italiano que nos visitaran, acreditaron ante nuestro público la fama de que venían precedidos. Así mismo fueron celebrados con entusiasmo los conciertos dados por los pianistas Mieczysław Horzowski, Pierre Lucas, Birger Hammer, Hans y Friedel Hermann, Claudio Arrau y Ricardo Viñes, por citar sólo a los extranjeros.

Hemos citado a Ricardo, Viñes y es imperioso que nos detengamos un instante. Ricardo Viñes, el pianista que hemos tenido la suerte de escuchar este año, es uno de los artistas más probos y completos de su género. Posee el do-

minio de una técnica brillante y sin embargo prefiere entregar a su auditorio la intimidad calurosa de su alma apasionada. Pudiéndose lucir como virtuoso, rehuye el efectismo y se consagra a la interpretación de música de autores modernos, por lo común de poca brillantez, pero de gran intensidad. Asimismo vuelve los ojos al pasado y nos hace vivir instantes de intenso goce espiritual ejecutando piezas para clavecín, con una delicadeza y un sentido histórico admirables. Ricardo Viñes ha impuesto la música moderna, imprimiendo así a su carrera de pianista todos los caracteres de un verdadero apostolado. Nuestros músicos jóvenes también deben a Viñes el hecho de ser conocidos en el extranjero.

Alguien se quejó diciendo que este año, Ricardo Viñes ha vivido "acaparado" por los millonarios que se encierran en su sala de conciertos y simulan gustar del arte, cuando únicamente les interesa la "pose" de entendidos que representan. Pero no hay que olvidarse que se anunciaron algunos conciertos populares en el teatro Avenida, los cuales debieron suspenderse ante el fracaso económico del primero de ellos.

María Barrientos dió con enorme éxito sus recitales de canto en el Cervantes. No hay nada que agregar sobre esta eximia cantatriz, juzgada ya por la crítica.

Las sociedades musicales que actúan entre nosotros han dado, como siempre, la nota más interesante del año con sus audiciones periódicas, en las cuales tomaron parte los mejores elementos locales y extranjeros. En un país como el nuestro donde el arte no recibe protección oficial alguna, la tarea realizada por estas instituciones particulares tiene un doble mérito. Tanto la Asociación Wagneriana, como la Cultural de Concursos, Diapasón y otras han hecho figurar en sus respectivos programas a los mejores elementos de paso o residentes en nuestra ciudad. Pero esto no es suficiente. El arte no puede ni debe ser privilegio de unos pocos; los frutos que de él emanan deben repartirse por igual entre todos los hombres. De ahí que los organizadores de las audiciones gratuitas del cuarteto de Buenos Aires se hayan hecho acreedores del más franco elogio. El gusto de nuestro público melómano debe formarse aún. En la actualidad lo acepta todo: desde las maravillosas interpretaciones de un Ansermet hasta los lamentables atentados de la banda municipal.

Demás está decir que la peor nota del año la ha dado el teatro Colón. Todavía no han desaparecido esas óperas-paquidermos que aplastaban a nuestros entusiastas abuelos; tampoco se han modernizado los coros cuyas presentaciones en escena resultan siempre grotescas; y ni qué hablar de los decorados y de la orquesta que se desempeña casi siempre con uno o dos ensayos hechos a la ligera para no distraer tiempo. Se

exhumaron tres obras clásicas italianas y el "Orfeo y de Glück, verdadera creación de la señora Besanzoni. La mejor nota de arte la dieron los artistas rusos con el magnífico Boris Godunow, bien cantado por buenos artistas y bien dirigido por el maestro Emil Cooper. Del señor Belleza que concertó "Falstaff" y "Lo-reley", es mejor no hablar.

La labor de nuestros compositores ha sido fecunda durante el año; y si bien merece ser tratado este tema con más amplitud, lo cual haremos en uno de nuestros próximos números, queremos consignar aquí que este movimiento nacionalista en el cual se hallan empeñados, tiene más de "moda" que de sincero. Músicos residentes en la capital, que viven irreprochablemente, que usan bastón y se pasean por el asfalto, están muy lejos de sentir la melódica campera y mucho más lejos aún la melopea incáica, nacida en la kena quejumbrosa. Para hacer música nacionalista no es necesario recurrir al imperio del Cuzco. El arte nacional de Moussorgsky, de Grieg, de Smetana era arte de actualidad y no de investigación histórica. En el ritmo de las canciones y bailes populares del presente debe basarse la música argentina.

Durante el presente año ha sido creado el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, del que también nos ocuparemos detenidamente en otra oportunidad, y de cuya utilidad para nuestro medio no nos ilusionamos demasiado.

Estas son es síntesis las actividades musicales del año que fenece. Esperemos que para el año próximo la vida musical de Buenos Aires esté a la altura de los grandes centros artísticos de Europa. Y esperémoslo de las instituciones particulares porque el Estado... Pero, ¿para qué hablar de esto si nos falta una orquesta sinfónica municipal que necesitamos, puede decirse, imprescindiblemente?

Viniendo a nosotros, diremos al lector que desde la sección "Conciertos" de LOS PENSADORES no elogiaremos al amigo porque es amigo, ni desacreditaremos a aquellos que no nos inspiren simpatía. Nuestra labor de cronistas se realizará ayudados por nuestra sensibilidad que vibra como un cristal al contacto con las obras de arte. Trataremos de orientar al lector, tarea que, después de todo, no es cosa del otro mundo. Cualquiera está en el derecho de decirle a un amigo: ¡Qué buena o qué mala me parece tal obra o tal intérprete! Y para esto no se requiere saberse de memoria la "Estética" de Galli ni el "Fuero Juzgo" de Alfonso el Sabio. Como que se hablará de música — la más pura de las artes — nos bastará con el amor que sentimos por ella. No incurriremos en la actitud provinciana de abrumar con el peso de una pedantesca erudición musical a quien sólo debe decirse: "¡Vaya Ud. a escuchar tal obra y sabrá cuánto he gozado!" No haremos tal cosa, de ninguna manera...

LO QUE ES LA VIDA

La vida es el mal. La expresión última de la vida terrestre es la vida humana, y la vida de los hombres se cifra en batalla inexorable de apetitos, en tumultos desordenados de egoísmo, que chocan entre ellos, se rompen, se dislocan. El progreso señala la distancia que va del salto del tigre, que es de diez metros, a la carrera de la bala, que es de veinte kilómetros. El hombre, a las cuatro leguas, llenamos de terror. El hombre es la fiera devastadora.

Nunca los abismos de las olas parirán monstruos equivalentes al buque de guerra, con escamas de acero, intestinos de bronce, bocas pavorosas rugiendo metralla, masticando llamas, sembrando la muerte por todas partes.

El matadero es la representación exacta de la sociedad en que vivimos. Unos nacen para reses, otros para verdugos. Unos comen, otros son comidos. Existen criaturas escuálidas, vestidas de harapos, minando montes; criaturas espléndidas cubiertas de oro y terciopelo, deslumbrando al sol.

En el cofre del banquero duermen pobreza metalizadas. Hay hombres que crean en una noche un cortejo fúnebre de mendigos. Adornan gargantas de cortesanas, collares mucho más siniestros y luctuosos que los rosarios de cráneos en el pecho de los salvajes.

Viven los cuadrúpedos en caballerizas de mármol y agonizan parias en cuevas infectas, corroídos por la gusanera. La letrina de Vanderbilt costó aldeas miserables.

Y porque los palacios devoran pocilgas, todo boulevard grandioso reclama un cuartel, una cárcel y una horca.

El dios millón no digiere sin tener a la guillotina de centinela. Los hombres se reparten el mundo como los buitres el carnero. A mayor buitre mayor ración. Hombres hay que poseen imperios y hay hombres que no tienen hogar.

Los pies delicados de la princesa se deslizan con brillantes de oro por alfombras, y pies vagabundos pisan sangrientos guijarros y rocas. Beben champagne algunos caballos de sport, usan anillos de brillantes algunos perros falderos, y algunas criaturas, por falta de mendrugos de pan, encienden braseros para morir.

¡Y la naturaleza permanece insensible al drama bárbaro del mundo!

Guerras, odios, crímenes, tiranías, hecatombes, déjanla indiferentes e inconscientes, como la roca inmóvil azotada por el ala de una avispa.

El clamor atronador de todas las angustias no arranca un ¡ay! de la inmensidad inexorable!

La dinamita del químico hace estallar las montañas como si fuesen nueces. Si la garra del mastodonte arrancaba de cuajo un cedro, el cañón Krup, revienta baluartes y trincheras. Una víbora envenena un hombre, pero un hombre solo arrasa una capital.

La pata prehistórica del atlantosauro aplastaba la roca.

¡Bendito sea el óxido de carbono que exalta la paz y olvido!

PAGINAS PARA LOS NIÑOS...

LA VIDA AVENTURERA DE MÁXIMO GORKI

Máximo Gorki es un sobrenombre. Gorki se llama Alejandro Pieskov y le decían el "bosiak" que en ruso quiere decir descalzo.

Como sufrió mucho en sus días de miseria, sus primeros cuentos los firmó con el nombre de Máximo Gorki, es decir, Máximo el amargo.



Gorki cargando bolsas

Gorki tenía un compañero que ahora conduce trenes en la Transcaucasia y éste es él que ha escrito para el diario "Grobis Pyseli" las aventuras dolorosas de Alejandro Pieskov, "el descalzo", que más tarde iba a ser el más grande escritor del mundo.



Perros azuzados contra Gorki

Conoció a Gorki en Odessa, donde éste se le acercó a pedirle para comer. Como los dos estaban en la miseria se hicieron grandes amigos.

Gorki vendió su reloj y cadena y con ese dinero comieron siete días. Fueron a Nicolaiev a buscar trabajo y como no lo hallaron partieron para Kerson donde Gorki vendió el sobretodo de su compañero para poder llegar a Simpropol, donde tampoco encontraron trabajo, continuando el viaje a pie hasta el Cáucaso.

Estaban los dos hambrientos, con los pies hechos una llaga viva y se perdieron una noche en un bosque, siendo asaltados por los ja-

balíes. A duras penas se salvaron subiéndose a los árboles.

En Jalta se embarcaron sin pasaje en un barco y se escondieron en las bodegas; pero como los descubrieron tuvieron que trabajar a bordo como bestias.

Cuando llegaron a Teodosia, Gorki cambió el sombrero de su compañero por unos centavos. En los hoteles les daban las sobras de las comidas.



Gorki atacado por los jabalíes

Querían ir a Kere y para cruzar el río tuvieron que cargar las bolsas de harina que debía llevar una barca. En la otra orilla la cosa fué peor todavía: les asaltaron unos perros salvajes y tuvieron que huir a toda disparada para no ser devorados.



Gorki pidiendo limosna

Por fin encontraron trabajo en una chacra; pero Gorki enojado porque el patrón les daba de comer carne de caballo sublevó a los peones y se fueron.

Una noche que iban por la vía del tren, de miedo de helarse, quemaron un palo de telégrafo. Pero como en ese momento pasaba un tren, fueron denunciados y los pusieron preso por poco tiempo.

De Vladikavkosa a Tiflis el viaje fué penosísimo, entre la nieve. Gorki, sin botines, con los pies destrozados y la ropa hecha jirones, inspiraba lástima.

En Tiflis los amigos se separaron. Gorki trabajó de changador y panadero y al fin consiguió un puesto en la biblioteca popular, donde empezó su educación. Para pagar los gastos lavaba los pisos de la biblioteca.

Por ese tiempo escribió su primer cuento que se titulaba: "Macar Cuidra".

Por caridad se le permitía que durmiera en las salas de lectura, durante las noches más frías.

Esta fué la primera juventud del escritor Máximo Gorki.

María Fumassoni.

GUERRA MOTIVADA POR EL RAPTO DE UNA REINA

Argumento de "La Iliada"

Antes del argumento es preciso que conozcamos el significado de la palabra "Iliada". No es sino la forma española de una palabra griega que significa "referente a Ilión", e Ilión era el nombre de una ciudad situada en la costa del Asia Menor. Se conoce comúnmente en español por Troya, y era la capital de Troya, pero los griegos la llamaban Ilión. Sus habitantes se llamaban troyanos. En la "Iliada" escrita hace unos tres mil años, se refiere la tremenda guerra llevada a cabo por los griegos contra los troyanos, aunque no podemos determinar lo que en la narración hay de verdadero y lo que sólo es producto de la imaginación del poeta, ya que en esa narración se halla mezclado lo real con lo ficticio.

El rey de Troya se llamaba Príamo, y su mujer Hécuba. Entre sus varios hijos, Héctor era célebre por su valor, y Paris por su esbeltez y gallardía. Paris fué enviado como embajador cerca de Menelao, rey de Esparta, en Grecia. Dicho rey estaba casado con Helena, mujer de excepcional belleza, ya que se la consideraba la más hermosa de toda Grecia. Al llegar Paris a Esparta, en rey estaba ausente, y Paris le traicionó. Tomó cautiva a Helena y la llevó consigo a Troya. Grecia, país del que formaban parte muchas islas, no estaba unida bajo un solo rey, sino que tenía varios príncipes y soberanos independientes. Así, pues, cuando llegó a conocimiento del rey de Esparta que su mujer había sido robada, convocó una gran asamblea de todos los príncipes, en la que su hermano Agamenón fué elegido jefe soberano de los griegos, en la guerra que éstos debían emprender contra los troyanos para lograr el rescate de Helena. En ocasión del matrimonio de Helena y Menelao, los príncipes griegos habían prometido prestar ayuda a la hermosa Helena siempre que lo necesitara.

En la narración se refieren luego los preparativos de los griegos para la guerra, cómo fué revistado el ejército y cómo se aprestaron las naves que debían conducir a los soldados.

También nos son presentados en la misma

algunos famosos guerreros que debían tomar parte en la lucha. Uno de los jefes era Aquiles, uno de los más valientes de los griegos; también estaba entre ellos Ulises, el más sabio, y Néstor, el más anciano y, por lo tanto el de más experiencia. Cuando todo estuvo dispuesto, el ejército entero partió hacia Troya y, después de desembarcar, no tardaron en poner sitio a la ciudad. Este duró cien años seguidos; riñéronse muchas batallas, y tuvieron también lugar combates singulares entre los jefes de ambos bandos; pero no hubo ninguna victoria decisiva.

Habían transcurrido nueve años desde el comienzo del sitio, cuando se produjeron desavenencias entre los mismos griegos. Entre Aquiles y Agamenón surgió una gran disputa, y por un asunto al parecer insignificante: un esclavo que le había sido dado a Aquiles, le fué quitado por Agamenón. A consecuencia de esta querrela, Aquiles se retiró a su tienda y rehusó tomar parte en ninguna de las escaramuzas entre troyanos y griegos dirigidos por Agamenón. Envalentonados los la ausencia del terrible Aquiles, los troyanos comenzaron a acosar a los sitiadores. Temiendo que los troyanos pudieran alcanzar la victoria. Patroclo, noble griego, y el amigo más querido de Aquiles, se disfrazó con la armadura de este temido guerrero y condujo de nuevo a los griegos contra los troyanos, a quienes rechazó, haciéndoles penetrar en su ciudad, aunque cayendo mortalmente herido.

Aquiles tuvo entonces mayor motivo que antes para hacer la guerra al enemigo que había causado la muerte de su querido amigo. Ataviado con una armadura nueva que Vulcano había forjado para él, parte para salvar a Paris, guerrero de Troya. Héctor no tarda en caer trocado, saliéndole al encuentro Héctor, el más a los pies de Aquiles encolerizado, y el cuerpo del príncipe troyano es paseado tres veces alrededor de la ciudad, en el carro del vencedor, antes de ser entregado al padre de Héctor. Príamo, quien lo lleva al interior de los muros de Troya, donde el héroe es llorado por Hécuba, su madre, y por Andrómaca, su mujer; por la cautiva Helena y por todos los troyanos. Tiene lugar una gran ceremonia funeraria en honor del héroe de Troya, durante la cual Príamo pronuncia las siguientes palabras:

A conducir ahora

id leña a la ciudad; ni la emboscada de los griegos temáis; que, de las naves al despedirme, Aquiles la palabra me dió de que la lid suspendería hasta que de la aurora amaneciera la duodécima luz.

La narración termina con una corta descripción de los últimos honores tributados al difunto héroe. Pero, como es natural, no concluyó así la guerra. El objeto principal del gran poema de Homero fué demostrar la conducta de Aquiles durante el sitio de Troya, y no el dar una descripción completa de la guerra.

La "Iliada" se supone escrita por Homero, poeta que se cree existió alrededor de mil años antes de Jesucristo. Dicho poeta probablemente recopiló las producciones de otros autores, ya que parece cierto que los grandes poemas que se le atribuyen no hayan sido obra de una sola persona. Esta es una de las obras más famosas de la humanidad.

LA RANA TESTARUDA

(LEYENDA POPULAR)

A la hija de un rey, su padre le regaló, para que con ella jugara, una pelota de oro, recomendándole, al hacerle el presente, que no la estropease ni perdiera, pues juguete más valioso no lo habían tenido, ni tendrán, seguramente, hijas de hombre.

Ella, alocada, comenzó a lanzarla al aire y a recogerla con sus manitas, y así corriendo llegó, sofocada, junto a una fuente que alimentaba una profunda alberca.

Sedienta, guardó la pelota de oro en su seno y se tiró de bruces a beber en el cristalino caudal que entre rocas y musgo llegaba a la vida, cantando, impenitente, su canción, siendo encanto de los que miraban quebrarse en ella los rayos del sol, y alivio de los sedientos, como la princesa imprudente o el peregrino cansado de larga caminata.

Como decíamos, la princesa, en posición no muy correcta, se puso a beber como un gato o un perrillo, y—justo castigo a su falta de educación—la pelota de oro, el regalo paternal, el juguete entre los juguetes, se le escurrió del pecho y saltó al agua de la alberca. Casi no hizo ni ¡chap!, el agua la tragó con muy buenos modales, y para demostrar el gusto con que la había comido, trazó unos elegantes círculos que muy suavemente fueron a besar los muros de contención.

La princesa se puso a llorar desconsolada, casi parecía ella la fuente y cantaba entre sollozos:

—Regalito de mi padre,
Pelota, la pelotilla...
prometo que he de casarme
con quien te vuelva a la orilla.

Y entonces, una voz le respondió:

—Quiero comer en tu mesa,
quiero sentarme en tu silla,
quiero dormir en tu cama...

¿Qué?

La princesa dijo:

—¡Sí!

Y, entonces, una rana salió de la alberca, y mostrando el juguete de oro en la boca, dijo a la princesa:

—Ahí tienes la pelota.

La niña asustóse entonces mucho y se arrepintió de la promesa que hiciera, y para escaparse de cumplir lo prometido apretó a correr y con los pies hacía correr, cuesta abajo, los guijarros, esperando que alguno le tocara a la rana y la aplastaría.

Pero la rana era prudente y escamoteaba, con quiebros y saltos, los proyectiles que le mandaba la princesa.

Llegó ésta a palacio, dejando rezagada a la rana y sentóse sofocada a la mesa del rey.

Preguntóle éste:

—¿Qué tienes, hija?

—Nada, padre.

Entonces llamaron a la puerta: ¡Pam! ¡pam! ¡pam!

—¿Quién va?—preguntó el rey.

—Yo; el prometido de su hija.

—No abráis—chilló la princesa.

—¿Cómo no?—preguntó el rey. A ver, cuéntame lo que te ha pasado.

Y la princesa vióse obligada a contarle a su señor padre la verdad de lo sucedido, y al final le dijo:

—Mátala padre, mátala a esta maldita rana.

Pero el rey, que era justo, respondióle:

—¿Cómo? ¿No te avergüenzas, hija mía, de proponerme cosa tal? Sapo fuese, que no rana, alacrán o víbora, y las puertas del palacio le serían abiertas y comería en nuestra mesa, se sentaría en tu silla, dormiría en tu cama y casaría contigo, ya que le diste tu palabra. ¡Abran las puertas a la rana!; ¡Abran las puertas al prometido de mi hija!

La princesa, llorando como una Magdalena, tuvo que sentar a la pescadora de perlitas de oro junto a ella, en la mesa real. La rana escogía los mejores bocados de los platos de la mesa, se limpiaba la boca con la servilleta de la princesilla, y una vez estuvo ahita, dijo:

—Buenas noches, señor rey. Tú, esposa mía, llévame a la cama.

La princesa se puso a llorar, pero el padre recordóle que lo prometido es deuda, y entonces ella agarró el animalito por una pata y lo llevó consigo.

En llegando a su habitación, arrojóla dentro de una palangana con agua y ella se metió en cama. La rana empezó a gritar:

—¡Cuac! ¡cuac! ¡cuac! No es esta la cama del marido de una princesa; sácame de aquí o se lo diré a tu padre.

La princesa la sacó del agua y la dejó sobre la alfombra, pero la rana protestó:

—¡Cuac! ¡cuac! ¡cuac! Quiero dormir contigo, conforme lo tratado.

—Estás fría.

—Tú me darás calor.

—No.

—Se lo diré a tu padre.

La princesa, asustada por la amenaza de siempre, metióla en una esquina, pero la tozuda rana insistió.

Ven a mi lado, en ningún sitio está la mujer tan bien como al lado del marido.

Accedió a la fuerza, y con repugnancia y miedo dejó que tocara su piel de seda la viscosa de la rana.

Y ésta cantóle una canción dulcísima que sólo ella podía entender, abrazóla, y sin comerlo ni beberlo, convirtiéndose en el más poderoso de los emperadores, con el cual fué ella la más dichosa de las princesas.



FABULAS INEDITAS DE TRILLUSA

LA PULGA

Una pulga de la cama
que de anemia padecía,
intentó una mejoría
con la sangre de una dama.
Sus polleras levantó
la señora, y se raseó.

Dijo: — ¡Vaya impertinencia
de picar mi pantorrilla!
¿Quién te ordena a tí, gran pilla,
practicar tal indecencia?
Ten cuidado, vil pulgaza:
si mis uñas te dan caza...

Mas la pulga impertinente
con el fin de estar segura,
púsose a seguir la cura
por el lado de occidente..
Pegó un salto, y contestó
los insultos que escuchó:

—¿Cómo es eso que al teniente
que lo mismo te pellizca,
no le dices tú ni pizca
y te quedas tan sonriente?
También él, a su manera
te succiona toda entera...

¿La verdad quieres que exprese?
Hoy las damas con rubor,
sienten picado su honor
sólo cuando les parece...—
La señora comprendió,
y el vestido se bajó.

EL PERRO Y LA PERRA

¡Qué cambiada estás! — decía
un perrito a su perrita—;
antes ibas tan solita
y hoy te vas en compañía;

Cuando vas con la Duquesa
que en su coche te convida,

¡qué orgullosa y tieserguida!,
¡cómo has cambiado con esa!...

No ha quedado un agujero
sin un perro acosador:
ya es un galgo el seductor,
ya un bull-dogg, ya un ovejero...

¿Tal sistema, no te humilla?
Antes sí, ¡qué buena y mona! —
Y repuso la perrilla:
—¡Me ha perdido la patrona!

EL SOL Y EL VIENTO

Un día el sol y el viento
jugaron una apuesta:
quien alzaba el vestido a una muchacha
que en el mismo momento
cruzando iba la plaza.

—Bah, — dijo el Sol — eso es lo más sencillo;
este trabajo a mí, nada me cuesta:
una pulguita, un grillo,
y le hago alzar las faldas hasta a la más ho-
[nesta.

Probó dos o tres veces: malograda
su prueba fué: lanzaba algún gritito,
la muchacha, pegaba algún saltito
y no se alzaba nada.

Viendo el Viento que aquello no iba bien,
antes de comenzar
fué hasta el Banco, y desde allí volar
hizo un papel de cien.

Desde lejos, silbando suavemente,
con lentitud el viento se acercaba;
pero adosada la muchacha al muro,
ponía el cuerpo duro
y en la falda las manos, se apretaba.

Mas, cuando aperebióse del billete,
alzó los brazos la muchacha
para atraparlo. Entonces el pillete
del Viento le enfiló su racha
debajo del vestido, y se lo alzó.

—¿Ves?—dijo el Viento—te he ganado yo...—
Y riendo, con jactancia:—yo conozco muy bien
el poder que contengo, la fuerza que tú llevas;
mas, qué quieres, amigo: hay ciertas pruebas
que se realizan sólo con billetes de cien...

(Traducción de Emilio Ferrari)



EN LA FUNDICION DE HIERRO

CUADRO DE OSCAR POPP

VARIOS MODELOS DE PINTORES

por VEBAR



VE
BA
R
24

LAS OBRAS MAESTRAS DE LA PANTALLA

Con franca aprobación ha sido recibida por nuestros lectores esta sección destinada a comentar las grandes obras de la cinematografía. Desde luego que todo comentario favorable aparecido en nuestras columnas es una garantía para el espectador y, lógicamente, un medio de propaganda barato y eficaz para la casa distribuidora. Pero no hay que olvidar que nosotros no hacemos tratos con las casas que se dedican a alquilar cintas cinematográficas, como lo hacen otros órganos de publicidad; cuando elogiamos tenemos en cuenta la bondad de la obra y no el aviso comercial que el elogio pudiera proporcionarnos. Va en esto una declaración de principios que hacemos satisfechos.

Demás está decir que los "films" incluidos entre las obras maestras no son aquellos más aparatosos y de mayor metraje; para nosotros una obra maestra es la que llega con más eficacia al corazón humano o a la inteligencia, esto es: toda producción que pueda servir de enseñanza y que contribuya a la educación de los sentimientos. Con este criterio, no hubiésemos hecho el elogio ditirámico que se le ha tributado por unanimidad a la versión cinematográfica de "El Jorobado de Notre Dame", por considerar que la producción de Victor Hugo ha envejecido para la literatura, y le queda poco que decir a nuestra sensibilidad de hombres nuevos. En cambio, recomendamos calurosamente la adaptación del poema homérico — "Helena de Troya" — y las tres jornadas de "La caída de un trono", película histórica que describe muy acertadamente las trágicas jornadas de la Revolución Francesa.

Vamos a ocuparnos ahora de algunos "films" que actualmente se exhiben en Buenos Aires.

La Gitanilla

Hace muchos años la casa Pathé-Frères de París "filmó" una película que pretendía teatralizar la acción exterior del libro menos teatral y exterior de todos los libros: el Quijote. Y ya que en aquel entonces, ante la profanación que representaba esa película, se nos ocurrió que en las "Novelas Ejemplares" de Cervantes podían encontrarse mejores elementos para el cine que en su obra fundamental.

Todas las obras de Cervantes tienden a dejar sentada una base moral y en las Novelas Ejemplares, como su nombre lo indica, lo que se proponía el glorioso manco era dar ejemplos de bien y de virtud. "Héles dado el nombre de Ejemplares — decía en el prólogo — y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso". La primera de ellas, que se acaba de "filmar", es "La Gitanilla", novela que no es de las más movidas y teatrales. Quizás "El celoso extremeño" o "Rinconete y Cortadillo", darían tema para deliciosas comedias.

"La Gitanilla" es una joven que de niña fué robada por una vieja gitana a una familia de ricos burgueses. Su larga permanencia en la tribu la ha convertido en un objeto de venera-

ción de los gitanos. A pesar de su belleza que inflama de amor a los ardientes galanes errantes, ha sabido conservarse pura. Al fin se enamora de un joven noble, que para seguirla reniega de su glorioso pasado y acepta la vida trashumante de sus nuevos compañeros.

Los celos brutales de un pretendiente de la "Gitanilla" obligan al noble a cruzar el acero con un oficial de los guardias, y, como mata a su adversario, es condenado a la horca. La "Gitanilla" va a pedir el perdón a la alcaldesa acompañada por su vieja nodriza. Esta reconoce la casa del alcade como aquella de donde raptara a la niña y devuelve a la desgraciada madre la hija que tantos años llorara por muerta. Pero el alcalde nada puede hacer para evitar la ejecución del condenado. Entonces los gitanos acuden en masa al lugar del suplicio y ahuyentando a los representantes de la justicia logran recuperar a su compañero. Sabedor éste de la posición social de su novia, recobra su antigua personalidad y nadie puede entonces sospechar que el apuesto doncel es el mismo miserable gitano que estuvo un día con un nudo al cuello.

Las escenas están tomadas con bastante acierto, y son pintorescos los cuadros cuya acción ocurre entre gitanos. La figura de Preciosa también está hecha con bastante fidelidad. Viéndola reflejada sobre la pantalla, acuden a la memoria los versos de Cervantes:

"Cuando Preciosa el panderete toca
y hiere el dulce son los aires vanos,
perlas son que derrama con las manos;
flores son que despiende de la boca".

Cuando una mujer ama

La revolución rusa ha dado pretexto a este "film" que trata de desprestigiar el movimiento libertador del gran país eslavo. La plutocracia yanqui, ese nuevo imperialismo que intenta dominar el mundo, se vale del cinematógrafo para restarle simpatías a los comunistas y revolucionarios rusos, como se han valido antes escritores católicos y monárquicos de la novela, para hacer sentir odio hacia los hombres de la revolución francesa.

El argumento es pueril:

La revolución rusa ha sumido en el mayor caos y en la miseria más profunda a la familia de los nobles Alexis Boroff. La bella Sascha Boroff ama al conde Miguel, quien disfrazado de cantante callejero logra permanecer cerca de los seres queridos.

Rogojin, que fuera en un tiempo cochero de Miguel es hoy amo de las más altas autoridades de la población y hace sentir sus odios ejerciendo sobre sus antiguos jefes una despótica tiranía. La belleza de Sascha despierta sus intintos salvajes y en procura de su conquisista hace prisionero a Miguel después de verlo cruelmente; pero Grishka, una joven que ha prometido gratitud eterna hacia Sascha venga su desgracia.

Como puede verse, no se concibe mayor estupidez ni más corto alcance de miras. Demasiado violenta ha sido la tiranía que, con

religiosa mansedumbre, ha sufrido el pueblo ruso para que se expliquen — y hasta se justifiquen — algunas reacciones que el buen criterio de las autoridades del soviet, reprime como es debido. Es este un "film" que pasará como tantos otros.

Notas varias

Las obras de la pintura en la cinematografía

Cuenta un cronista que el departamento que se llamará Maestros Clásicos es la última novedad en los estudios de la compañía cinematográfica Universal. En este departamento se harán las copias de las obras maestras de los grandes artistas que se hallan en la actualidad en El Louvre, El Vaticano y otras galerías de arte. Se trata de hacer las copias lo más perfectas posible.

Con la dirección de Ray Van Alstyne, director artístico, un gran cuerpo de pintores ha comenzado a copiar las obras maestras de Ticiano, Rembrandt, Van Dick, Botticelli y Miguel Ángel. Tan pronto se terminen se pondrán en marcos duplicados de los originales y se guardarán en cuartos clasificados para usarse en aquellas escenas de películas que requieran una pintura de éstas.

Esta fué la idea del encargado general de la ciudad cinematográfica Universal, que cree se ganará tiempo en la producción de aquellas películas que requieran una pintura. Hasta ahora, cuando se ha necesitado una obra maestra en el decorado de una escena se ha tenido que hacer un pedido especial y el resultado ha sido una tardanza considerable. Con este nuevo sistema, el director puede obtener el cuadro que necesite en unos cuantos minutos. Se cree que se evitará mucha pérdida de tiempo, no sólo en los estudios de la Universal, sino también en los otros estudios que quieran pedir prestadas las pinturas.

Algunas de estas pinturas ya han sido usadas. En la película de Mary Philbin titulada: "Miss Vanity" se han utilizado Corots y Whistlers, mientras que en la película de Reginald Denny, titulada "¡Oh, Doctor!", el director Pollard pidió un Rembrandt.

Van Alstyne está preparándose para ir a Madrid a copiar las obras maestras del inmortal Murillo, Velázquez y Goya.

LA TRATA DE BLANCAS

Se nos presenta el cuadro de la mujer víctima de un mercader repugnante sobre el cual se pretende descargar toda la ira social, como si él no fuera así mismo un producto del ambiente. Si el artículo abunda, es porque hay demanda de él en plaza. Y en este caso el que compra es tan culpable como el que vende. Entre el intermediario y el sibarita existe pues una especie de convenio tácito, de pacto, de alianza criminal. Tan mercader y tan repugnante es uno como otro. Que a falta de uno de ellos no habría víctimas.

Es necesario apreciar el mal en toda su magnitud. La desgraciada que cae en el antro lo hace:

- 1.º Por hambre.
- 2.º Por exigencia fisiológica.
- 3.º Por intriga o engaño.
- 4.º Por vergüenza de ser madre.
- 5.º Por incapacidad para ejercer otras tareas.

Ahora bien, nosotros decimos: Trate de suprimirse estas causas y se suprimirá el cáncer.

¡Pero no seamos hipócritas ni mogigatos! Una sociedad que reglamenta la prostitución, que cobra fuertes impuestos por permitir el comercio infame, no puede, honradamente, decir que busca la desaparición del mal. Lo que busca es cubrir la llaga con un tafetán rosa que en el caso nuestro se denominará: *Liga de protección a las jóvenes...*

Las condiciones inicuas de explotación impuestas por el actual estado social a las familias obreras, condiciones que, a cada paso, por falta de uno de sus miembros — padre, hermano mayor o madre — pueden exponerlas a la más desesperante miseria; el falso concepto del honor femenino que no admite el contacto sexual sin la sanción suprema de la ley, atadura estúpida que va contra toda la fuerza de una función natural, incontrarrestable; la celada tendida con la complicidad indirecta de la misma ley, puesto que ella es impotente para evitar a una de las partes las terribles consecuencias del contrato que ampara; el desprecio que la sociedad demuestra por la mujer capaz de concebir fuera de las condiciones legales, prefiriendo así el detenimiento de la energía procreadora y dando privilegios ridículos a las jóvenes pobres y ricas, educación perjudicial que las incapacita para la lucha en la vida, motivo éste que las entrega rendidas al dominio del hombre, brutal casi siempre; — esas y no otras son las causas a estudiar en el presente caso; ese el verdadero problema a dilucidar. Mientras no se le encare de frente, nada se hará en beneficio de la mujer joven, hoy sin defensa, debatiéndose desesperada entre el lobo-hombre, enfermo de sensualismo, y el hombre-presa siempre en acecho del metal sonoro.

ALBERTO GHIRALDO.

GUIA DE LECTURAS

LEA VD.

EL HONOR

(Comedia)

del escritor alemán
Herman Sudderman

La tesis que se sostiene en esta obra es la claridad, y como conclusión, por encima de éste levanta el gran escritor germano un sentimiento más natural y noble: el deber. Su autor es, con Gerard Hauptmann, uno de los más prestigiosos escritores de Alemania; su estilo es sobrio y recio y las ideas están expuestas con claridad y valentía. Paralelamente al asunto de carácter social planteado entre ricos y pobres se desarrolla un conflicto sentimental. Hay creado en este drama un tipo de mujer: Leonor, que se rebela contra el espíritu aristocrático que reina en casa de sus padres y rompe finalmente con todos los prejuicios sociales. Debe conocerse.

Por Pierre Mualdes

He leído el número de la revista *Clarité* consagrado a Anatole France. Se titula: "*Clarité* contra Anatole France", y reproduce algunos párrafos de los artículos publicados al comienzo y durante la guerra por el "buen maestro" en el *Petit Parisien* y otros diarios de vanguardia... patriótica.

Saboread este pasaje de un artículo publicado bajo su firma en Diciembre de 1914:

"Nuestros soldados continúan dispuestos, entusiastas como en el primer día. Olvidan entre tareas menudas, entre juegos, entre charlas y cánticos, los sinsabores de esa vida subterránea, donde solamente los obuses traen alguna distracción."

"Los heridos transportados a nuestros hospitales no desean más que retornar al frente. Los días tan dulces de la convalecencia les pesan. He visto a uno de ellos, cojo todavía, que no cesaba de pedir que se le enviara otra vez al frente."

Siguen otros párrafos, también significativos, igualmente acusadores, que demuestran que Cachín, Jouhaux y todos los intransigentes socialistas u "obreristas" no fueron los únicos en hacer el juego a los organizadores de carnicerías humanas.

Ciertamente, nosotros, desde las columnas de *Le Libéraire* fuimos los primeros en señalar y condenar la criminal actitud de hombres cuya cultura, cuyos escritos, cuyas ideas, cuya filosofía, parecían colocarlos a la cabeza de la falange de los refractarios a la barbarie. Aunque no profesábamos culto a ningún individuo, no hemos ocultado la decepción que nos causaba constatar la cobardía de algunos, entre aquellos que nos eran más queridos, y particularmente de Anatole France. No nos hemos asombrado tampoco de que el sutil alineador de palabras, haya abandonado el fusil en las postrimerías de la guerra, y haya puesto al servicio del pacifismo, del socialismo y aún del comunismo, su indiscutible talento.

Es virtud de los hombres de letras, poner siempre la nariz al viento, para saber de qué lado sopla el de la popularidad. Y poseen tan profunda convicción de la ingratitud de las masas, que dan solamente una importancia muy relativa a sus propios cambios de opinión.

Pero, lo que yo me permito considerar en extremo fuerte, es el ensañamiento de aquellos que arrastran por el suelo la memoria del sublime Anatole. El primero de los artículos de *Clarité* que se titula: "Anatole France, social-demócrata, social-traidor, social-xenófobo, etc.", está firmado por Marcel Fourrier.

Yo no conozco a Marcel Fourrier, pero he oído decir que qui-m lleva ese nombre fué durante la guerra un ardiente oficial de tanques, y que además escribió en colaboración con otro oficial, un libro animado de la más "pura" llama patriótica, sobre los "carros de asalto."

No le otorga esto, títulos suficientes para lanzar vituperios contra el autor de "El Olmo del Paseo"?

Pero quizás sea más convincente citar algunos trozos selectos de este "matador de boches" convertido. Paladead este: "Hemos adorado a Lenin, aún antes de comprenderlo. Entre nosotros nada se mantenía firme, todo se tambaleaba: democracia, traición, anarquía, desesperación desesperada."

L'Action Française abría sus brazos a nuestro desengañado pero el comunismo estomacal paga mejor. Nuestro pacifista termina."

"Proyectando a Anatole France sobre el pasado más despreciable de este país, nosotros no hacemos más que proseguir lógicamente nuestra marcha hacia un destino revolucionario que deseamos deliberadamente inflexible e inhumano, y no nos cabe duda, sangriento."

Como su colega Treint este carnicero de hombres adora el olor de la sangre, le ha tomado gusto durante la guerra, y cuenta con una revolución para aspirarlo nuevamente. Mañana matará en nombre y en provecho de la dictadura "proletaria", este proletario... como mataba ayer en nombre y por cuenta de la burguesía capitalista. Y este salvaje, este bárbaro, se erige en enderezador de entuertos.

Todo ello sería cómico, si no hubiera detrás de estos literatoides la muchedumbre de los que tienden hacia Moscú sus tontas caras devotas y que se arrullan con los grandilocuentes discursos de sus futuros amos, de sus futuros verdugos.

¿Anatole France? Sí, ciertamente, pero vosotros los de *Clarité*!...

de *Le Libéraire* de París

Tradujo Rolando Marfel

ORNIS

Cuando mi amigo Ornis quedó viudo, compró aves para distraerse.

Si hubiera de conjeturarse el dolor que a mi amigo causó la muerte de su esposa por la cantidad de aves chicas y grandes que la reemplazaron, preciso sería reconocer que quedó afigidísimo; porque era inmenso el número de pinzones ciegos y con vista; de canarios verdes, negros, amarillos y multicolores; diez y siete especies de palomas; loros, cacaúas y papagayos; conejos, gallinas, cuervos, pavos reales, pavos, patos, avestruces y otros muchos volátiles que me sería imposible nombrar ni enumerar.

Imposible sería dar idea de cómo se arregló para adquirir tan formidable colección, lo que por otra parte carece de importancia para el caso.

Y éste es que una mañana se me presentó Ornis anunciándome que había de emprender un viaje de cierta duración.

—Mi buen amigo, me dijo, recurro a tu amistad. He de emprender un viaje, y no sé cómo arreglarme...

—Muy sencillo; ve a la estación, toma un billete para...

—No; no es eso. Es que no sé qué hacer con mis animalitos.

—Si los llevases contigo en un vagón-jaula... — me aventuré a indicar.

—¡Cá, hombre!, replicó. Se morirían de frío; además Liwi está empollando.

Conviene advertir que Liwi era un hermoso canario que sabía entonar canciones populares.

—Pues déjalos en casa — dije con intención de terminar.

—¡Déjalos en casa! — repitió con tono lastimoso. ¿Cómo se conoce que eres un solterón empedernido... y que nunca has tenido animalitos a tu cargo! ¿Quién cuidará de ellos en mi ausencia, quién les hablará, quién les entonará canciones, los limpiará y dará de comer?

—¡Ah... vamos! Ahora comprendo. De modo que tú deseas...

—¡Precisamente! Que cuides mis animalitos mientras esté fuera.

—Pero si tengo tantas ocupaciones.

—Apíázalas. Ya ves, pobres animalitos.

—Mi padre está enfermo.

—No importa. Los pobrecitos no pueden valerse.

—Mis negocios están embrollados.

—Ya los arreglarás. Ellos sí que se morirían si alguien no los arreglase.

—Pero ¿qué quieres que arregle, si no entiendo lo más mínimo en asunto de animales.

—¡De veras!

—Te lo aseguro... Nunca he tenido animales, y no sé cuidarlos.

—Esa sí que es una razón, y haces bien en exponerla. Así ya buscaré otra persona a quien confiar con toda seguridad mis queridos animalillos.

Y Ornis se fué, dejándome en paz, en vista de mi incapacidad para cuidar animales.

Esto sentado, tan evidente, tan racional, me ocurre preguntar: ¿cómo hay tanta gente que se ofrezca a educar y enseñar niños?

Mi buen amigo Ornis allanaba todas las dificultades, ni la enfermedad de mi padre, ni el embrollo de mis negocios, ni la multitud de mis ocupaciones le detenían; pero se detuvo en seco cuando le expuse que no sabía cuidar animales.

“Es una razón”, respondió y retiró en seguida su demanda. ¿No saber cuidar animales! ¿Cómo habría de abandonar a su inexperiencia y a su ignorancia el talento de Liwi, que como cantador e incubador tenía derecho a dobles atenciones? ¿Dejaría ofender el oído de las tórtolas sentimentales por las lúbricas melodías de los pardillos? ¿Expondría, por una equivocación en la distribución de los alimentos—cosa harto probable en un ignorante— el estómago delicado de un reyezuelo con las comidas sucias y groseras que forman la comida habitual del casobar? ¡No; mil veces no! El que no entiende de animales no es digno de cuidarlos.

Así habló Ornis.

Y me pregunto de nuevo. ¿Por qué hay tantos que se ofrecen a enseñar y educar niños?

Después me horrorizó pensando que el número de niños esparcidos por la superficie del globo es de unos seiscientos millones... y que todos esos niños son propiedad de tres o cuatro millones de padres que, en su mayor parte, entienden tanto de niños como yo de animales...

—¡Oh! Pensando esto sentí como una ola de fuego abrasador, que me obligó a abrir la ventana para respirar aire fresco y no ceder al humor negro que sentirá seguramente un delicado canario cuando un torpe asistente le ha servido el almuerzo de un avestruz.

Mutatuli.

REQUISITORIA CONTRA EL ARTE...

Hay quienes han llegado a la convicción de la inutilidad de la obra de arte, no porque ésta no cumpla su misión, sino porque — y me refiero a la obra puramente subjetiva — toda obra compuesta sobre la base del tormento y de la alegría propias, supone en el autor un deseo de desprenderse o liberarse de las hermosas emociones que han de originar un hermoso poema, en verso, en color, en piedra, bronce, o nota.

Cuando el ardiente deseo de vivir nos envuelve por entero, llegamos a la avaricia de nuestras propias emociones y antes de perpetuarlas en el papel, en la tela, en el pentágono, deseáramos gravarlas en el corazón indeleblemente, como un modo de asegurarnos la perpetuación del recuerdo, así como si nuestro respeto por nuestra propia vida interior, nos impidiese someterla a la prueba de los vientos que pasan, del interés del prójimo siempre variable, a la acción corrosiva de los días que transformarán en impúdica o vil el alma de aquel que una vez amó y lloró frente a nuestra obra.

Siempre he sospechado que amaba y sufría mejor aquel que defendido por su insuficiencia no podía dar al compañero la mitad de su angustia o de su amor. ¿Cuántas veces, tú, lector, te has quedado con el corazón y el espíritu **atravesados en la torpeza de la lengua?** ¿Cuántas veces, por eso mismo, no pudiste aligerarte de los pesados frutos que encorvaban las ramas de tu corazón y de tu espíritu?

Así, tu insuficiencia te aseguró la prolongación del malestar del alma, o la zozobra del afecto sin orientación, y más tarde agradeciste tu incapacidad, pues que por obra de ella no salieron de tu alma en tiempo prematuro las cosas que merecen larga vida en el interior de cada uno de nosotros.

El verdadero heroísmo está en no libertarse del minuto, en ansiar que nada fugitivo tenga relación con nuestra vida, y sí que ella sea siempre lo que está próximo a lo que es insistente, perdurable. Tratemos, pues, de que nada de lo que está condenado a vida efímera entre en la casta penumbra de nuestra intimidad, y que entren en ella solamente las grandes ráfagas de los grandes amores, de las frondosas alegrías y de los dolores largos como el día último.

Después que ellos hayan entrado en tí, lector amigo, cierra tu puerta, guarda silencio. Esto es vivir, que es lo más importante para nosotros.

Juan Pedro Calou.

LA NOTA ROJA

UXORICIDIO

En Sarandí, partido de Avellaneda, se desarrolló la tragedia de la semana. Ocurrió así: una mujer joven, casada, con dos hijos, le pegó un balazo a su marido, en circunstancias que éste dormía profundamente. Estuvo meditando toda la noche y cerca de las 5 de la mañana, por fin, se decidió. Le colocó el caño del revólver en un oído e hizo fuego.

El estado del hombre era hasta no hace mucho, bastante grave. Ignoramos si vive o si ha fallecido.

La mujer tenía sus razones.

Por lo menos, ella creyó obrar de acuerdo con la razón. Sino con la razón de los otros, con su propia razón. El marido contrajo fuera del hogar una enfermedad infecciosa (sífilis) y la mujer, con el propósito de evitar el contagio obró como obró. Quirúrgicamente. La bala, más que contra el marido, fué dirigida contra la enfermedad. Es muy probable que no solamente la enfermedad del hombre haya determinado la resolución de la mujer. Si un padre quiere al hijo cuando está sano, no va a dejar de quererlo porque se enferme. Y menos matarlo. Además la sífilis no se cura con pólvora sino con arsénico y mercurio...

Si todas las mujeres obraran como esta mujer, pronto acabarían con la especie humana. El 99 por 100 de los hombres están contaminados. Las mujeres que saben leer no pueden ignorar el estado lamentable de nuestro sexo porque los mismos hombres se encargan de hacérselo saber mediante la publicación de estadísticas que la municipalidad pega ostensiblemente en todos los muros de la república. El 80 por 100 de los conscriptos en la Argentina, son exceptuados del servicio por tener sífilis. Es indudable que la sífilis cobra entre nosotros proporciones alarmantes, pero es muy posible que las estadísticas militares estén falseadas. Quizás ocurra que aquellos que poseen dinero *compre* la sífilis a cualquier precio para no hacer el servicio correspondiente. Porque resulta inverosímil que el 80 por 100 de la juventud tenga sífilis aunque ésta sea una plaga nacional. No conocemos la cantidad exacta de sífilíticos que pueblan nuestro territorio y qué cifra corresponde a la mujer y cuál al hombre. Sería curioso saber el grado de civilización sífilítica que hemos alcanzado.

Esa buena señora de Sarandí, ignoraba seguramente que su marido, lejos de ser una excepción, era la regla común del argentino moderno.

Quizá ella obró así por ignorancia. O quizás obró impulsada por ese horror instintivo que le produce a la mujer cualquier enfermedad venérea. La sífilis para la mujer es una enfermedad horrorosa que el hombre contrae por contraer. Ella no entra a razonar mucho sobre este punto aunque en otros puntos haga

lo mismo. Pues, a nadie se le escapa que si el hombre contagia a la mujer, la mujer, por su parte, hace lo propio con el hombre. Todo es común entre los dos sexos, inclusive las laceras y los microbios.

La mujer es capaz de sacrificar su vida, antes que su salud. Jamás ella se juega la salud como el hombre por una baraja. El genio de la especie—eso que Schopenhauer llamó genio de la especie—está mas desarrollado en ella que en su compañero de infortunio. Tal vez el genio de la especie si existe, existe en la mujer y no en el hombre. El hombre posee otra clase de genio. El genio de la reproducción podrá asimismo ser genio en la mujer: en el hombre es función doméstica... Claro: la mujer es como es, pero el hombre es como la mujer lo hizo. Obrar como obran y por más que se analice no se sabe al final por qué obran como obran.

¿Hizo bien esa señora de Sarandí? ¿Hizo mal? ¿Las enfermedades se combaten a balazos o con un sistema de curación racional? ¿Pensó herir al microbio en el cuerpo de su marido o fué éste un pretexto para matarlo por otra causa? ¿Y los hijos? ¿Qué hará ahora la madre con los hijos, ahora que son chicos? ¿Eh? ¿Y cuándo sean grandes? ¿Cómo le explicará la muerte de su padre cuando los niños sean mayores?

¿Es razonable semejante procedimiento o es bárbaro e insensato? A medida que progresamos, ¿progresamos de verdad o retrogradamos sin apercibirnos? ¿Eh? ¿Qué es eso? Ayer el hijo mata al padre, hoy la mujer a su esposo... Mañana... ¿Qué ocurrirá mañana?

MUJERES Y PERROS

Van por ahí las mujeres con perros que besuquean y acarician.

Los hombres, en tanto, miran casi indiferentes. Y eso que la mayoría si quieren caricias deben comprarlas.

Si yo fuera hombre, esto me daría una gran vergüenza o una gran indignación. ¡Palabra!

Herminia C. Brumana.

En este número el lector notará que el papel, — tanto de la tapa como del texto, — es superior al del número anterior.

Los defectos de compaginación trataremos de que desde el próximo número queden eliminados.

Poco a poco iremos perfeccionando nuestra revista en la medida que nos sea posible.

LOS GRANDES PENSADORES

MARCO AURELIO

Marco Aurelio, emperador romano de la dinastía de los antoninos, fundada por Nerva, fué un filósofo coronado, esto es: un filósofo que después de Antonino Pío ocupó el trono y practicó en él las máximas de la filosofía. Fué bueno, generoso, humano y en sus horas de descanso se consagraba a la meditación; fruto de éstas fueron sus famosos "Pensamientos" que han sido llamados: "Admirables sentencias de la sabiduría antigua". Durante su imperio aumentó las instituciones benéficas y fué un protector decidido de los esclavos. Vióse obligado a vivir en el campo, él que no amaba otra cosa que los libros, los cuales no era posible procurárselos fuera del centro del Imperio. Después de haber tenido ocasión de demostrar repetidas veces sus virtudes murió en la campaña de Viena en el año 178 antes de J.C.

Tu discurso está escrito en tu frente: lo he leído antes de que hables.

La perfección de las costumbres consiste en vivir cada día como si fuera el último.

El mejor medio para vengarse de una mala persona es procurar no asemejarse a ella.

Recibir sin orgullo los favores de la fortuna; perderlos sin lamentarse.

Los hombres buscan plácidos retiros, camas de campo, a orillas del mar o sobre la montaña, y tú también te has acostumbrado a desear muchas de estas cosas.

Pero ésta es una idea vulgar, porque está en tu mano, cuando lo desees, retirarte en tí mismo. En ninguna parte un hombre podría retirarse con más calma o libertad del pensar que en su alma, sobre todo cuando tiene en sí mismo pensamientos tales que su mera contemplación le da inmediatamente la tranquilidad perfecta.

Un instante aún, y habrás olvidado todo; un instante todavía, y todos te habrán olvidado.

Interésate únicamente por los acontecimientos que se hallan ligados a tu destino. ¿Acaso puede haber algo más interesante?

¡Es preciso ser ridículo y novicio para asombrarse de cuanto pueda ocurrir, sea lo que fuere, en el transecurso de la vida!

No se puede ser buen maestro sin haber sido antes buen discípulo. Con mucha razón puede decirse esto del arte de vivir.

El tiempo es como un río que arrastra rápidamente todo lo que nace. Tan pronto como aparece una cosa, es arrebatada por la corriente: a una cosa siguen otras y otras cosas, pero todas no hacen sino pasar.

Más deseo conservar un solo ciudadano que destruir mil enemigos.

Quien huye de las obligaciones sociales es un desertor.

Hemos nacido para ayudarnos unos a otros, como los pies, las manos, los párpados, los dientes. Es, pues, contrario a la naturaleza perjudicarse mutuamente, y perjudicarse es sentir odio y aversión.

El medio más seguro de vivir libre y tranquilo es hacer cada acción como si hubiese de ser la última de la vida, sin temeridad, sin repugnancia alguna a la razón, sin hipocresía, sin amor propio y con una perfecta conformidad con las órdenes de los dioses.

Un exterior hermoso es un peligroso seductor.

Si no conviene, no lo hagas; si no es verdad, no lo digas.

Cuando se te presenten muchos caminos, elige siempre el más recto, que al mismo tiempo es, el más corto y seguro: la experiencia y la verdad te lo indicarán.

No retraigas el pecado de otro.

EL ONANISMO Y SUS TERRIBLES CONSECUENCIAS

por el Dr. D. SANCHEZ DE RIVERA

Escribimos estas líneas pensando en la juventud, en los que serán los hombres de un mañana, quiera Dios más despejado de horizontes que el presente.

A esta juventud vamos señalando los escollos donde seguramente ha de tropezar en su vida sexual, si desoye los consejos y advertencias desinteresadas que le damos de que guarde y conserve su castidad, su vida.

Juzgamos imprescindible dar un toque de atención sobre los vicios solitarios (Onanismo), que podrían ser el refugio donde trataran trataran de guarecerse de las tormentas sexuales.

Y nunca mejor que entonces podría decirse que fué peor el remedio que la enfermedad, porque el Onanismo, la masturbación, es lo más indigno, abyecto y degenerativo, lo más atentatorio a la naturaleza humana.

El Onanismo comienza siendo un vicio de la infancia.

Y en muchos casos es la consecuencia del abandono en que se tiene al niño en todo lo relativo a educación sexual.

La iniciación sexual, que debía surgir en él, como todas las demás sensaciones, es siempre algo brutal que corre a cargo del amigo vicioso, del criado bestial o de la fámula de alma prostituida.

Recordemos todos — si de ello somos capaces — nuestra infancia, y haciendo luz en las tinieblas, que en este sentido reinan en nuestro cerebro de hombres que perdieron lo más bello de su vida, quizá veamos que recorrieron brutalmente ante nosotros la cortina de lo sexual muy prematuramente..., cuando aún éramos, como la estatua de Condillac, un olor de rosa.

Y asociadamente, surgirá la impresión de repugnancia, de asco, de remordimiento en nuestro cuerpo y nuestra alma, por entonces igualmente puros.

Y estas impresiones—no lo dudéis—son las que hacen que luego de mayores, hombres ya, no nos hallemos niños, no podamos sentir con ellos, para serles útiles en la enseñanza de vivir su vida.

Toman, pues, aquellos mentores que enseñan al niño el camino del vicio... y recuerden con espanto las frases del Evangelio: "...en verdad os digo que cualquiera que escandalizare a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de esos molinos a los que hace dar vueltas un asno y que se le arrojase a lo más profundo del mar... porque cuanto hiciéreis a alguno de estos pequeñuelos a mí me lo habéis hecho."

Todo lo más grande y lo más noble que constituye las visiones de la juventud y que es como la esencia de nuestra vida, lo arrebatada, lo destruye la masturbación, el vicio solitario.

El afán de poder, la gloria, los honores, el triunfo, que traen íntimamente asociada la visión amorosa... como recompensa al esfuerzo, con la mujer ideal soñada; la razón de existencia de vernos continuados en carne y espíritu, en el tiempo..., el placer de vivir la vida ampliamente para la que fuimos criados, todo esto se va esfumando al comenzar el vicio y se torna imposible, después, cuando ya,

aun sin estímulo y esfuerzo alguno, las fuentes de la vida, manan insensiblemente en el onánico.

Cuando su líquido... vital escapa arrastrando millones de espermatozoides, de gérmenes engendradores de vidas, como si, conscientes, quisieran abandonar de asco aquella cárcel orgánica y síquica, prefiriendo volver a la nada de nuevo, para tornarse en su evolución en gérmenes engendradores de más nobles vidas...

Los padres, los profesores, deben vigilar la aparición de los primeros síntomas, para tratar de poner el remedio; pérdidas de memoria, mirada distraída, fisonomía que tiene algo de la expresión parada, abstraída, del idiota, cambio en el tono de la voz...

Y más tarde, los dolores de cabeza, la debilidad, las molestias del estómago, mareos, palpitaciones, y el ir agostándose una vida joven que fuera espléndida antes de comenzar el vicio.

Existe un tipo social, que trajo la moda del romanticismo a lo Murger (felizmente ya va desapareciendo) y que ha caricaturizado este vicio.

Todos habéis visto esos pobres bohemios melenudos, que en sus escritos hablan de sensibilidad exquisita, que la menor cosa les hace sobresaltarse, y... se emocionan y lloran por el sol que nace o el sol que muere.

El acto más natural — comer, beber o... amar — es para ellos fuente inagotable de inspiración y de desagradables impresiones.

Y a cada momento describen (y las sienten) sus palpitaciones de corazón, y el frío de su médula y las dificultades para llevar el aire a sus pulmones. Y mueren, al fin, incomprendidos (creen ellos), y sin más bagaje que unos malos escritos, unas melenas lacias, y el pobre saco vacío de sus ilusiones.

Y mueren jóvenes de este vicio, porque con él no hay necesidad de esperar ocasión, momento oportuno; todos son favorables, y la ocasión surge en seguida... en cuanto cesan los calambres de la manipulación anterior... Y como es vicio que no se sacia, pues pide siempre más y más..., el individuo acaba por darle su vida.

No hace mucho tiempo tuvimos ocasión de visitar a un alumno de... una Academia militar. La índole de su enfermedad nos llevó a hablar de peligros e higiene sexual y... puso espanto en nuestro ánimo cuando nos afirmó lo extendido que estaba en su Academia el vicio de la masturbación.

El mismo — a pesar de su aspecto de muchacho sano — contaba que no había podido realizar el acto sexual (¡¡a los veintidós años!!), sufriendo una sacudida moral enorme ante su prematura impotencia, además de pasar por el más lamentable de los ridículos...

En nuestra consulta hemos visto señoras acusadas de esterilidad por sus maridos... que, después de doce y más años a veces de matrimonio, estaban en el mismo estado de virginidad... con que nacieran. Porque sus maridos, viciados desde la infancia en el onanismo, eran incapaces de realizar su función de hombres.

¿Verdad que es terrible esto?

Y la única manera de atajar el mal es en sus raíces, comenzando con la educación sexual desde la infancia; inculcando al niño, al joven, sus deberes, haciendo despertar su instinto de conservación, que vea con ejemplos las consecuencias, y seleccionarle las compañías, las lecturas, los espectáculos, y evítandole por fin la soledad a todo trance.

CONTINENCIA

Y dejamos para lo último lo más importante: inculcarle muy profundamente que la castidad, la continencia, debe ser su ley si quiere llegar a ser hombre y cumplir sus deberes fundamentales.

Y para demostrar que sin esta castidad en la juventud, no podrá ser mañana hombre completo, recordemos hechos de observación biológica.

El hombre no alcanza la plenitud de sus desarrollo hasta que han evolucionado del todo sus glándulas sexuales.

El uso prematuro — antes de los veintidós o veintitrés años — del aparato sexual detiene el desarrollo del individuo.

El organismo — aun más sano y vigoroso en apariencia — no puede atender a este doble gasto que supone el crecimiento y desarrollo completo de todos los órganos y las pérdidas sexuales (por onanismo o por coito).

Así, pues, la masturbación o el uso prematuro de la relación sexual traen como consecuencia inmediata la suspensión del desarrollo y, por tanto, el individuo queda ya en condiciones de inferioridad; inferioridad para el trabajo y para cumplir en el porvenir sus deberes de hombre.

Y como al no desarrollarse cumplidamente, sus resistencias disminuyen, queda con mayor susceptibilidad para enfermar (anemia, tuberculosis, osteopatías, etc.) y con menores defensas para luchar con la enfermedad una vez adquirida.

Es cierto que hubo un tiempo — la moda alcanzaba aun... a lo más sagrado de la Humanidad... — en que, relajada la moralidad y en auge el naturalismo a lo Zola..., se creyó que la aparición del instinto sexual en el joven era el aviso inapelable de la Naturaleza, que exigía el contrario sexo, so pena de enfermedades si no se satisfacía esta función... Y había padres y tutores que, creyendo realizar un rito..., ponían a sus hijos y pupilos en camino de que se procurasen la satisfacción de sus apetitos...

Las consecuencias de este falso criterio las ha pagado la Humanidad con el incremento de la tuberculosis y de los degenerados y averiados de toda índole.

Hoy se sabe plenamente, que el joven puede permanecer en continencia absoluta, y que esto no solamente no le acarrea ningún mal, sino todo lo contrario. La castidad será el mejor guardián de su actividad, de su potencia orgánica y psíquica.

Si fueran necesarios textos y autoridades mundiales, citaríamos a Moll, Bin, Krafft-Ebing, H. Ellis, Fournier y mil más de todos los países del globo.

Fournier, el hombre más competente de Francia en cuestiones sexuales — a cuyo estudio dedicó su vida entera, — decía que no había observado jamás los peligros de la continencia... sencillamente porque no existían.

CONSECUENCIAS DEL ONANISMO

De antiguo se conocen las consecuencias del vicio solitario.

Si nos fijamos en el mecanismo vemos que las sensaciones no van aunadas, no corren parejas con el acto.

Y en lo orgánico tenemos excitaciones corporales artificiales, y en lo psíquico, espulsoz mantenido a la fantasía, a la imaginación...

Esto explica por qué la excitación y el desgaste nervioso sean mucho mayores que en el sencillo acto sexual.

En el niño, además, hay el miedo, el remordimiento primero y el terror después, de haber cometido una grave falta o pecado... Y esto es causa también que favorece la aparición de los síntomas nerviosos y psíquicos.

En el sexo masculino, lo que comienza por una disminución de la atención, pérdida de la memoria, melancolía, etc., termina con la impotencia absoluta para realizar el acto (impotencia coeundi) y para continuar la especie (impotencia generandi).

La tensión arterial disminuye y desciende casi a la mitad, la pupila se dilata, los síntomas gástricos (inapetencia, calambres, etc.) hacen su aparición, y no es raro ver aparecer un proceso tuberculoso o medular que acaba con el onánico en breve plazo.

En el sexo femenino son las enfermedades del útero (desviaciones, tumores, y los flujos y trastornos en lo sexual (ninfomanía), acompañadas de mil trastornos nerviosos y psíquicos.



SE VÁ EL AÑO...



ELIAS CASTELNUOVO

MALDITO

LOS NUEVOS
B. A. IRES
MCMXXV

ILUSTRACIONES DE
G. F. HEBEQUER
2ª. EDICIÓN



Y este nuevo libro de Elías Castelnuovo, ilustrado con aguafuerte por Guillermo Facio Hebequer que la EDITORIAL CLARIDAD pondrá en venta en todas las librerías, kioscos y puestos de periódicos se irá más rápido. Compre su ejemplar pronto, porque después no habrá.

